

**UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**  
**FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS**  
**DOCTORADO**

**TESIS**

**EL *METHODENSTREIT* EN SU CONTEXTO HISTÓRICO Y CONCEPTUAL  
NACIONALISMO Y UNIVERSALISMO EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO  
ECONÓMICO**

Alumno: Martín Gonilski

Director de Tesis: Pablo Levín

Miembros del Tribunal de Tesis: Saúl Keifman, Eduardo Scarano, Luis Perdices de Blas

Fecha de defensa de la Tesis: 3 de Agosto de 2021

## RESUMEN

La Tesis recapitula la célebre controversia entre Carl Menger y Gustav Schmoller de fines del siglo XIX, conocida en el campo de la Historia del Pensamiento Económico como el *Methodenstreit* (“disputa sobre el método”), con la intención de reflexionar sobre la pertinencia y fecundidad de las razones que ambos bandos de la disputa esgrimieron para defender sus posiciones opuestas sobre el objeto de estudio de la economía política moderna. Abordamos la polémica poniendo el foco en el afán de Schmoller -en conjunto con otros autores de la Escuela histórica alemana- por circunscribir el objeto de estudio de la ciencia a la “economía nacional”, frente a la aspiración teórica de Menger por develar las leyes generales que gobiernan el sistema económico en su conjunto. Esto nos permite sacar a la superficie dos misiones que subyacen en la historia de nuestra ciencia desde sus orígenes ilustrados y que parecen irreconciliables para los protagonistas del *Methodenstreit*: la intelección del sistema capitalista como una totalidad concreta y el diseño e implementación de estrategias políticas de cambio histórico. Procuraremos demostrar que, interpretado desde esta perspectiva, el *Methodenstreit* deja de ser una polémica secundaria y confusa en la historia de la economía política para convertirse en un capítulo central de su evolución histórica y conceptual.

**Palabras clave:** B10 History of Economic Thought through 1925: General; B41 Economic Methodology; B13 History of Economic Thought: Neoclassical through 1925; B15 History of Economic Thought through 1925: Historical; Institutional; Evolutionary.

## ABSTRACT

This Thesis revisits the famous controversy between Carl Menger and Gustav Schmoller at the end of the 19th century, known in the field of the History of Economic Thought as the *Methodenstreit* ("dispute over method"), with the purpose of reflecting on the relevance and fruitfulness of the reasons that both sides of the dispute put forward to defend their opposing positions on the subject matter of the study of modern political economy. We tackle the controversy by focusing on Schmoller's eagerness -together with other authors of the German Historical School- to circumscribe the subject matter of the science to the "national economy", as opposed to Menger's theoretical aspiration to unveil the general laws that govern the economic system as a whole. This approach allows us to bring to the surface two missions that underlie the history of our science since its Enlightenment origins and that seem irreconcilable to the protagonists of the *Methodenstreit*: the intellection of the capitalist system as a concrete totality and the design and implementation of political strategies of historical change. We will try to show that, interpreted from this perspective, the *Methodenstreit* ceases to be a secondary and confused polemic in the history of political economy and becomes a central chapter in its historical and conceptual evolution.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	6
PRIMERA APROXIMACIÓN A LA POLÉMICA. SU INTERPRETACIÓN EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO.....	11
BREVE ADVERTENCIA ACERCA DEL PAPEL DE LAS “ESCUELAS” EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO.....	23
SECCION I. CONTEXTO HISTÓRICO DE LA FORMACIÓN DE LA JOVEN ESCUELA HISTÓRICA DE ECONOMISTAS.....	26
CAPÍTULO 1. LA CONSTITUCIÓN DEL NUEVO IMPERIO Y EL CRECIMIENTO DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ALEMANIA.....	26
CAPÍTULO 2. LA NUEVA ESCUELA COMO TERCERA VÍA.....	34
SECCION II. LAS <i>INVESTIGACIONES SOBRE EL MÉTODO</i> , EN DEFENSA DE LA TEORÍA ECONÓMICA EXACTA.....	42
CAPÍTULO 3. SOBRE LA NATURALEZA DE LA TEORÍA ECONÓMICA EXACTA.....	42
CAPÍTULO 4. ACERCA DEL NOMBRE DE LA CIENCIA. DE <i>POLITICAL ECONOMY</i> A <i>ECONOMICS</i> .....	53
SECCION III. EL <i>CISMA</i> ENTRE LAS CIENCIAS NATURALES Y LAS CIENCIAS HUMANAS.....	61
CAPÍTULO 5. LA REVUELTA CONTRA EL POSITIVISMO.....	61
CAPÍTULO 6. LA <i>CULTURA NACIONAL</i> COMO MEDIO Y OBJETO DE LAS CIENCIAS HUMANAS.....	71
SECCIÓN IV. EL <i>METHODENSTREIT</i> VISTO EN FUNCIÓN DE LOS LÍMITES DEL OBJETO DE ESTUDIO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA.....	80
CAPÍTULO 7. DE ECONOMÍA POLÍTICA A ECONOMÍA NACIONAL.....	80
CAPÍTULO 8. LA CRÍTICA DE MENGER A LA <i>NATIONALÖKONOMIE</i> .....	89
SECCIÓN V. <i>ECONOMÍA COSMOPOLÍTICA</i> Y <i>ECONOMÍA NACIONAL</i> .....	98
CAPÍTULO 9. LA ECONOMÍA COSMOPOLÍTICA.....	101
CAPÍTULO 10. CONTEXTO HISTÓRICO E INTELLECTUAL DEL SURGIMIENTO DEL HISTORICISMO ALEMÁN.....	108

CAPÍTULO 11. WILHELM ROSCHER, PADRE DE LA ESCUELA HISTÓRICA ALEMANA DE ECONOMISTAS.....	114
COMENTARIOS FINALES.....	121
ANEXO. LA CONTROVERSA IMPLÍCITA ENTRE MENGER Y KNAPP ACERCA DE LA NATURALEZA DEL DINERO.....	127
Bibliografía.....	137

## INTRODUCCIÓN

En el año 1883 Carl Menger publica sus *Investigaciones sobre el método de las ciencias sociales y de la economía política en particular*<sup>1</sup> (en adelante nos referiremos a este trabajo como las *Investigaciones sobre el método*). Este libro se convertiría rápidamente en el desencadenante de una intensa polémica con Gustav von Schmoller acerca del lugar de la economía política en el universo de las ciencias, sobre las fronteras de su objeto de estudio, sus métodos de investigación y sus tareas futuras. Menger era entonces profesor titular de economía política de la Universidad de Viena y sería reconocido posteriormente como fundador de la Escuela Austríaca. Su obra *Principios de Economía* (1871), junto a las de Walras (1874) y Jevons (1871), sería considerada pionera de la denominada “revolución marginalista”. Schmoller, por su parte, líder de la llamada “Joven escuela histórica alemana de economistas”, era probablemente el profesor más influyente del curso que tomaban los estudios en economía política en las universidades alemanas en las últimas décadas del siglo XIX<sup>2</sup> y uno de los fundadores del *Verein für Sozialpolitik* (“Asociación de Política Social”), sociedad académica de notable influencia en las novedosas reformas laborales implementadas por el gobierno de Bismarck. Dado el peso e influencia de estos dos profesores y las repercusiones que tendría su disputa en todo el arco académico en las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX -no sólo en Alemania y Austria, sino también en Gran Bretaña-, ésta se convertiría en una de las controversias más destacadas de la historia del pensamiento económico (Louzek, 2011; Mäki, 1997).

El choque entre Menger y Schmoller, posteriormente bautizado como el *Methodenstreit* (“disputa sobre el método”) en ciencias económicas<sup>3</sup>, constituiría sin embargo un

---

<sup>1</sup> *Untersuchungen über die Methode der Socialwissenschaften und der politischen Ökonomie insbesondere* (1883).

<sup>2</sup> En 1897 Schmoller llega a ocupar el cargo de rector de la Universidad de Berlín, una de las universidades más prestigiosas de Europa en aquel momento.

<sup>3</sup> Si bien, como se verá más adelante, la literatura de las últimas décadas pone implícitamente en cuestión la pertinencia del nombre original con el que se reconstruyó el debate, nos seguiremos

episodio extraño, difícil de interpretar para el siglo XX (Grimmer-Solem, 2003; Salley, 1993). Mientras que para autores como Schumpeter (1954) se reducía a una “gran cantidad de mutuos malentendidos”, para Hayek (1976) constituyó un episodio indispensable de la historia del nacimiento de la ciencia económica moderna. Lo cierto es que, durante buena parte del siglo XX, la disputa fue eminentemente entendida como una controversia sobre el *método* más adecuado a aplicar en el estudio de los fenómenos económicos, como la contraposición entre el método “inductivo” y el “deductivo” en las investigaciones económicas. Sin embargo, en las últimas décadas diversos autores alertaron acerca del carácter parcial de la interpretación puramente “metodológica” y de sus limitaciones a la hora de explicar el extendido impacto que tuvo la polémica en su época y el clima de rivalidad exacerbada en el que se desarrolló (Betz, 1988; Häuser, 1988; Mäki, 1997; Milford, 1995)<sup>4</sup>. Incluso, como veremos más adelante, el propio Menger se negó a entenderla en esos términos.

En este marco, el propósito general de la presente Tesis es aportar a una reinterpretación del significado de esta controversia que dividió aguas en las ciencias sociales hacia fines del siglo XIX ubicándola en un escenario histórico y conceptual más comprehensivo del hasta hoy reconocido. Compartimos con una amplia gama de autores de las últimas décadas -cuyas interpretaciones revisaremos brevemente en el próximo apartado- que la reducción de la controversia a una disputa metodológica resulta demasiado estrecha y unilateral. Lo novedoso de la presente Tesis es que propondremos como hilo conductor

---

valiendo de la categoría “*Methodenstreit*” a la hora de hacer referencia a la controversia, dado que es así como continúa referenciándola la literatura especializada.

<sup>4</sup> “Schmoller, indeed, went so far as to declare publicly that members of the “abstract” school were unfit to fill a teaching position in a German university, and his influence was quite sufficient to make this equivalent to a complete exclusion of all adherents to Menger’s doctrines from academic positions in Germany” (Hayek, 1976). A tal punto dividió aguas el *Methodenstreit* entre economistas a fines del siglo XIX que, de acuerdo a Häuser (1988), anticipó el “mundo de las dos culturas” con que Snow (1959) calificaría el clima de incomprensión y hostilidad mutua que reinó entre científicos de las “ciencias naturales” y de las “ciencias humanas” desde el fin de la primera guerra mundial.

de la reconstrucción del episodio una tensión presente en la economía política desde sus orígenes ilustrados: aquella respecto al límite universal/nacional del *objeto de estudio* de la ciencia. Es decir, haremos foco en los argumentos de Menger (y autores afines a él) para justificar la importancia de concebir al sistema económico como un sistema teórico universal, frente a los motivos de Schmoller (y de la Escuela histórica alemana en general) para insistir en que se reconozca a la *economía nacional* como el objeto irreductible de la ciencia. Apostamos a que este aspecto, presente en la controversia entre estos autores y no suficientemente abordado por la literatura existente sobre la misma, pueda constituirse en un nuevo ángulo complementario para la comprensión del trasfondo y las consecuencias del episodio.

La Tesis se centra en una controversia de hace ya más de un siglo. Sin embargo, no nos interesa especialmente como una polémica pretérita, hoy ya perimida. Volvemos a ella porque encontramos allí tensiones que afloran una y otra vez a lo largo de la historia de nuestra ciencia y cuya comprensión puede contribuir a darle mayor coherencia a su devenir a lo largo del siglo XX y XXI<sup>5</sup>. Nos sumergimos en la Historia del Pensamiento Económico porque entendemos que la reelaboración permanente de la historia teórica de una ciencia modifica retrospectiva y prospectivamente la comprensión de sus avances y retrocesos, y es, por tanto, una actividad necesaria para cualquier investigador que pretenda identificar sus fronteras fértiles, sus posibilidades actuales de desarrollo (Levín, 2010).

En vistas de lo anterior, la Tesis se desarrollará subdividida en las siguientes partes:

En el resto de la Introducción hacemos una presentación inicial de la polémica, sintetizando el modo en el que la misma fue reconstruida posteriormente, primero por

---

<sup>5</sup> Con una perspectiva similar, Rothschild argumenta: "Some of the disputes of the late eighteenth century are important, in the modern twenty-first century, because they are also our own disputes. They are not disputes which are repeated over time, or which can illuminate our times. They are our disputes. They are part of our historical context, as much as of the context of the past" (Rothschild, 2001, pp. 47-48). Nuestro fin, por cierto, no es invalidar los enfoques de cuño contextualista (vgr. Skinner, 1969; Pocock, 1987), sino aprender de ellos y complementarlos.



autores contemporáneos a la misma y luego por la historia del pensamiento económico como disciplina especializada; resumimos cómo se interpretaron las tensiones involucradas en ella y qué relevancia se le dio en la historia de la evolución de la ciencia.

En la Sección I reconstruimos el contexto histórico en el que Schmoller, y un grupo de jóvenes profesores que van ocupando las cátedras más importantes de economía en las universidades alemanas, comienzan a presentarse como parte de una “nueva escuela” de economistas a principios de la década de 1870. El estudio de las tensiones políticas y económicas presentes durante los años de consolidación del segundo imperio alemán permitirá una primera aproximación a los motivos por los cuales la “Joven escuela histórica de economistas alemanes” va creando su identidad por oposición tanto a las doctrinas liberales como socialistas de la época.

En la Sección II nos volcamos al estudio de las *Investigaciones sobre el método* de Menger, el libro que da inicio oficial al *Methodenstreit*. En esta obra, Menger busca despejar toda una serie de prejuicios que encuentra presentes en el modo en que los economistas de la Escuela histórica alemana conciben a la economía política. Nos abocamos especialmente a presentar su estrategia para defender la importancia y autonomía de la teoría económica que el autor denomina “exacta”. Asimismo, procuramos entender al esquema de las “ciencias económicas” que propone el autor en el marco de la discusión de la época respecto del nombre adecuado para la ciencia, haciendo foco en los motivos esgrimidos por un conjunto de autores relativamente afines a Menger para rebautizar a la economía política con el nombre de *Economics*.

En la Sección III presentamos los intentos de dos de los filósofos más destacados e influyentes del historicismo alemán de fines del siglo XIX, Wilhelm Dilthey y Heinrich Rickert, por abrir un cisma metodológico entre las “ciencias naturales” y las “ciencias humanas”. La reconstrucción del contexto intelectual crecientemente averso al positivismo en las ciencias sociales en Alemania nos permitirá comprender mejor, tanto el rechazo de Schmoller hacia obras como los *Principios* de Menger, como la urgencia de éste en las *Investigaciones* por despejar “prejuicios metodológicos” del historicismo

alemán. A su vez, incluimos en esta sección una breve síntesis de las reflexiones sobre metodología de la economía política de John Stuart Mill, ya que, por un lado, reconocemos en las mismas un antecedente importante de las de Menger; por el otro, porque para los filósofos del historicismo alemán Mill es el prototipo de autor “positivista”, y su doctrina una referencia ineludible frente a la cual buscarán erigir la propia.

En la Sección IV revisitamos la controversia entre Schmoller y Menger centrandó específicamente la atención en la insistencia del primero por comprender a la “economía nacional” como el objeto de estudio de la economía política moderna. Con este objetivo, incluiremos el estudio de un escrito de Schmoller inmediatamente posterior a la publicación de las *Investigaciones* de Menger, que no fue en general comprendido como parte de la controversia entre estos autores. Este ensayo, titulado *La relevancia histórica del sistema mercantilista* (1884), permitirá profundizar en los motivos de Schmoller para considerar la expresión “*Volkswirtschaft*” (“economía del pueblo”) como la más acertada para designar al objeto de la ciencia. En este punto, reconstruiremos la crítica de Menger a la pretensión de Schmoller de concebir a la “economía nacional” como un todo orgánico. Como complemento de esta sección incorporamos al final de la Tesis el Anexo “La controversia implícita entre Menger y Knapp acerca de la naturaleza del dinero”, donde hacemos un recorrido por el modo en que se presenta esta tensión en la teoría del dinero de estos dos autores.

En la Sección V ampliaremos el horizonte temporal para incorporar, como antecedente del *Methodenstreit*, la crítica que List y Roscher le hicieron a la “Economía Cosmopolítica”. Tomaremos esta expresión acuñada por el propio List para remarcar los rasgos universalistas de la economía política “clásica”. El anhelo de ésta por develar las leyes universales del sistema económico como un todo, no circunscriptas a límites nacionales/culturales particulares, encontrará inicialmente la oposición de aquellos autores.

Finalmente, presentamos las reflexiones finales de la Tesis.

## PRIMERA APROXIMACIÓN A LA POLÉMICA. SU INTERPRETACIÓN EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Las *Investigaciones sobre el método* fueron el segundo libro más importante de Carl Menger. Comenzó a trabajar en él tan sólo unos años después de la publicación de sus *Principios de economía política* (1871, en adelante, los *Principios*). Ésta, su ópera prima, representaba para el joven economista austríaco (tenía entonces 31 años) un aporte importante en la tarea de refundar a la economía política desde sus cimientos. Convencido del callejón sin salida en el que había desembocado la economía política del linaje de Smith, Ricardo y Marx, edificada sobre el “principio del valor-trabajo”, Menger se proponía corregir “los errores de la escuela smithiana” y sentar las bases científicas de la economía política sobre un nuevo principio general, al que años más tarde su discípulo Friedrich von Wieser denominaría “utilidad marginal” (Carl Menger, 2006). Su principal propósito en los *Principios* consistía en desarrollar una teoría unificada de los precios que incluyera, como parte de la misma ley general, la determinación del interés, el salario y la renta (Caldwell, 2008; Hayek, 1976; Schumpeter, 1952; E. W. Streissler, 1990).

De acuerdo con su plan original, Menger tenía previsto que sus *Principios* constituyeran tan sólo el volumen introductorio de una obra más comprehensiva acerca de los principios fundamentales de la economía política (Hayek, 1976; Klein, 1976). Sin embargo, pronto abandonaría aquel proyecto inicial. El principal motivo del cambio de empresa fue la desfavorable recepción de su libro en Alemania (Schumpeter, 1952). A fines de 1871, a poco tiempo de su publicación, Menger envía una copia a Schmoller (por entonces un joven profesor de la Universidad de Halle), a la espera de una reseña favorable. La misma no se hace esperar y anticipa el clima hostil que caracterizaría el intercambio posterior entre los dos profesores:

“[Menger] greets German science as a co-struggler from Austria; and he is also well-acquainted with the same, but his point of view is a thoroughly independent one. (...) It comes to be a point of view which reminds more of Ricardo than of the directions currently governing German science. Clarity in

the abstract theory is his goal; very detailed, yet tiresomely broad discussions of examples, which remind more of Robinsonads than any link to current economic conditions, are the means by which he operates" (Schmoller, 1873, traducido y citado en Grimmer, 1997, pág. 320).

Lejos de considerarla una obra disruptiva, para Schmoller se trataba más bien de una continuación de la economía política de Ricardo -notablemente desacreditada en aquellos tiempos en la academia alemana. Si bien reconocía a Menger como una mente "aguda", rechazaba su originalidad: sus *Principios de Economía* apuntaban "más a la reformulación de preguntas escolásticas y abstractas que a la solución de problemas reales" (Grimmer, 1997, pág. 320). El trabajo de Menger, de acuerdo con la breve reseña de Schmoller, pertenecía a una arcaica concepción de la economía política, y no se correspondía con la novedosa "dirección histórico-empírica" que tomaban las investigaciones en las universidades alemanas.

La mala recepción de sus *Principios* y lo que Menger consideraba una "errónea orientación de la investigación" por parte de las corrientes dominantes en Alemania, lo llevaron a publicar en 1883 sus *Investigaciones sobre el método* (Caldwell, 2008). Menger interpretaba que el descrédito de sus *Principios de Economía* estaba asociado a toda una serie de prejuicios muy enquistados en la academia alemana en relación a la función y lugar de la "teoría exacta" o "pura" en la economía política, y a la relación entre esta parte de la ciencia y los estudios históricos y prácticos de la misma. El énfasis de los "economistas de la Escuela histórica" (expresión que usa Menger para referirse al grupo liderado por Schmoller) sobre el lugar preponderante que debían ocupar los estudios históricos y estadísticos en la investigación económica, y su desprecio por los trabajos que, como los *Principios* de Menger, no pretendían apoyarse principalmente en estudios de esa naturaleza, llevaría al economista austríaco a polemizar directamente contra aquéllos en sus *Investigaciones sobre el método*. Así reconstruiría Menger la bruma ideológica imperante en Alemania que lo llevó a dedicar largos años a reflexionar acerca del lugar de la

economía política en el universo de las ciencias, la naturaleza y límites de su objeto de estudio y las divisiones al interior de la misma<sup>6</sup>:

“En Alemania, a partir de 1840, especialmente en los últimos decenios, en el mundo académico de la economía política imperaba una orientación histórica que tenía escaso interés por las investigaciones teóricas en el campo de la economía social y, debido a prejuicios metodológicos, combatía la teoría económica general (...) La mayoría pensaba que el objetivo de las investigaciones en el campo de la economía política debía ser la indagación histórica y estadística...” (Antiseri, 2006, pág. 27).

Las *Investigaciones sobre el método* serían reseñadas nuevamente por Schmoller y darían inicio “oficial”, a través de una serie de sucesivos escritos y correspondencias, a la controversia que la literatura especializada consagraría luego como el *Methodenstreit*<sup>7</sup>. La polémica se expandiría rápidamente a una confrontación más general entre las llamadas “Joven escuela histórica alemana de economistas”<sup>8</sup> (en adelante, JEHA) y la “Escuela austríaca”. De hecho, la denominación misma de “Escuela austríaca” fue inicialmente usada por los historicistas alemanes para referirse despectivamente a las investigaciones de Menger y sus discípulos, aunque éstos pronto la reivindicaron como propia (Salerno, 2007; Von Mises, 1984).

---

<sup>6</sup> Nos adentraremos en las reflexiones de Menger en la Sección III (capítulos 3 y 4) y en el capítulo 9.

<sup>7</sup> A la reseña de Schmoller, “Sobre la metodología de las ciencias políticas y sociales” (*Zur Methodologie der Staats- und Sozialwissenschaften*, 1883), Menger respondería a través de “Los errores del historicismo en la economía alemana” (*Die Irrthümer des Historismus in der deutschen Nationalökonomie*, 1884). Finalmente, Menger publicaría “Elementos de una clasificación de las ciencias económicas” (*Grundzüge einer Klassifikation der Wirtschaftswissenschaften*, 1889).

<sup>8</sup> Dentro del rótulo de Joven escuela histórica alemana suele agruparse a autores tales como Schmoller, Knapp, Brentano y Held (Schumpeter, 1952). Se usa convencionalmente el adjetivo “joven” para distinguirla de la “vieja” Escuela Histórica representada por List, Roscher, Hildebrand y Knies.

El núcleo de la controversia, así como su relevancia en la historia del pensamiento económico, sería objeto de una variada gama de interpretaciones que revisaremos a continuación.

El nombre mismo con el que fue bautizada la controversia (*Methodenstreit*) da cuenta del modo en que se la interpretó inicialmente: se trataba principalmente de una diferencia “metodológica” entre los autores, es decir, de una discrepancia respecto al método de investigación adecuado a seguir en las investigaciones económicas. Uno de los primeros autores en interpretar la controversia en este sentido fue Eugen von Böhm-Bawerk (1890), uno de los discípulos destacados de Menger. Para Böhm-Bawerk, la confrontación entre su maestro y Schmoller era resultado del exacerbado rechazo de este último por la teoría económica pura. Si bien nadie podía objetar la relevancia de las investigaciones histórico-empíricas en el campo de la economía política, argumentaba Böhm-Bawerk, resultaba evidente que los problemas nodales de la ciencia no se resolverían gracias a la recolección de nuevas estadísticas históricas, sino que requerían de una investigación de otro calibre. Preguntas como “la verdadera influencia de la oferta y la demanda sobre el precio, la verdadera función del capital en la producción, el origen del interés, la relación entre el ahorro y la acumulación de capital, etc. (...) por su propia naturaleza requieren un tratamiento ‘abstracto-deductivo’” (Böhm-Bawerk, 1890, ppág. 258-259, traducción propia). Para Böhm-Bawerk, Schmoller tenía razón al objetar la capacidad de la teoría económica abstracta de convertirse en la guía de las reformas políticas y sociales de la época. En esa “provincia” de la ciencia podían reclamar los historicistas alemanes la superioridad de su método de investigación “histórico-inductivo”. Pero en cuanto se trataba del método necesario para adentrarse en los problemas más básicos de la teoría económica -como la determinación de los precios de las mercancías- allí la necesidad de trabajar con abstracciones se volvía imprescindible. La cuestión radicaba, según Böhm-Bawerk, en reconocerles a ambas partes, y a sus respectivos métodos, una provincia legítima dentro de la ciencia.

Una comprensión análoga de la controversia, es decir, también centrada en las diferencias respecto al método de la investigación, fue la que rápidamente se expandió en Gran Bretaña a fines del siglo XIX, principalmente a través de escritos de John Neville Keynes (padre de John Maynard) y Alfred Marshall (ambos colegas en Cambridge). En su libro *The Scope and Method of Political Economy* (2017 [1890]), J.N. Keynes presenta los rasgos distintivos que a su entender constituían las dos posiciones enfrentadas de la economía política del momento: de un lado, se encontraban aquellos economistas que concebían a la ciencia como “positiva, abstracta y deductiva”. En este bando se ubicaba a Menger, como parte de la misma tradición de David Ricardo y John Stuart Mill. En el otro extremo, la escuela histórica alemana, representaba el prototipo de la concepción “ética, realista e inductiva de la ciencia”. Para J.N. Keynes, la polémica era en gran medida el resultado de una ponderación exagerada por parte de cada bando de su método de investigación. El cisma entre “historicistas” y “teóricos”, entre propugnadores del método “inductivo” y pregoneros del método “deductivo”, no era más que el resultado de la unilateralidad extrema con la cual cada una de las partes defendía su forma de investigar (Moore, 2003).

La comprensión de J.N. Keynes acerca de las tensiones involucradas en el *Methodenstreit* tendría gran aceptación en Gran Bretaña, especialmente gracias a su cercanía con Marshall. Éste monitoreó de cerca y comentó el libro de J.N. Keynes en numerosas ocasiones previas a su publicación, sugiriéndole lograr un tono más conciliatorio, más “middle path” entre los extremos (Moore, 2003). Si bien Marshall no escribió libros o artículos especialmente dedicados a la disputa, tanto en su correspondencia, como en algunos pasajes de sus *Principles of Economics* (1890), se percibe la participación del autor en la misma<sup>9</sup>. En este libro, parafraseando una cita del propio Schmoller, Marshall ofrecía indirectamente una resolución a la controversia: “Induction and deduction are both needed for scientific thought as the right and left foot are both needed for walking”

---

<sup>9</sup> Moore (2003) destaca una carta de Marshall dirigida a Foxwell en la que aquél explica que la mayor parte de sus sugerencias al *Scope and Method* de Keynes “buscaban ponerlo más en armonía con la visión de Schmoller” (Marshall to Foxwell, January 30, 1897, citado en Moore, 2003).

(Marshall, 2010/1890, pág. 23). La “solución de Cambridge” resultó “salomónica” (Milford, 1995): en la nueva *Economics* había lugar tanto para el método deductivo como para la investigación inductiva. Ambas “técnicas” ocupaban un lugar importante en las investigaciones. Dado el lugar predominante de Marshall en la academia durante las primeras décadas del siglo XX y la notable influencia de sus *Principles of Economics* a lo largo de más de medio siglo (Kicillof, 2010), la solución de Cambridge se convertiría en la interpretación canónica de la controversia en la literatura económica occidental.

Ahora bien, al acotar el *Methodenstreit* a una disputa entre posiciones extremas por la supremacía de distintas técnicas de investigación, finalmente reconciliables, el propio Marshall decretaría implícitamente la obsolescencia de la controversia misma (Moore, 2003). En 1907, en su conferencia en la Royal Economic Society, Marshall declaraba: “Disputes as to method have nearly ceased; Schmoller’s dictum that analysis and the search for facts are, like the right and left foot in walking, each nearly useless alone, but that the two are strong in combination, is accepted on all sides” (citado en Hodgson, 2008, pág. 3).

La confrontación entre la Escuela histórica alemana y la Escuela austríaca quedaría reducida así prácticamente a un malentendido evitable entre las partes (Bostaph, 1978). Como comentáramos anteriormente, Schumpeter (2006/1954) formará parte de esta interpretación, al considerar al *Methodenstreit* como “un gran conjunto de mutuos malentendidos” (Schumpeter, 2006/1954, pág. 782-783). Es lógico entonces que la polémica misma perdiera actualidad para buena parte de la literatura del siglo XX y fuera vista por distintos autores como una disputa más bien estéril, una notable pérdida de tiempo (Seligman, 1962).

La controversia perdería actualidad, por otra parte, por el descrédito que iba a sufrir la Escuela histórica alemana después de la Primera Guerra mundial, sobre todo fuera de la lengua germana. En el traumático contexto de la posguerra, en el mundo anglosajón se la asoció cada vez más no sólo a las catástrofes de la primera guerra mundial, sino también al advenimiento posterior del nazismo (Ikeda, 2008). Pocos autores fuera de Alemania se



atreverían a declarar algún tipo de simpatía o a reconocer antecedentes suyos en esta escuela. A pesar de su extendido imperio en Alemania durante el siglo XIX, la Escuela histórica alemana quedó excluida por más de medio siglo de la historia oficial del pensamiento económico (Backhaus, 1994).

Un motivo complementario para entender la pérdida de interés que sufriría la polémica en el mundo académico a medida que avanzaba el siglo XX, puede hallarse en el proceso de profesionalización mismo de la ciencia. La mutación definitiva de la economía política en *economics* a principios del siglo XX (Fine & Milonakis, 2009), junto a la departamentalización de la misma en múltiples disciplinas autónomas, convirtió paulatinamente a la historia del pensamiento económico en una especialidad fragmentada, abocada principalmente a reconstruir fidedignamente qué dijeron (o quisieron decir) los grandes autores pretéritos y “exenta de indagar en la relación entre la teoría económica y su historia” (Piqué, 2017). Los economistas “historiadores” fueron quedando separados profesionalmente de los “teóricos”, como pertenecientes a mundos no del todo extraños pero cada vez con menos diálogo entre sí (Nardinelli y Meiners, 1988).

En este contexto, es lógico que episodios como el del *Methodenstreit* perdieran interés en el mundo académico (Häuser, 1988; Nardinelli y Meiners, 1988; Moore 2003). Desde la “pixelada” visión retrospectiva del siglo XX resultó difícil entender las razones de la vieja polémica. Distintos autores vieron en las posiciones antagónicas entre Menger y Schmoller simples antecedentes de lo que luego serían las distintas especialidades dentro del currículum académico -i.e. microeconomía, en el caso del primero, macroeconomía e historia económica, en el caso del segundo (Hutchison, 1973). Con la fragmentación de la ciencia ya consumada, el choque entre aquellos dos autores y sus respectivas escuelas quedaba reducido a constatar que tenían diferentes “campos de interés”.

A partir de las últimas décadas del siglo pasado, sin embargo, especialmente desde fines de la década del '80, la controversia volvió a despertar interés entre los historiadores del pensamiento económico. Un conjunto amplio de autores coincidió en que la

interpretación estándar del episodio resultaba demasiado estrecha, unilateralmente limitada a una disputa entre métodos distintos de investigación (Betz, 1988; Grimmer-Solem, 2003; Häuser, 1988; Hodgson, 2008; Louzek, 2011; Mäki, 1997; Milford, 1992, 1995; Moore, 2003). El estudio de la Escuela histórica alemana suscitó un renovado interés a partir de la comprobación de su influencia en el pensamiento económico del siglo XX. Hodgson, (2008), Moore (2003), Streissler y Milford (1993) y Streissler (1990), por ejemplo, aportan evidencias sobre la notable influencia de su legado en la obra de Marshall. Hutchinson (1988) destaca que los historicistas alemanes representaron en el siglo XIX la anticipación más importante de lo que luego sería la macroeconomía en el siglo XX. Balabkins (1988) y Senn (1995) dan cuenta de las raíces en el historicismo alemán de las corrientes institucionalistas norteamericanas de principios de siglo XX. Shionoya (2002) y Michaelides y Milios (2008) enfatizan el hilo que vincula las obras de Schmoller, Weber y Schumpeter. Wray (2014) expone el vínculo que une a Friedrich Knapp -parte de la JEHA- con J.M. Keynes en relación a la “teoría cartal del dinero”.

En uno de los trabajos recientes más importantes sobre la JEHA, Grimmer (2003) destaca la necesidad de comprender el contexto en el que se formaron las ideas del grupo liderado por Schmoller. Grimmer resalta la preocupación de los jóvenes historicistas en sus primeros escritos (1860 y principios de la década de 1870) por la paulatina desaparición de la *Mittelstand* (“clase media”) alemana (los pequeños artesanos y comerciantes) y el correlativo aumento de trabajadores proletarizados que afluían a las urbes alemanas a un ritmo nunca antes experimentado. Dadas las revoluciones europeas de 1848 y la experiencia de la Comuna de París de 1871, la amenaza de las revoluciones socialistas figura como uno de los grandes temas de preocupación entre estos autores.

Según Grimmer, lo que aunaba a este grupo era la convicción de que la actividad científica debía abandonar sus aspectos metafísicos y especulativos para mutar hacia una ciencia moderna, esto es, eminentemente empírica y apoyada principalmente en la recolección de estadísticas nacionales. A partir de ellas, los economistas tendrían una base firme desde la cual recomendar a los órganos de gobierno sobre reformas prácticas

(Grimmer-Solem y Romani, 1998). De allí que una de las notas distintivas del grupo fuera su repetida descalificación de la “escuela manchesteriana”, etiqueta con la que asociaban a todo autor que recordase a las doctrinas liberales de Ricardo y Mill. Los jóvenes historicistas apuntaban contra el carácter “abstracto”, “especulativo” e “irreal” de las premisas teóricas de estas doctrinas, que consideraban estériles frente a la necesidad de formular políticas prácticas. De aquí que, para Schmoller, tanto las doctrinas liberales como las marxistas formaran parte de una misma matriz de pensamiento:

“The period 1870-1890 marked the bankruptcy of the Manchesterians and the Marxists alike. The naive optimism of *laissez faire*, like the childish hope that the dictatorship of the proletariat could lead to greater material wealth, showed themselves more and more to be what they were: *twin offspring of an anhistorical rationalism, the last musty remnant of the Enlightenment of the eighteenth century*” (Schmoller, 1897, citado en Sally, 1993, resaltado MG).

Estas características de la JEHA se comprenden mejor en el contexto político de la época, signado por el ascenso de Bismarck al poder y la creación del Segundo Imperio Alemán en 1871. El proceso de unificación de los estados germanos aumentó no sólo la necesidad de estadísticas sociales nacionales para ministros y funcionarios públicos, sino que alentó a distintos grupos de intelectuales a resaltar las “características nacionales” de la ciencia en Alemania, contraponiéndola a la de otras naciones. A este escenario se suma la preocupación, compartida entre el gobierno alemán imperante y los historicistas, por contrarrestar la influencia de los movimientos socialistas sobre la clase trabajadora (profundizaremos sobre este punto en el capítulo 1). El gobierno de Bismarck produjo una legislación laboral de avanzada para la época (i.e. seguro de desempleo, seguro contra accidentes laborales, límites al trabajo infantil, pensión jubilatoria, entre otras) que anticiparía en varios aspectos al “Estado de Bienestar” del siglo XX (Balabkins, 1993).

La inclinación de la JEHA por la prescripción de políticas de reforma social llevó a algunos investigadores a concluir que “el *Methodenstreit* fue en el fondo un debate respecto a la admisibilidad de las reformas sociales y otras políticas económicas activas” (Grimmer, 2003, pág.315). Es decir, no se habría tratado de una “disputa sobre el método”

sino de una polémica sobre política económica, entre un economista que propugnaba políticas económicas de *laissez-faire* (Menger) y un grupo orientado a dar respuesta política desde la Administración Nacional, a través de la puesta en marcha de reformas sociales capaces de revertir los problemas de la época (la JEHA).

Distintos autores constatan que Menger no concebía a la polémica como una disputa entre el método inductivo y el deductivo de investigación (Louzek, 2011; Mäki, 1997; Milford, 1990). De hecho, el economista austríaco rechazaba explícitamente aquella interpretación:

**“The difference which emerged between the Austrian school and a part of the historical economists of Germany was in no way one of method in the actual sense of the word. If the historical economists of Germany are frequently described -even in scientific works- as representatives of the inductive, the Austrian economists, as such, as those of the deductive method, this does not reflect the actual situation. Neither the empirical direction of research in contrast to the rationalistic one, nor also induction in contrast to deduction remotely describe the inner relationship of these learned schools. Both recognise in experience the necessary foundation for the investigation of real phenomena and its laws, both -as I presume- recognise in induction and deduction epistemological means which belong closely together and mutually support and supplement each other. The basis of the real difference between the two schools which remains unbridged to the present day is a much more important one; it concerns the different views about the goals of research, about the system of tasks science must solve in the field of economics”** (Carl Menger, 1894, citado en Grimmer 2003, pág.341, resaltado MG).

Para Mäki (1997), la controversia estuvo motivada por la particular “concepción aristotélica” de Menger y su intención de defender la autonomía de la economía política como “ciencia exacta”, no comprometida por intereses particulares éticos o políticos, y cuyos principios últimos podían descubrirse al igual que en las ciencias de la naturaleza. Mientras Schmoller festejaba la división de aguas en el conocimiento entre las Ciencias Naturales y las Humanas como un avance importante para éstas últimas, Menger se oponía a una separación tajante entre ambas. Para este último, la actividad científica,

independientemente del objeto de estudio del que tratase, tenía como principal objetivo descubrir los elementos irreductibles del campo de fenómenos estudiados. Mäki resalta también que Menger, al mismo tiempo que rechazaba aquella división metodológica, cuestionaba la pretensión inconducente de los historicistas de alcanzar una ciencia social “integradora” cuyo objeto de estudio fuesen los fenómenos sociales como un todo. Lo que sí podía y debía hacer la economía política de acuerdo a Menger era estudiar las leyes exactas de una modesta pero significativa porción de la vida humana, aquella delimitada exclusivamente por los *comportamientos económicos* de los hombres (Caldwell, 2008).

En este mismo sentido, Salley (1993) explica en un breve artículo titulado "*Schmoller, Dilthey and the German rejection of positivism in Economics*", que Schmoller forma parte de la resistencia alemana propia de las décadas de 1870 y 1880 a la tendencia positivista en las ciencias morales. Para Salley, el trasfondo del *Methodenstreit* se aclara en parte al comprender el vínculo entre Schmoller y Wilhelm Dilthey. La influencia de este filósofo alemán en Schmoller es manifiesta: en el mismo artículo de 1883 en el que Schmoller critica duramente las *Investigaciones sobre el método* de Menger, le dedica una reseña laudatoria al libro de Dilthey publicado ese mismo año. Junto a otros destacados filósofos alemanes como Wildenband y Rickert, el proyecto de Dilthey consistía en dividir el mundo intelectual en dos hemisferios completamente ajenos entre sí: el de las Ciencias humanas (*Geisteswissenschaften*) y el de las Ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*) (Beiser, 2011; Iggers, 1983). Estos autores no buscaban en general desafiar al positivismo en las ciencias naturales, sino que cuestionaban la aplicación de sus lógicas y métodos para las ciencias humanas (Skidelsky, 2011). Para Dilthey, las formas de comprensión de lo “humano” debían transitar carriles completamente distintos del conocimiento de los fenómenos de la naturaleza: los procesos sociales no eran provocados por el tipo de relaciones causales propias de éstas ni estaban articulados a través de “leyes necesarias”. La actividad teórica era considerada por estos filósofos como un ejercicio que no podía más que alejar al hombre de la riqueza concreta de la vida (Skidelsky, 2011).

En un sentido similar, Häuser (1988) avizora que la pregunta relevante que subyace al *Methodenstreit* es cuál es el vínculo de la economía política (en aquel entonces la ciencia moral por antonomasia) con el resto de las ciencias: “Economics lies on a border area between two worlds. It has in the meantime taken its methods from one of the worlds while its problems belong to the other (...) Where does economics belongs, whose child is it? This is ultimately the question underlying the Methodenstreit” (Häuser, 1988). Milford (1990, 1992, 1995) y Betz (1988), por su parte, destacan que para entender las tensiones del *Methodenstreit* resulta necesario ampliar el horizonte histórico y argumentan que el verdadero oponente de Menger (y a quien realmente están dirigidas sus *Investigaciones sobre el método*) es Wilhelm Roscher. A diferencia de Grimmer (2003), quién destaca la discontinuidad entre el pensamiento de Roscher y las obras de la JEHA, para Milford y Betz fue este economista quien estableció el marco epistemológico básico sobre el que realizarían sus investigaciones Schmoller y sus colegas, y al que apuntarían las críticas de Menger.

## BREVE ADVERTENCIA ACERCA DEL PAPEL DE LAS “ESCUELAS” EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Al tratarse de una tesis sobre historia de la ciencia económica (HPE) en la que aparecen permanentemente involucradas "escuelas" o "corrientes" (v.gr. “Joven escuela histórica alemana de economistas”, “Escuela austríaca”, etc.) vemos necesario hacer una breve aclaración metodológica al respecto. Es usual en la disciplina hacer agrupaciones por autores con el objetivo de resaltar características compartidas por éstos. Sería inútil rehusar de un recurso como éste que ayuda a ordenar la correntada de doctrinas que atraviesan la historia del pensamiento económico. Puede servir para resaltar el hilo teórico que las une, sus preguntas de investigación compartidas, sus enfoques comunes, etc. Pero, al encasillar a un pensador en determinada escuela, se puede correr el riesgo de que sea asociado a ella de manera irreflexiva por las generaciones siguientes. En esos casos, el recurso se vuelve conservador y se convierte en un “buzzword” que puede obturar la investigación (Solomon y Higgins, 2013).

Cuando Marx, por ejemplo, consagra a Smith y a Ricardo como “clásicos”, lo hace porque considera que estos dos autores son los que más sistemáticamente trabajaron sobre la especificidad de las leyes económicas de la sociedad capitalista y porque intenta mostrar su propio progreso respecto a aquéllos (Dobb, 1975). Sin embargo, el rótulo omite las importantes diferencias entre esos dos autores, que pueden, siempre de acuerdo a las nuevas necesidades teóricas del presente, volverse más importantes que sus similitudes (vgr. Levín, 2000, p. 5-6). Del mismo modo, Keynes presenta a “la escuela clásica” u “ortodoxa” formada por autores como Say, Ricardo o Marshall. Podemos comprender que lo hace, entre otras cosas, porque, para Keynes, una división de aguas relevante entre doctrinas en la historia del pensamiento económico se da entre aquellas que pregonan políticas de *laissez-faire* y las que promueven cierto tipo de intervención del gobierno (Cap. 23 de la *Teoría General*). Pero es evidente cuán poco fértil sería para el desarrollo de la HPE si quedase establecido de ahí en adelante que dichos autores pertenecen a una escuela homogénea de pensamiento.

Otro motivo para ser cautelosos con la reconstrucción de la HPE en escuelas es que, no en pocas oportunidades, el rótulo mismo de una escuela lo crea un autor (o grupo de autores) para constituir una identidad propia por oposición a la “escuela rival” creada. Esta creación viene generalmente acompañada de cierta caricaturización del autor o conjunto de autores que son rechazados. Cuanto más simplificados y descontextualizados se presentan los rasgos de la “escuela rival”, más fácil es crear un sentido de cohesión en el grupo propio. Hacia la década de 1870, por ejemplo, la etiqueta “Escuela de Manchester” se transformó en las universidades alemanas en un latiguillo usado para caricaturizar a las doctrinas económicas de autores liberales de muy distinto tipo, reduciéndolos a todos estos a simples promotores del *laissez-faire*. Schmoller solía encasillar a economistas como Ricardo o Menger como parte de esta “escuela”, a la cual se tildaba de “ahistórica”, “dogmática”, “abstracta”, “especulativa” para resaltar, por oposición, la supuesta superioridad de la “Escuela Histórica” (Schumpeter, 2006/1954, pág. 779; Grimmer-Solem, 2003, pág. 31).

El mismo origen peyorativo tiene el rótulo “Escuela austríaca”, usado inicialmente por Schmoller y sus colegas para descalificar de conjunto a Menger y sus discípulos. Lo curioso de este último caso no es solamente que, como bien advierte Von Mises, “la práctica de fijar una etiqueta nacional a una línea de pensamiento es necesariamente equívoca”, sino que, en el clima hostil del *Methodenstreit*, Menger y sus discípulos tomaron como propio el rótulo para distinguirse de la actividad de la Escuela histórica (Salerno, 2007; Von Mises, 1984).

Cuando Schumpeter (1954) reflexiona acerca de la posibilidad de pensar en términos de “escuelas” en la Historia del pensamiento económico, argumenta que puede tener sentido en términos “sociológicos”, es decir, para hacer referencia a un grupo de autores que se reconocen partidarios de una misma doctrina, en general vinculada a un maestro fundador o líder, y que buscan delimitar a la suya de otras rivales. Esto le da cierto grado de cohesión a un grupo, “un espíritu corporativo que produce explícita o subconscientemente reglas de acuerdo a las cuales los miembros se reconocen los unos a



los otros, admiten a determinados individuos y excluyen a otros" (p.42)<sup>10</sup>. Es en función de esto que dicho grupo, explica Schumpeter, puede reconstruirse como una "escuela".

En nuestra Tesis no usamos la referencia a escuelas en el sentido exclusivamente sociológico de Schumpeter sino como un recurso más que permite al historiador del pensamiento económico una aproximación *provisoria* a un grupo de autores que comparten algún tipo de vínculo teórico sobre el que nos interesa trabajar conceptualmente. Podemos decir que a la definición de una escuela le pasa lo mismo que a cualquier definición en general: puede ser necesaria como momento de la investigación, y dentro de un contexto determinado (Adorno, 1976). Pero su utilidad se pierde, y se vuelve incluso contraproducente, en cuanto se convierte en una carcasa anquilosada que traba la posibilidad de descubrir nuevos vínculos (teóricos) entre autores<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> Las características que para Schumpeter distinguen a una "genuina" escuela aparecen ejemplificadas en su *History of Economic Analysis* (1954) del siguiente modo: "[the Ricardian school is] a genuine school in our sense: there was one master, one doctrine, personal coherence; there was a core; there were zones of influence; there were fringe ends" (pág.444). Y en otro pasaje aclara en relación al mismo tema: "Evidently there must be a certain amount of cohesion between its members, at least when the group has attained a sufficiently definite existence, a corporative spirit that produces explicit or subconscious rules according to which the members recognize each other and admit certain individuals and exclude others" (pág.42). Schumpeter no recomienda el uso popular del término "vieja escuela histórica alemana" para agrupar a List, Roscher, Knies y Hildebrand, porque éstos no reúnen la serie de características "genuinas" de una escuela en sentido "sociológico".

<sup>11</sup> En relación al problema de la prevalencia de ciertos rótulos en la historiografía, señala Myrdal: "The question of terminology should not be passed over lightly. The terms have a peculiar significance in the social sciences. They represent involved structures of metaphysical ideas which are firmly anchored in our tradition of thought. They have developed within this tradition and have been moulded by it. The tradition is both persistent and elastic" (Myrdal, 1955, pág. 21).

## SECCION I. CONTEXTO HISTÓRICO DE LA FORMACIÓN DE LA JOVEN ESCUELA HISTÓRICA DE ECONOMISTAS

### CAPÍTULO 1. LA CONSTITUCIÓN DEL NUEVO IMPERIO Y EL CRECIMIENTO DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ALEMANIA

En 1871, año en que Menger publica sus *Principios de Economía*, Europa vive convulsionada. El fin de la guerra franco-prusiana dejaba como saldo, por un lado, la unificación política de los reinos germanos más importantes (con la excepción de Austria) en el Segundo Imperio alemán (1871-1918). Lo que hasta entonces había sido una aduana comercial común entre un mosaico de reinos independientes, el *Zollverein* (1834), transitaba hacia una unidad política centralizada, encabezada por Prusia y su poderoso canciller Otto von Bismarck. Por otro lado, la derrota de Francia desató la breve pero refulgente experiencia política de la Comuna de París (marzo-mayo de 1871), la autoproclamada “república universal”, la cual recibió la atención de toda Europa. Ambos sucesos condensan una parte significativa del contexto histórico y político en el cual se definieron los rasgos del grupo de jóvenes economistas liderado por Schmoller, y que poco tiempo después fundarían el *Verein für Sozialpolitik* (Sociedad de Política Social, 1872/73, en adelante, el *Verein*). Dichos sucesos son, por tanto, indispensables para entender el rumbo que éstos pretendieron darle a la economía política y los motivos de la ferviente disputa entre Schmoller y Menger.

La unificación política alemana estimuló el proceso de industrialización que venían experimentando las regiones del *Zollverein* desde la década de 1850. Sólo en esta década, al calor de la fuerte expansión de las redes ferroviarias, se duplicó la producción de hierro y acero en toda la región (Feuchtwanger, 2002, pág. 6). La constitución liberal que introdujo Bismarck para la Confederación Alemana del Norte (1867-1870) primero, y para el Imperio alemán después, le dio nuevo impulso a este proceso: se eliminaron las barreras a la libertad de tránsito y comercio entre los distintos estados; se abolieron las leyes contra la usura y las restricciones a la libertad de profesión que, heredadas de los

antiguos gremios, subsistían todavía en algunas provincias; se promulgó un único código comercial para toda la región y se introdujo una moderna legislación empresarial, bancaria y monetaria (Feuchtwanger, 2002, pág. 49). Si bien en 1871 tres cuartas partes de la población del nuevo imperio vivía todavía en pueblos de menos de 5.000 habitantes, la velocidad del crecimiento industrial y de la aglomeración en las grandes ciudades no tenía correlato al momento en ninguna otra parte de Europa. Ciudades como Berlín, Breslavia, Halle o Leipzig recibían cuantiosas migraciones de trabajadores agrarios que engrosaban las filas de un proletariado industrial en rápido ascenso y que se instalaba en las urbes en condiciones de gran hacinamiento (Grimmer-Solem, 1998, págs. 104-106). A diferencia de los obreros de Gran Bretaña o Francia, que en 1860 contaban ya con organizaciones sindicales fuertes, los obreros alemanes recién obtenían en 1869 el derecho a la negociación colectiva, y sus condiciones laborales eran en general significativamente peores que las de aquéllos (Grimmer-Solem, 1998, pág. 111).

Las décadas de 1860 y 1870 fueron en Alemania momentos de consolidación de algunos de los grandes emporios industriales que hacia finales del siglo la ubicarían entre las más importantes potencias económicas y militares de Europa. En 1874, la emblemática compañía de acero Krupp, por ejemplo, concentraba a 12.000 trabajadores (tres veces más que en 1865) en una ciudadela industrial próxima a Essen, mientras que la compañía de maquinaria alemana Borsig se había transformado para 1872 en la productora más importante de locomotoras de Europa (James, 2012, pág. 33). Ambas eran modernas empresas que representaban la tendencia de la industria a la concentración vertical, la producción en gran escala y a la proliferación de las sociedades por acciones. Representaban también la desaparición del taller manufacturero tradicional, compuesto por maestros y aprendices de oficios que en la década de 1850 constituían todavía una parte significativa de la actividad económica en las ciudades del Zollverein. Estos trabajadores, o bien se proletarizaban, o bien orientaban su actividad a los nichos que dejaba desatendida la gran industria, o se convertían en mano de obra auxiliar de ésta, realizando trabajos por encargo. Junto a pequeños tenderos y comerciantes, formaban la

capa de la sociedad que veía rápidamente (en el transcurso de menos de una generación) empeorar significativamente su estatus social (Blackbourn, 1977, p. 421).

La vertiginosidad de estas transformaciones se convirtió en el gran foco de atención de un grupo de jóvenes economistas entre los que se destacaban Gustav von Schmoller, Lujó Brentano, Georg Friedrich Knapp y Adolf Held. Formados profesionalmente en oficinas de estadísticas públicas prusianas, recibían los cambios políticos y económicos con una mezcla de entusiasmo y recelo. Por un lado, como la mayor parte de la intelectualidad alemana del momento, vivían con gran euforia el proceso de unificación alemana. En 1870, Schmoller, en ese entonces profesor de la universidad de Halle, anotaba entre los objetivos “más nobles” que podían esperar los científicos de una ciencia –se dirigía especialmente a los historiadores alemanes- el de “despertar y mantener en el alma de su propio pueblo una imagen adecuada de su pasado, sostener un espejo para el presente de sus virtudes y vicios (...), elevar el sentimiento nacional, la conciencia del estado y la devoción sacrificial al mismo a través de tradiciones vivas” (Schmoller, 1870, citado en Grimmer-Solem, 1998, pág. 203). Pero, por otro lado, estos jóvenes economistas alemanes veían en las rápidas transformaciones económicas que aquella misma unificación potenciaba, una peligrosa amenaza a la estabilidad política del nuevo imperio, cuya unidad era demasiado reciente y frágil como para darla por seguro. La disminución del *Mittelstand* (como se denominaba a aquella capa heterogénea de la sociedad que no cabía ni en la clase obrera desposeída ni en la gran burguesía) era particularmente alarmante para aquéllos, y en especial para Schmoller<sup>12</sup>. Éste veía con profunda melancolía la reducción de la pequeña burguesía, actor social que a su entender representaba las bases de una cohesión social duradera. El ideal de una “sociedad de clase media”

---

<sup>12</sup> “The strata of civil servants and patricians in western Germany from which Brentano, Held, Knapp and Schmoller sprang saw themselves as the defenders of the *Mittelstand*, which had traditionally been the basis of commercial prosperity and social cohesion in burgher cities. Consequently, the disappearing middle was a particular cause for alarm among the historical economists, foremost Schmoller, absorbing an enormous amount of their scholarly energies.” (Grimmer-Solem, 1998, pág. 119).

(*Mittelstandsgesellschaft*), aparecía repetidamente en sus escritos de juventud<sup>13</sup>. En distintos artículos publicados entre 1864 y 1865, Schmoller alentaba tanto la formación de cooperativas de productores como la legalización de los sindicatos obreros. Veía en estas asociaciones, apoyadas en Alemania también por el partido socialista de Lassalle -la Asociación de Trabajadores Alemanes (1863)-, formas de asociación corporativa que tendían a contrabalancear la creciente polarización social. Al mismo tiempo, alentaba en ese entonces esquemas de participación accionaria de los trabajadores en las empresas, gracias a los cuales, entendía, el conflicto inherente entre el trabajo y el capital se transformaría en nada más que una “falsa abstracción” (Grimmer-Solem, 1998, pág. 117).

La preocupación que generaba en distintos círculos de intelectuales y políticos -desde liberales a conservadores- la veloz expansión de la clase obrera y sus organizaciones, cobraría otro cariz a partir de 1867, cuando Bismarck, en contra de la voluntad de los principales partidos liberales, instauró el voto universal (para hombres mayores de 25 años) en las elecciones del parlamento. Esta novedad para la época generó gran ansiedad política, sobre todo después de la fundación del Imperio y de la experiencia de la Comuna de París. Entre las nuevas organizaciones políticas obreras del momento se destacaba el Partido Socialdemócrata Obrero Alemán (1869, SDAP por sus siglas en alemán), liderado por August Bebel y Wilhelm Liebknecht. Si bien en 1871 este partido ocupaba todavía una posición marginal en el nuevo *Reichstag*, su importancia e influencia política crecerían velozmente en los años siguientes<sup>14</sup>. La explícita vocación internacionalista de los dirigentes del SDAP contrastaba con la euforia nacionalista que imperaba en Alemania

---

<sup>13</sup> Entre los escritos de Schmoller de la época se encuentra, por ejemplo, un estudio sobre la evolución de la pequeña industria en Alemania en el siglo XIX (“Contributions to the history of the Small Industries of Germany in the 19th Century, Halle, 1870).

<sup>14</sup> En 1871 la Asociación de Trabajadores de Alemania y el SDAP en conjunto obtenían un 3% (102.000) de los votos totales. En 1874, 352.000 votos. En 1877, tras la fusión de ambos en el Partido Obrero Socialista de Alemania (1875), 493.000. El partido fue semiilegalizado entre 1878 y 1890, a partir de la promulgación de las “leyes antisocialistas” impulsadas por Bismarck. En 1890, rebautizado como Partido Socialdemócrata Alemán, reunía el 20% de los votos totales, el 32% en 1901 y el 35% en 1914 (Engels, 1895); Fairbairn, 2002, pág. 67).

tras las guerras de unificación. En la sesión de apertura del *Reichstag* de 1871, Bebel presentaba a la Comuna de París, y a su proyecto de instaurar una “república universal”, como presagio de la sociedad futura (Feuchtwanger, 2002, pág. 61). Y con el mismo espíritu, Liebknecht condenaba abiertamente la guerra franco-prusiana e intentaba distanciar al partido socialista de la exaltación patriótica del momento<sup>15</sup>.

A la tensión que el SDAP creaba en el parlamento del nuevo Imperio había que sumar el crecimiento de los sindicatos obreros y sus primeras huelgas de magnitud en Alemania, que en 1872 registraron su pico más alto hasta entonces (Feuchtwanger, pág.71). Así reconstruía el economista austríaco Philippovich en 1891, el contexto de ansiedad política del momento:

“The feverish development of industry in the years immediately following 1871, with its many evil effects, made it clear to impartial minds that freedom in industry alone would not bring the advantages of a real equilibrium in material prosperity. Notwithstanding the national enthusiasm, which permeated all classes and might be expected to bring them nearer together, the agitation among the workmen was growing. Wide-spread strikes, and an open attitude of hostility by firmly organized groups of workmen, frightened the timid and aroused among the more clear-headed an even deeper anxiety” (von Philippovich, 1891, p. 225).

Fue en este contexto en el que Schmoller, junto a Brentano, Held y Knapp, convocaron hacia finales de 1872 a un congreso que llamaba a académicos, funcionarios públicos, periodistas y empresarios a debatir la “cuestión social” (expresión que se usaba para referir al clima de tensión social existente), y que tendría como resultado más importante

---

<sup>15</sup> “Murder remains murder, even if the murderer and his victim speak different tongues... The word Fatherland, which you repeat to us so often, speaks from a point of view which we have left behind, one that looks backward and not forward, and is hostile to civilization. Humanity cannot be imprisoned within national boundaries. What you call the Fatherland is for us but a site of misery, a prison, a hunting-ground in which we are the hunted game, and in which many a one of us knows not where he can lay his head” (extracto de un discurso de Liebknecht citado en Philippovich, 1891, pág. 226). Este tipo de declaraciones les valdrían a los líderes del SDAP el estigma de “enemigos del imperio” y la cárcel por “alta traición” entre 1872-1873.

la fundación al año siguiente del *Verein für Sozialpolitik* (Sociedad de Política Social). Eisenach, el lugar elegido tanto para el congreso como para la fundación de la nueva sociedad, no era casual; se trataba de la misma ciudad en la cual, unos pocos años antes, se había fundado el SDAP<sup>16</sup>.

El *Verein*, asociación en la que Schmoller tendría un papel protagónico con el correr del tiempo, comenzó a orientar su actividad cada vez más al fomento y difusión de investigaciones estadísticas sobre la situación de la clase obrera en Alemania. Sus integrantes buscaron, sobre todo durante su primera década de actividad, influir en las políticas del gobierno de Bismarck, impulsando proyectos de reforma de la legislación laboral y social. A través de sus publicaciones, se instigaba, por ejemplo, a mejorar los controles públicos sobre las condiciones de salubridad y seguridad en el trabajo fabril, a regular la responsabilidad de las compañías frente a enfermedades y accidentes laborales, a restringir el trabajo infantil y femenino; entre otras propuestas que anticiparon en buena medida la legislación laboral de avanzada para la época que produciría el gobierno de Bismarck durante la década de 1880 (Grimmer-Solem, 1998, pág. 230)<sup>17</sup>.

Por impulsar estas reformas durante los primeros años de formación del nuevo imperio, los economistas del *Verein* se ganaron el mote de “socialistas de cátedra”. El influyente historiador Heinrich von Treitschke, en ese entonces parlamentario del *Reichstag* por

---

<sup>16</sup> De aquí que Pribram (1983) explicase la creación del *Verein* como resultado de la amenaza de una revolución socialista: “...the unity and strength of the nation were increasingly threatened by the growing labour movement and the close relations established by that movement with similar organizations in other countries (...) Greatly alarmed by that situation, a group of German economists decided to unite their efforts in the struggle for the adoption of economic principles which took account of the needs of the large masses of the working population. Such a program, formulated by Gustav Schmoller, was adopted in 1873 at the Eisenach meeting of the newly founded Verein für Sozialpolitik” (Pribram, 1983, pág. 216).

<sup>17</sup> “To get an idea of the scale of the *Verein's* research, by 1914 it had published some 140 volumes of its *Schriften* of an average length of about 350 pages each. This amounted to the most elaborate and authoritative collection of original empirical social research produced in Imperial Germany” (Grimmer-Solem, 2003, p. 81).

parte del Partido Nacional Liberal, los atacó en un artículo titulado “El socialismo y sus patrones” (1874), caracterizándolos como los “amigos cultos” del socialismo. Para Treitschke, aquella petición de los economistas del *Verein* al Estado para que interviniese en favor de la situación de la clase obrera, los hermanaba políticamente a la apátrida Social Democracia que amenazaba la estabilidad política de Alemania<sup>18</sup>. Por el contrario, replicaba Schmoller, la actividad del *Verein* buscaba consolidar la armonía del nuevo Imperio. Para el líder del *Verein*, la gran tensión de la época, la cual ni los partidos liberales ni los conservadores existentes lograban entender ni, por tanto, conjurar, era el veloz crecimiento de una clase obrera que, al tiempo que conquistaba nuevos derechos que la equiparaban políticamente al resto de los miembros de la sociedad, veía agrandarse la brecha entre su posición económica y la de éstos.

“The same workers who received new political rights every day, who were called from all sides into the arena of political conflict, who were assured on a daily basis that *they* were the actual people – most of these workers found themselves, until very recently, in conditions that grew increasingly pitiful by the day. Inevitably, the moment had to come when workers told themselves: Well, when it comes to political life, service to the Fatherland, and everything else, I am supposed to have the same standing as the most distinguished, richest person – but in economic and social life, the gulf is not only supposed to remain but actually continue to grow. It is from this starting point that today’s social question arose – and in fact *had* to arise” (Schmoller, 1874, pág. 1).

Tanto Schmoller como Treitschke compartían el temor del acercamiento de la clase obrera al socialismo internacionalista. Pero para el primero, el creciente atractivo de la Social

---

<sup>18</sup> Así expresaba Treitschke su preocupación por el crecimiento de la Social Democracia: “Such a coarsely sensualist political tendency has no conception of a fatherland, no sense of the personality of the national state. The notion of national customs and tradition, this moving force of history in our century, remains incomprehensible to socialism (...) Everywhere, socialism goes hand in hand with unpatriotic cosmopolitanism and slack commitment to the state. (...) Thus socialism alienates its comrades from the state and the fatherland, offering instead of this community of love and respect, which it destroys, a community of class hatred” (von Treitschke, 1874).



Democracia era resultado de la incapacidad de los partidos liberales existentes de considerar las demandas de los obreros y producir las reformas sociales necesarias para alejarlos de la agitación socialista. El programa de “reforma social” que pregona el *Verein*, justificaba Schmoller, consistía precisamente en “restablecer la buena armonía entre las clases sociales, en hacer desaparecer o en aminorar la injusticia, en aproximarse todo lo posible al principio de la justicia distributiva y en establecer una legislación social que favorezca el progreso, que garantice el levantamiento material y moral de las clases inferiores y medias” (Schmoller, 1905[1875], pág. 140). “Todo el peligro de la Social Democracia”, concluía Schmoller en su polémica con Treitschke, “está conjurado si se consigue conducirlo al terreno de los hechos, a luchar en favor de reformas prácticas determinadas; entonces lo vago de sus utopías, sus aspiraciones ideales se desvanecen y las pasiones se apagan por sí mismas” (Schmoller, 1905[1875], pág. 222)<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> En el mismo sentido argumentaba Brentano en 1877 que el crecimiento de un partido “hostil al Reich” como el de la Social Democracia, era producto de la estrechez de los partidos liberales para abordar las preocupaciones legítimas de la clase obrera (Grimmer-Solem, 1998, pág. 248).

## CAPÍTULO 2. LA NUEVA ESCUELA COMO TERCERA VÍA

El cuadro histórico anterior forma el contexto en el cual los economistas del *Verein* comenzaron a presentarse como una “nueva escuela” de economistas, que algunas veces caracterizarían como “realista” (Brentano, 1870; Schmoller, 1875; Held, 1877), otras como “ética” (Schmoller, 1880; Held, 1877) u “histórica” (como quedaría finalmente consagrada en la Historia del Pensamiento Económico como disciplina). Con estos adjetivos el grupo buscaba diferenciar su proyecto de lo que percibían como las dos ramificaciones más importantes de la economía política desde Ricardo: por un lado, la (por ellos denominada) “escuela de Manchester”<sup>20</sup> o “escuela individualista”, dentro de la que se agrupaba sin mayor distinción a las doctrinas económicas liberales de la época (incluyendo a la obra de Menger); por el otro, las doctrinas económicas socialistas que, apoyadas en la teoría económica ricardiana, presentaban la ganancia del capital como la parte no retribuida del valor creado por el trabajador (en este segundo grupo se destacaba evidentemente la obra de Karl Marx). A los ojos de los economistas del *Verein*, por más opuestas que se presentaran, aquellas doctrinas económicas tenían mayor parentesco del que se percibía a simple vista. ¿En qué sentido podía verse en Menger a un continuador de la economía política de Ricardo? Y ¿desde qué ángulo podía percibirse afinidad entre las obras de autores tan distantes como Menger y Marx?

En el prólogo de sus *Principios de Economía*, Menger explica que uno de los objetivos centrales de su libro consistía en demostrar que “existe una teoría de los precios que (...) agrupa desde un punto de vista unitario todos los fenómenos relacionados con los precios (incluyendo los intereses del capital, los salarios, la renta de la tierra, etc.)” (Menger, 2014, p. 102). El atasco en el que se hallaba inmersa la economía política ricardiana era para él un resultado necesario del equivocado principio sobre el que se apoyaba todo el edificio

---

<sup>20</sup> El peyorativo término *Manchesterum*, acuñado por Lasalle en la década de 1860, se volvió rápidamente un “buzzword” que usarían desde socialistas hasta conservadores en Alemania para atacar al “liberalismo” como supuesta doctrina importada de Gran Bretaña y carente de la más mínima simpatía por las capas más pobres de la sociedad (Menger et al., 2016, pág. 469).

de la escuela clásica de Smith y Ricardo: una teoría del valor fundada en el tiempo de trabajo necesario para reproducir las distintas mercancías. Uno de los problemas principales de aquella teoría, argumentaba Menger en los *Principios*, era precisamente que no era general: no era posible explicar por medio de ella, por ejemplo, el caso de las tierras no cultivadas, las cuales tienen valor de cambio aun cuando evidentemente no se emplea trabajo alguno en ellas. Esta circunstancia, que la teoría clásica razonaba como una excepción a su ley general, no era para el autor sino una muestra de su deficiencia: “El hecho de que un grupo importante y numeroso de fenómenos no pueda ser explicado por las leyes generales de la ciencia que se ocupa de ellos es prueba evidente de que esta ciencia necesita una reforma...” (pág.228/229). En esto consistía para Menger en 1871 la tarea teórica más apremiante del momento (a la cual dedica sus *Principios*): reconstruir la ciencia desde sus cimientos, proveyendo un nuevo principio general (al cual tiempo más tarde su discípulo Friedrich von Wieser denominaría “utilidad marginal”) para explicar la ley que regula el intercambio mercantil<sup>21</sup>.

Por más distintos en propósito y contenido que sean los *Principios* de Ricardo y los de Menger; por más que este último entendiera a su obra como un punto de partida completamente novedoso en relación con la de aquél; por más enfrentados intelectualmente que estuvieran los discípulos de Menger y los de Marx a la vuelta del siglo; tanto Ricardo como Menger y Marx compartían la necesidad de comenzar sus obras exponiendo la ley general que regula las relaciones de cambio entre mercancías, apostando a darle un lugar protagónico a la misma en el resto de sus obras.

Por el contrario, para Schmoller y sus colegas del *Verein*, el problema mismo, sea cual fuera la clave teórica con la que se lo abordara, pertenecía más bien a una economía política vetusta y “abstracta”. En primer lugar, porque centrar el esfuerzo de la ciencia en especulaciones acerca de las determinaciones del valor de las mercancías, así como en

---

<sup>21</sup> En relación al concepto integrador al que aspiraba Menger, explican Screpanti y Zamagni (2005, p. 192) “His main theoretical problem was: under which conditions can the principle of marginal utility be considered as the foundation of the whole of economics?”

problemas teóricos como el de la naturaleza del dinero y capital (centrales en la obra económica tanto de Menger como en la de Marx) era, en el mejor de los casos, dedicar tiempo a estériles ejercicios intelectuales que, en todo caso, ocupaban tan sólo “un pequeño rincón” en el gran edificio de la “moderna economía política”.

“...como reformador [de la economía política] Menger no tendrá eficacia; él es sobre todo un epígono que, educado exclusivamente en la lógica naturalista de [John Stuart] Mill y apoyado exclusivamente en la vieja, dogmática, y abstracta economía política, pone en examen un pequeño rincón del gran edificio de nuestra ciencia. Pequeño rincón que él conoce a la perfección, y en el que se ha introducido con agudeza doctrinaria, en lugar de al edificio entero, o por lo menos a la mejor y más ostentosa sala del mismo edificio” (Schmoller, 1883, fragmento de su reseña a las *Investigaciones sobre el método* de Menger).

Lo que parecía consternar especialmente a los economistas del *Verein* era la pretensión misma de que la economía política estuviera encomendada a buscar *leyes económicas generales*, análogas a las de las ciencias de la naturaleza, regidas también por fuerzas independientes de la voluntad de los hombres. En el prólogo a sus *Principios de Economía*, Menger aseguraba que su intención era demostrar que “los fenómenos de la vida económica se gobiernan por leyes estrictas similares a las que rigen en la naturaleza” (Menger, 2014, p. 101) y que el objeto de la ciencia económica consistía en el estudio de “la regularidad de fenómenos totalmente independientes de la voluntad humana” (pág. 102). Prevenía ya entonces -probablemente en alusión indirecta a los economistas del *Verein*- “contra la opinión de quienes niegan la regularidad de los fenómenos económicos aludiendo a la libre voluntad de los hombres, porque por este camino lo que se niega es que las teorías de la economía política tengan el rango de ciencia exacta” (p. 101)<sup>22</sup>.

*Mutatis mutandis*, también Marx presentaba uno años antes a su obra magna, *El Capital* (1867), como el esfuerzo por desentrañar las leyes generales que regulan el sistema

---

<sup>22</sup> Dejamos para el siguiente capítulo el estudio de la concepción de Menger sobre la naturaleza del conocimiento teórico en la economía política y de las “leyes” que son objeto de la misma. En las *Investigaciones sobre el método* (1883), el autor profundiza en estos temas. En los *Principios* (1871) apenas esboza algunas pocas consideraciones al respecto.

económico de conjunto. En el prólogo a la primera edición de esta obra Marx adelanta que “el objetivo último de esta obra es, en definitiva, *sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna*” (Marx, 1867, p. 8), o la investigación de las “leyes naturales de la producción capitalista (...), de esas *tendencias* que operan y se imponen con férrea necesidad” (pág.7). La ley del valor, explicaba Marx en el primer capítulo de *El Capital*, “se impone de modo irresistible como ley *natural* reguladora, tal como por ejemplo se impone la ley de la gravedad cuando a uno se le cae la casa encima” (pág. 92).

No es este evidentemente el lugar para ocuparnos de las diferencias entre las obras de Marx y Menger. Lo que buscamos remarcar en este momento es que la aspiración común, compartida tanto por autores “liberales” como “socialistas”, por develar aquellas leyes generales del sistema económico, era para los economistas del *Verein* el camino que condenaba a la ciencia a la esterilidad política. Aquellos economistas “que hablan con predilección de las leyes naturales de la economía política”, se quejaba Schmoller en 1875, dan por supuesta una “organización económica normal, constante e independiente del tiempo y el espacio (...), que no puede ser perturbada más que por la intromisión abusiva del Estado y de la legislación...” (Schmoller, 1875, pág.65). “Las cuestiones de organización económica, es decir, las más interesantes e importantes cuestiones de nuestra ciencia”, reclamaba Schmoller, “no están simplemente dominadas por fuerzas naturales que obran mecánicamente...” (pág.67). ¿Qué podían decir aquellas “variantes” de la economía política ricardiana ante la ansiedad política de la época en Alemania? ¿Qué guía política ofrecían sus leyes a la hora de justificar las reformas sociales que los

economistas de la JEHA consideraban apremiantes para consolidar al nuevo imperio?<sup>23</sup>  
24.

Adolf Held, secretario del *Verein* durante sus primeros años, condensaba del siguiente modo las demandas de la “nueva escuela” hacia la economía política clásica:

“La nueva escuela exige un abandono completo del esfuerzo por establecer leyes naturales de aplicación universal, y con ello un abandono, en la medida de lo posible, de ese modo de investigación que razona por deducción de premisas más o menos rígidas. Exige una economía política realista, que la investigación económica se apoye, en la medida de lo posible, en material histórico y estadístico. Exige, sobre todo, el abandono de la premisa de que el hombre en su acción económica sólo está influenciado por el egoísmo: niega la proposición de que el hombre deba estar condicionado sólo por motivos egoístas en todas sus opiniones, y que de este modo se promueva más eficazmente el bien general. Por el contrario, afirma que el espíritu público siempre está activo, junto con los motivos egoístas, y que siempre debe estarlo; exige una economía política ética. Exige que el hombre económico sea considerado como miembro de una sociedad organizada” (Held, 1877, citado en von Philippovich, 1891, pág. 224).

Junto al reclamo por dejar a un lado la búsqueda de “leyes universales” en el terreno de la economía política, una objeción recurrente en los escritos de los autores del grupo

---

<sup>23</sup> Grimmer (2003) retrata el espíritu averso en Alemania a la formulación de leyes en la economía política del siguiente modo: “In the 1860s appeals to economic law seemed not only quaint and theological, but, considering the social question in Germany, politically and socially unacceptable, since it wrongly lifted the mechanics of the economy outside of the provenance of human action, and therefore denied much of a scope for reform” (pág.152). Kurz (1995), por su parte, explica el rechazo de los jóvenes historicistas por la “teoría pura” por su esterilidad política: “[In the new German Empire], in which an unsolved Soziale Frage endangered the social order and the stability of the nation state, a concern with pure theory and, worse, with a theory maintaining that the social good is to be expected from the unfettered pursuit of self-interest was considered anachronistic, if not dangerous” (Kurz, 1995, pág.10).

<sup>24</sup> Brentano, por ejemplo, acusaría a la “Escuela abstracta” por ser incapaz de conjurar “la miseria social y los peligros que de ella se derivan para el orden social” (Menger, 1889, pág. 413).

consistía en cuestionar la validez de la ficción del *homo economicus*: aquel personaje desprovisto de todo vínculo social orgánico y cuyo cálculo y accionar están motivados tan sólo por el interés egoísta de adquirir en el mercado la mayor cuantía de riqueza social posible dando a cambio el menor producto propio. El sólo hecho de acudir a esta figura, que John Stuart Mill había colocado deliberadamente en el centro del objeto de estudio de la economía política científica, resultaba inaceptable para los historicistas<sup>25</sup>. Equivalía para aquellos a reducir el conocimiento de los fenómenos sociales a la interacción de un conjunto de átomos aislados puestos sólo en contacto fugaz a través del mercado. Se trataba, en la jerga común de la época en Alemania, de meras “robinsonadas” (en referencia al famoso personaje de Daniel Defoe, recluido de todo contacto social en una isla deshabitada). La etiqueta se usaba para desacreditar a la economía política “clásica” que dejaba a un lado en sus investigaciones el “impulso moral” del hombre hacia los miembros de su comunidad; aquella economía política que, como explicaba Held, se rehusaba a considerar al hombre en cuanto miembro de una “comunidad organizada”. “Al igual que la escultura clásica”, protestaría en este mismo sentido Brentano, “la economía clásica ha creado un hombre libre de todas las peculiaridades de la profesión, la clase, la nacionalidad y el escenario cultural” (Brentano, 1888). Una ciencia moderna, “realista”, sostenía, debía precaverse de ficciones de este tipo, construidas sobre la base de una “humanidad abstracta” y alejadas de la “vida real”.

---

<sup>25</sup> John Stuart Mill, filósofo y economista de gran influencia especialmente entre las décadas de 1860 y 1870, había celebrado en sus “Ensayos sobre algunas cuestiones irresueltas en economía política” (J.S.Mill, 1874[1836]), como un progreso para la economía política, el uso explícito de la ficción del “homo economicus”: “[Political economy] does not treat of the whole of man’s nature as modified by the social state, nor of the whole conduct of man in society. It is concerned with him solely as a being who desires to possess wealth, and who is capable of judging of the comparative efficacy of means for obtaining that end. It predicts only such of the phenomena of the social state as take place in consequence of the pursuit of wealth. It makes entire abstraction of every other human passion or motive” (J.S.Mill, 1874[1836], p. 97). En el capítulo 8 tendremos oportunidad de revisar más en profundidad la comprensión de Mill acerca de la naturaleza de la economía política, como antecedente en el que se apoya en buena medida Menger en su crítica al historicismo alemán.

La descalificación de la economía política “clásica” por el grado de “abstracción” e “irrealidad” de sus premisas teóricas tenía como contrapartida el énfasis de la mayoría de los economistas del *Verein* en que la actividad de la ciencia debía orientarse hacia estudios eminentemente historiográficos y estadísticos, acotados a un espectro temporal y espacial bien determinados (Grimmer y Romani, 2006). Como veremos en el próximo capítulo, este será el primer prejuicio que buscará atacar Menger en sus *Investigaciones sobre el método*. Pero podemos adelantar que, visto desde el ángulo complementario desde el cual pondremos énfasis a lo largo de la Tesis, tanto la ficción del *homo economicus* como la búsqueda de *leyes generales* en la ciencia de la economía política resultaban problemáticas para la JEHA porque dejaban a un lado toda referencia al hombre en tanto miembro de una comunidad nacional determinada. “Toda explicación económica” - señalaba Schmoller en 1875, aunque sin mayor desarrollo- “debe darnos a conocer desde luego el carácter del pueblo del que se trata, las costumbres e ideas que varían con la época y el lugar del que se trate” (Schmoller, 1875, pág. 64).

Schmoller parecía advertir ya entonces que la búsqueda de leyes económicas generales ponía implícitamente en cuestión el nombre mismo de la ciencia comúnmente usado en Alemania: *Nationalökonomie* o *Volkswirtschaftslehre* (literalmente “economía nacional” y “estudios de la economía del pueblo”, respectivamente). Era en este punto, explicaba Schmoller en 1875 (ocho años antes de la confrontación pública con Menger), que él y sus colegas se distanciaban verdaderamente tanto de las doctrinas “liberales” como de las “socialistas” de la época. El giro de la nueva “economía política moderna realista” frente a la “antigua economía política dogmática y abstracta” consistía en que la primera no pretendía dejar a un lado los caracteres nacionales del objeto de estudio de la ciencia, mientras que la segunda parecía ignorarlos (1875, pág.55):

“La antigua economía política pretendía con frecuencia que no había en realidad economía política *nacional*, capital *nacional*, ni renta *nacional*, sino economías individuales, capitales y rentas individuales. Y esto es evidentemente falso, porque el genio de la lengua no designaría con un nombre común lo que no tuviera nada de común. La economía nacional de los



ingleses, de los alemanes, de los groenlandeses, de los cafres, de los chinos, son designaciones, no de una suma de economías individuales sobre un mismo territorio, sometidas a la misma autoridad, sino de un todo uniforme, cuyas partes, en todas sus distintas relaciones, reaccionan unas sobre otras, de un modo muy diverso de cómo reaccionarían estas mismas partes sobre las economías individuales de otros Estados y de otros pueblos. Y este factor común, que sirve de enlace a todas las instituciones particulares de un pueblo o de un Estado, no es solamente el Estado, es algo más íntimo: es la comunidad de la lengua, de la historia, de los recuerdos, de las costumbres y de las ideas comunes..." (1875, pág.56).

Volveremos a lo largo de la Tesis en profundidad sobre el significado del intento de Schmoller, y de la tradición del historicismo alemán en general, de acotar el objeto de estudio de la ciencia a las fronteras nacionales. Es uno de los objetivos principales de la Tesis desarrollar en qué sentido el enfrentamiento entre Menger y Schmoller se complejiza al ponerlo a la luz de la tensión acerca de los límites del objeto de estudio de la economía política como ciencia. Pasemos ahora a las *Investigaciones sobre el método* de Menger, libro que el autor declara "destinado a destruir algunas ilusiones de la escuela histórica de economía". Su objetivo explícito era "la reforma de la actual situación de la economía política en Alemania" (1883, pág.172).

## SECCION II. LAS INVESTIGACIONES SOBRE EL MÉTODO, EN DEFENSA DE LA TEORÍA ECONÓMICA EXACTA

### CAPÍTULO 3. SOBRE LA NATURALEZA DE LA TEORÍA ECONÓMICA EXACTA

En 1883 Menger publica sus *Investigaciones sobre el método*. En el prefacio se ocupa de aclarar que su trabajo apuntaba a despejar toda una serie de prejuicios muy instalados entre los economistas alemanes que obstruían el progreso de las ciencias sociales, principalmente en el terreno que él llamaría la “teoría económica exacta” (nos referiremos a esto en breve). Un año después de la publicación de este libro, en las cartas de Menger que luego se publicarían como “Los errores del historicismo”, explicaría que el tipo de “crítica” que la Escuela histórica de economistas le hacía a la economía política clásica era de carácter bien distinto a la que él mismo se había propuesto hacerle a la teoría económica de Ricardo en 1871. “La reforma de una ciencia”, explicaba allí Menger, “sólo puede surgir desde adentro de ella misma, de lo profundo de su propio mundo de ideas; sólo puede ser obra de investigadores que están inmersos en los problemas de su disciplina” (Menger, 2006, p. 324). Los economistas de la Escuela histórica eran en este sentido “falsos reformadores”: no se ocupaban de la trabajosa tarea de reformular los principios de la ciencia legada, sino que pretendían oponerle a la Escuela clásica otra “orientación”, llena de “prejuicios” y “concepciones unilaterales” que obturaban la posibilidad del progreso de la ciencia y que, por tanto, era necesario dejar al descubierto. El más explícito de estos prejuicios era para Menger la pretensión de querer renovar la economía política presentándola como una ciencia “histórica y estadística”, que debía dejar en un segundo plano las investigaciones sobre teoría económica general. ¿Qué distingue al historiador y estadístico del científico teórico?

“Este decisivo problema para la teoría de la ciencia tiene para mí una importancia excepcional. En la literatura de la economía alemana actual (...) se han formulado algunas concepciones que, en el ámbito de la economía, desconocen la neta distinción que existe entre la historiografía y la estadística,

por un lado, y la teoría por otro. Se ha formado una escuela de economistas que, en el campo de la historia y de la estadística económica, se ha ganado unos méritos que nadie más que yo estaría dispuesto a reconocer, pero que en varias formas ha confundido esta ciencia con la economía política teórica, y que, al concebir la economía teórica como una disciplina histórica, ha llegado incluso a cuestionar su autonomía” (Carl Menger, 2006, p. 334).

Menger dedica la primera parte de sus *Investigaciones sobre el método* a aclarar la naturaleza y relevancia del conocimiento “teórico”, como tipo de conocimiento distinto, autónomo, tanto del conocimiento “histórico-estadístico” como del “práctico”. El conocimiento científico en general y, dentro de éste, el de los fenómenos económicos en particular, explica Menger, pueden dividirse inicialmente en dos grandes “orientaciones”. Una primera consiste en considerar a los fenómenos del mundo empírico en su dimensión “concreta” o “individual”, es decir, en su posición espacial y temporal singulares. Son las ciencias históricas y estadísticas las que se ocupan del estudio de los fenómenos en su pura individualidad, del vínculo único entre fenómenos de la experiencia en determinado tiempo y espacio (Carl Menger, 2006, p. 105). Son ellas las que tienen como tarea la de describir la sucesión de hechos singulares a lo largo de la historia. Las “ciencias históricas de la economía”, describen, por ejemplo, “la situación y evolución de la economía de un determinado país o conjunto de países, de una determinada institución económica, la marcha de los precios o de la renta de la tierra en un determinado sector económico, etc.” (pág.110).<sup>26</sup>

Junto a las ciencias históricas y estadísticas -sigue Menger- existe sin embargo otro tipo de actividad que busca aprehender no los rasgos singulares sino las propiedades comunes de los fenómenos de la experiencia: el conocimiento “teórico”. “Comprendemos los fenómenos por medio de teorías en tanto éstas nos muestran cada caso concreto

---

<sup>26</sup> En *Elementos de una clasificación de las ciencias económicas* (1889), Menger va a distinguir dentro de las “ciencias históricas de la economía” entre la “estadística económica”, por un lado, ocupada “de indagar los fenómenos económicos concretos dentro de límites espaciales precisos y desde un punto de vista estático”; y la “historia económica”, por el otro, “encargada de indagarlos desde un punto de vista evolutivo” (1889, p.399).

simplemente como ejemplificación de una *regularidad general*" (pág.124). Por un lado, la experiencia nos demuestra que ciertos fenómenos se presentan repetidamente a lo largo del tiempo. "Llamamos *tipos* a estas formas fenoménicas" (pág.104). En el caso de la economía política, por ejemplo, cuando el investigador teórico se refiere a la "mercancía", al "dinero", al "capital", al "precio", a la "tasa de interés", etc., no alude a la dimensión singular de fenómenos concretos ubicados en un tiempo y espacio determinados, sino a la naturaleza general de aquellas categorías económicas. Del mismo modo, explica Menger, comprobamos cotidianamente la recurrencia de relaciones constantes en la sucesión o coexistencia de fenómenos de la experiencia, como por ejemplo el descenso del precio de una mercancía frente al aumento en su oferta, o la caída de la tasa de interés como consecuencia de la acumulación de capital. El descubrimiento de estas "relaciones típicas" o "leyes" es una aspiración elemental del científico *teórico*; y la relevancia de este tipo de conocimiento para la especie humana, enfatiza Menger, difícilmente pueda ser sobrevalorada:

"Without the knowledge of empirical forms [types] we would not be able to comprehend the myriads of phenomena surrounding us, nor to classify them in our minds; it is the presupposition for a more comprehensive cognition of the real world. Without cognition of the typical relationships we would be deprived not only of a deeper understanding of the real world, as we will show further on, but also, as may be easily seen, of all cognition extending beyond immediate observation, i.e., of any *prediction* and *control* of things. All human prediction and, indirectly, all arbitrary shaping of things is conditioned by that knowledge which we previously have called *general*" (Carl Menger, 1996, p. p.36).

Ahora bien, parte de la originalidad de Menger en este punto consiste en su intento de distinguir nítidamente dentro de la investigación *teórica* dos "orientaciones principales", de cuya confusión, entiende, proviene parte de los prejuicios antiteóricos de la JEHA. Las dos orientaciones posibles, tanto en las ciencias naturales como en las de la moral, son la orientación "empírico-realista" y la orientación "exacta". La primera resulta de la formulación de leyes que se basan en la observación empírica de relaciones de sucesión o coexistencia entre fenómenos *pretéritos*. Comprobamos, por ejemplo, que a un aumento

de la cantidad de metales preciosos que fluyen a una región determinada en cierto momento histórico sigue un aumento generalizado de los precios de las mercancías que allí circulan. Al repetirse esta relación con cierta regularidad en otras regiones y períodos históricos, generalizamos aquella relación y le llamamos “ley” a la misma. Ahora bien, la orientación “empírico-realista” tiene un límite inexorable: *“excluye en principio la posibilidad de alcanzar un conocimiento teórico riguroso (exacto) en todos los ámbitos del mundo fenoménico”* (Carl Menger, 2006, p. 127). Menger se refiere acá al problema comúnmente conocido como “problema de la inducción”: las leyes de recurrencia y coexistencia entre fenómenos empíricos sólo proporcionan un conocimiento general acerca de una regularidad pretérita pero no aseguran el carácter *necesario* de las conexiones entre los fenómenos a los que refiere la ley. La universalidad de las “leyes empíricas” es, por tanto, explica Menger, siempre incompleta, aproximada, dado que sólo obtenemos de ellas verdades momentáneas que pueden ser refutadas frente a cualquier nueva observación futura (pág.184).

Ahora bien, las “leyes empíricas” son para Menger el producto de tan sólo una de “las dos orientaciones fundamentales en la investigación teórica en general y en la economía en particular” (pág.123). Menger advierte que, en todos los campos del conocimiento, tanto en las ciencias de la naturaleza como en las de la moral, existe otra orientación de la investigación teórica que aspira a establecer “leyes estrictas” o “exactas”. A diferencia de la orientación empírico-realista, la orientación exacta “consiste en formular leyes rigurosas de los fenómenos y regularidades en la sucesión de los mismos, tales que no sólo no ofrezcan excepciones, sino que nos garanticen que no las admiten sobre la base de los procedimientos empleados para formularlas” (pág.128)<sup>27</sup>. La ley que determina que un aumento de la demanda de un bien trae aparejado un incremento en su precio relativo, por ejemplo, no es susceptible de ser rechazada sobre la base de una observación

---

<sup>27</sup> “The specific goal of this orientation of theoretical research is the determination of regularities in the relationships of phenomena which are guaranteed to be absolute and as such to be complete...” (pág.61).

empírica contraria (pág.140 y ss.). Es una ley que tiene “vigencia absoluta”, en tanto y en cuanto se precise con rigor el contexto analítico en el cual rige:

“...the law that the increased need for an item results in an increase of prices, and indeed that a definite measure of the increase of need also results in an increase in prices determined according to its measure, is not true -is unempirical, when tested by reality in its full complexity. But what else does this prove than that the results of exact research do not happen to find their criterion in experience in the above sense? The above law is true in spite of all this, absolutely true, and of the greatest significance for the theoretical understanding of price phenomena, as soon as it is merely considered from the point of view which is adequate for exact research. If one considers it from the point of view of realistic research, then, to be sure, one gets into contradictions. The error in this case, however, lies not in the law but in the wrong way of considering it” (Carl Menger, 1996, pp. 71-72).

Declarar la falsedad de esta ley porque en el mercado de un bien particular se observa que un incremento de la demanda no produce un aumento en su precio, equivaldría a decretar la falsedad del triángulo con el que trabaja el geómetra frente a la constatación de que éste no tiene realidad empírica, es decir, frente al hecho de que resulta imposible en el mundo empírico encontrar un triángulo con las propiedades exactas que supone el matemático. Para Menger se trata de un gran malentendido que proviene de no haberse distinguido con precisión las dos orientaciones posibles dentro de la investigación teórica.

“To want to test the *pure theory* of economy by experience in its full reality is a process analogous to that of the mathematician who wants to correct the principles of geometry by measuring real objects, without reflecting that the latter are indeed not identical with the magnitudes which pure geometry presumes or that every measurement of necessity implies elements of inexactitude” (Carl Menger, 1996, p. 70).

De modo que, cuando el economista se refiere a la ley que establece que el aumento de la demanda de un bien produce un incremento relativo en su relación de cambio con otros bienes, argumenta Menger, es necesario tener en claro que puede estar refiriéndose a dos tipos de leyes fundamentalmente distintas:

“It is an observation known to all that the increase of demand for an item regularly (even if not always) results in an increase in its price. This “empirical” law, however, in spite of its superficial similarity, exhibits a fundamental difference from the one previously presented [the exact law], a difference that is all the more instructive as the superficial similarity of the two laws under discussion here causes it to be overlooked only too easily in cursory observation. The exact law states that *with definite presuppositions* an increase in need, definite by measure, must be followed by an increase in prices just as definite by measure. The empirical law states that an increase in need as a rule is actually followed by one in real prices, and, to be sure, an increase which as a rule stands in a certain relationship to the increase in need, even if this relationship by no means can be determined in an exact way. The first law holds true for all times and all nations which exhibit a traffic in goods” (Carl Menger, 1996, p. 72).

Si bien Menger intenta diferenciar con precisión entre la orientación “empírico-realista” y la “exacta” en el conocimiento teórico, advierte que, en ninguna de ambas, puede el científico *teórico* pretender referirse de manera directa (como entiende que reclaman los historicistas) a la “realidad empírica en toda su riqueza y complejidad”. Siempre que el teórico formule una ley, ya sea “exacta” o “empírica”, los objetos a los que se refiere no son objetos sensibles de la experiencia sino “formas típicas” o “abstracciones”. De modo que, en toda investigación teórica, es necesario algún grado de distanciamiento de la realidad empírica inmediata.

“In this, therefore already in the idea of “laws” and, indeed, even of empirical laws, there is present, in more ways than one, an evident abstraction from full empirical reality. This is clear from the circumstance that in “laws”, of whatever type they be, the succession or coexistence of concrete phenomena does not come into question (as in history!), but the succession or coexistence of empirical forms does. Accordingly, just for this reason an abstraction from certain features of the phenomena in their full empirical reality is unavoidable (...) This abstraction is not a chance happening; not, for instance, a lack of a definite orientation of theoretical research, which is certainly to be avoided. It is so inevitable in determining the “laws of phenomena” of any kind at all that the attempt to avoid it would really nullify the possibility of determining the laws of phenomena. Even the most realistic orientation of theoretical research

imaginable must accordingly operate with abstractions. The aspiration for types and typical relationships of real phenomena which refer in each case to the "full empirical reality" of the latter is accordingly an aspiration that simply contradicts the nature of theoretical research..." (Carl Menger, 1996, p. 79)

Este es el modo que Menger encuentra para justificar la importancia de las investigaciones teóricas que, como sus *Principios*, no encuentran necesidad de apoyarse en las detalladas investigaciones históricas y estadísticas que reclaman los historicistas como condición del progreso de la ciencia. El científico que se ocupa de formular leyes exactas no encuentra la medida de su éxito en la contrastación de sus supuestos frente a la realidad empírica, sino que su actividad consiste en trabajar con ficciones analíticas que son, por definición, incontrastables empíricamente:

"Those who apply to the results of the exact orientation of theoretical research in the field of economy the standard of empirical realism and its theoretical results overlook one really decisive circumstance. This is that exact economics by nature has to make us aware of *the laws holding for an analytically or abstractly conceived economic world*, whereas empirical-realistic economics has to make us aware of the regularities in the succession and coexistence of the *real* phenomena of human economy (which, indeed, in their "full empirical reality" also contain numerous elements *not emergent from an abstract economic world!*)" (Carl Menger, 1996, p. 72)

Dicho lo anterior, la objeción de los economistas del *Verein* de que la economía política clásica construye y razona en función de un hombre "irreal", "no empírico", guiado sólo por intereses egoístas, no tiene fundamentos en el terreno del conocimiento teórico en general, y menos aún en el que Menger llama "exacto". "Sólo en función de la anterior suposición, son concebibles las leyes económicas"<sup>28</sup>. Las acusaciones de la JEHA al

---

<sup>28</sup> Menger atribuye a Schmoller ser el principal representante del ataque contra el "dogma" del interés individual. "Man's will is guided by innumerable motives in part really in contradiction with each other. Thereby, however, a strict regularity of human actions in general and of economy in particular is a priori out of the question. Only when we think of man as always being guided by the same motive, e.g., self-interest, in his economic actions, does the factor of arbitrariness appear to be out of the question, only then does each action appear to be strictly determined.



“perpetualismo” y “cosmopolitanismo” de la economía política clásica, la pretensión de aquella de reformar la ciencia orientándola unilateralmente hacia estudios históricos y estadísticos, se reducen al absurdo para Menger cuando se aclara la diferencia entre las orientaciones “histórica” y “teórica” de la economía política, por un lado, y cuando se distingue entre “leyes empíricas” y “exactas” dentro de la última (págs.185,186). La confusión de los historicistas se pone más fácilmente de relieve, explica Menger, si uno voltea la vista hacia otros campos de la ciencia:

“Pure mechanics starts in the case of its most important laws with the arbitrary and nonempirical assumption that bodies move in a vacuum, that their weights and their paths are measured exactly, that their centers of gravity are determined exactly, that the forces by which bodies are moved are known exactly and are constant, that no disturbing factors develop their activity; and thus -to use the language of our historians- it starts with a thousand other arbitrary, unempirical dogmas (...) No more than pure mechanics denies the existence of air-filled spaces, of friction, etc.; no more than pure mathematics denies the existence of real bodies, surfaces, and lines which deviate from the mathematical; no more than pure chemistry denies the influence of physical factors in the formation of real phenomena, or pure physics the influence of chemical factors, although each of these sciences considers only one side of the real world and abstracts from all the rest- no more than these does the economist assert that humans are actually guided only by self-interest” (Carl Menger, 1996, p. 88).

A lo largo de las *Investigaciones* Menger trazará repetidamente analogías entre la economía política y distintos campos de las ciencias naturales. No se trataba de meras analogías, sino de la convicción del autor en la idéntica facultad de la razón humana de descubrir “leyes generales” en cualquier ámbito de la experiencia. “Estas leyes”, argumenta Menger, “que comúnmente se denominan ‘leyes naturales’, deberían denominarse, con mayor propiedad, ‘leyes exactas’” (Carl Menger, 2006, p. 128). Buscaba de este modo resaltar su desacuerdo con la opinión, muy “extendida entre los filósofos

---

**Only with the above presupposition are laws of economy conceivable**, accordingly, and with them also an economics in the sense of an exact science” (Menger, 1996, pág.155).

sociales” del momento en Alemania, de que aquéllas “prevalecen en el reino de los fenómenos naturales, pero no en el de los humanos” (Carl Menger, 2006, p. 204)<sup>29</sup>. Para Menger, “la contraposición entre ciencias naturales teóricas y ciencias sociales teóricas se reduce a la diferencia entre los objetos de la investigación, pero no existe [entre ellas] una diferencia metodológica, ya que en ambos campos del mundo fenoménico tiene lugar tanto la orientación exacta como la realista” (pág.128).

Como veremos en la próxima sección, la convicción de Menger de que la razón humana era capaz de formular “leyes exactas” para distintos campos del conocimiento, incluidas las ciencias sociales, no era la tendencia en Alemania, aunque sí era compartida por economistas de otras partes de Europa. Esto era especialmente así entre los autores que colaboraron con Menger en la llamada “revolución marginalista”: Jevons y Walras. Este último, a quien Menger había leído y con el que mantuvo incluso cierta correspondencia sobre el método de la economía política, parece haber tenido especial influencia en el economista austríaco. Walras anticipa en casi una década el argumento de Menger acerca de la necesaria demarcación de la teoría económica “pura” de la experiencia empírica, exponiendo el sinsentido de pretender corroborar la primera con el prisma de la segunda, y trazando también analogías con otros dominios de la ciencia:

“Everyone knows perfectly well, no matter how little geometry they have studied, that the radii of a circumference are not equal to each other and that the sum of the three angles of a triangle is not equal to the sum of two right angles, except in an abstract and ideal circumference and triangle. Reality does not confirm these definitions and proofs; it permits only a fruitful application of them. To follow this same method, economic theory must borrow from experience the real types of exchange, supply, demand, market, capital, income, productive services, products, etc. From these real types, economic theory must abstract ideal types by defining them, and conduct its reasoning on the latter, not returning to reality until the science is completed and then

---

<sup>29</sup> Como veremos en la sección siguiente, Menger está batallando aquí contra el espíritu de proyectos filosóficos como el Dilthey o Rickert (el primero de importante influencia en el pensamiento de Schmoller), los cuales aspiran a abrir un abismo metodológico entre las ciencias naturales y las humanas.

only with a view to practical applications. Thus in an ideal market we have ideal prices which stand in an exact relation to an ideal demand and supply. And so on" (Leon Walras, 1954, pp. 71-72).

Jevons, por su parte, cuya obra Menger también conocía bien, se refiere en su *Teoría de la economía política* (1871) explícita y enfáticamente a la teoría económica como "the mechanics of utility and self-interest" (Jevons, 1879, p. xxxviii), y concibe a su trabajo como "la investigación científica de las leyes naturales de la Economía" (p.11)<sup>30</sup>.

El esfuerzo de Menger en las *Investigaciones* para que se reconozca el mérito y necesidad de la teoría económica "exacta" no termina con su distinción entre "ciencias históricas y teóricas" ni, dentro de éstas últimas, entre "leyes empíricas y exactas". Menger deberá aclarar el vínculo entre aquellos dos grandes grupos de ciencias y lo que el propio autor denomina las "ciencias prácticas de la economía". Este es un punto importante en el *Methodenstreit* ya que, como vimos en la sección anterior, uno de los argumentos más repetidos por parte de los historicistas alemanes para desacreditar los trabajos de autores como Menger era que éstos resultaban políticamente estériles. En el siguiente apartado examinaremos el modo en que Menger busca dar respuesta a esta recriminación, ubicando brevemente su planteo junto al de autores contemporáneos que discutían

---

<sup>30</sup> Tanto Jevons como Walras ansiaban incluso la llegada del momento en que se reconociera sin ambages el carácter matemático de la ciencia. "I contend that all economic writers must be mathematical so far as they are scientific at all, because they treat of economic quantities, and the relations of such quantities, and all quantities and relations of quantities come within the scope of the mathematics" (Jevons, 1879, p. xlii). "Si la economía política pura, o la teoría del valor de cambio y del intercambio, es decir, la teoría de la riqueza social considerada por sí misma, es, como la mecánica, como la hidráulica, una ciencia físico-matemática, no debe temer el empleo de los métodos y lenguaje matemáticos. El método matemático no es el método experimental, sino el método racional. [...] Lo que resulta seguro es que las ciencias físico-matemáticas, al igual que las ciencias matemáticas propiamente dichas, sobrepasan las fronteras de la experiencia, de la que han tomado sus tipos". (Walras, 1900, pág. 162). En este punto, Menger se distanciaba de ambos. No compartía el interés de éstos por convertir a la economía política en una ciencia matemática. Para Menger la matemática podía ser un método útil de presentación o exposición de las verdades de la ciencia, pero no era parte de la actividad de la investigación teórica misma (véase carta de Menger a Walras, en Walras, 1883, pág. 768).

precisamente el sentido de mantener el sintagma economía política como nombre de la ciencia.

## CAPÍTULO 4. ACERCA DEL NOMBRE DE LA CIENCIA. DE *POLITICAL ECONOMY* A *ECONOMICS*

“Among minor alterations, I may mention the substitution for the name Political Economy of the single convenient term *Economics*. I cannot help thinking that it would be well to discard, as quickly as possible, the old troublesome double-worded name of our Science...”. (Jevons, Prefacio a la segunda edición de *Teoría de la economía política*, 1879).

Parece haber sido Macleod, en un artículo titulado “What is political economy?” (1874), quien propuso por primera vez, de manera explícita, cambiar el nombre de la ciencia de *Political Economy* a *Economics* (Groenewegen, 1991, p. 558)<sup>31</sup>. El reemplazo fue festejado poco tiempo después por Jevons, quien en la segunda edición de su *Teoría de la economía política* (1879) optó por reemplazar todas las veces que en su publicación original aparecía el término “Political Economy” por “the single convenient term *Economics*”. Si bien la nueva nomenclatura se popularizaría recién a fines del siglo XIX -sobre todo tras la publicación de los *Principles of Economics* de Marshall (1890)-, podemos ver, de manera retrospectiva, de qué forma este intento de depuración venía madurando desde hacía algunas décadas. ¿Cuáles eran las razones que justificaban amputar del nombre tradicional de la ciencia su parte *política*? ¿De qué modo se inscribe Menger en este cuadro?

Macleod define a la nueva *Economics* como “la ciencia que se ocupa de las leyes que gobiernan las relaciones entre cantidades intercambiables” (Macleod, 1874, p. 893) y justifica el cambio de nombre explicando que si bien Adam Smith la había considerado una rama de la ciencia del hombre de Estado o del legislador, ya desde principios del siglo XIX distintos autores fueron progresivamente depurándola de su vínculo con la esfera política (Macleod, 1874, p. 876). Mientras que algunos la habían definido como el estudio de las leyes que regulan “la producción, distribución y consumo de la riqueza

---

<sup>31</sup> La nomenclatura “Economics” fue también tempranamente introducida por el matrimonio Marshall en un artículo de 1879, “The Economics of Industry”.

social” (v.gr. Say, 1803; J. Mill, 1821), otros la acotaron a la “ciencia del intercambio” o *Catallactics* (Whately, 1831). Lo que intentaba resaltar Macleod era que los “modernos cultivadores” de la ciencia tenían cada vez mayor claridad sobre el hecho de que para convertirse en una ciencia propiamente dicha, la economía política debía ser comprendida como una ciencia “física”: la *Economics*, al igual que la mecánica clásica, tenía como objetivo principal el de presentar todos los fenómenos del intercambio de bienes como regulados por una única ley general (Macleod, 1874, p. 872). La eliminación del nombre de la ciencia de su parte “política” era necesaria para que no se confundiera la parte teórica de la misma con sus posibles *aplicaciones prácticas*.

Si bien la propuesta de cambiarle el nombre a la ciencia era novedosa, el argumento no lo era en mayor medida. La necesidad de distinguir nítidamente entre la actividad encargada de investigar las leyes generales de la economía, por un lado, y sus aplicaciones prácticas, por el otro, se remontaba largamente en el tiempo. John Stuart Mill, referencia ineludible en el campo de la metodología de las ciencias sociales de la época -cuya obra Menger conocía de cerca-, había publicado décadas atrás un influyente ensayo sobre el tema: “On the definition of political economy; and on the method of investigation proper to it” (Mill, 1874[1836]). En este ensayo, Mill pretendía examinar críticamente “las definiciones más ampliamente aceptadas” de la época sobre la naturaleza y objeto de la economía política. Una primera noción, de sentido común, explicaba allí, era que “la economía política es una ciencia que enseña o pretende enseñar de qué manera una nación puede enriquecerse”. Esta definición, “en cierto grado avalada por el título y organización que Adam Smith eligió para su inestimable obra”, suscitaba distintas confusiones. La más importante era que se mezclaban allí las ideas de *ciencia* y *arte*. La ciencia, explicaba Mill, consiste en la búsqueda de las leyes generales que regulan distintos campos del mundo de los fenómenos y sus verdades son del todo independientes de cualquier tipo de voluntad humana. El arte, en cambio, se ocupa de enseñar, apoyado en los resultados de la ciencia, el camino adecuado para alcanzar

determinado fin<sup>32</sup>. La economía política, en tanto ciencia, no se ocupa por tanto de prescribir reglas de conducta práctica para el gobernante ni tiene como meta el mejorar el bienestar del pueblo, sino que su objetivo es investigar “las leyes de los fenómenos sociales que derivan de las operaciones combinadas de los seres humanos para la producción de riqueza...” (pág. 140). La política económica (el *arte* en este caso) recibe los resultados de la ciencia, pero no debe en ningún caso confundirse con ésta. El gobernante se vale de las verdades de la economía política del mismo modo en que el técnico mecánico *aplica* en su ejercicio diario los saberes de la física clásica.

De un modo análogo, también Walras había dedicado una prolongada reflexión en los primeros capítulos de sus *Elementos de economía política pura* (1874) a la distinción entre ciencia y arte:

“El arte ‘aconseja, prescribe, dirige’ porque tiene por objeto los hechos que se originan en el ejercicio de la voluntad humana, y siendo ésta, al menos hasta cierto punto, cognitiva y libre, cabe aconsejarla, prescribirle tal o cual conducta, y dirigirla. La ciencia ‘observa, describe, explica’ porque tiene por objeto los hechos originados por el juego de las fuerzas de la naturaleza y, siendo estas ciegas e ineluctables, no puede hacerse otra cosa que observar, describir y explicar sus efectos” (Walras, 1987[1874], p. 152).

Y también Walras levantaba una objeción similar a la de Mill sobre el carácter ambiguo de la definición de la ciencia legada por Adam Smith, de acuerdo a la cual la economía política tendría como objeto el de “enriquecer al soberano y al pueblo”<sup>33</sup>:

---

<sup>32</sup> “Science is a collection of *truths*; art a body of *rules*, or directions for conduct. The language of science is, This is, or, This is not; This does, or does not, happen. The language of art is, Do this; Avoid that. Science takes cognizance of a *phenomenon*, and endeavours to discover its *law*; art proposes to itself an *end*, and looks out for sneaks to effect it.” (Mill, 1874[1836], pág.124).

<sup>33</sup> La definición de Smith a la que aluden estos autores se encuentra en la Introducción del libro IV de la Riqueza de las Naciones: “Political economy, considered as a branch of the science of a statesman or legislator, proposes two distinct objects; first, to provide a plentiful revenue or subsistence for the people, or more properly to enable them to provide such a revenue or subsistence for themselves; and secondly, to supply the state or commonwealth with a revenue

“Proporcionar a la gente unos ingresos abundantes y al Estado unos ingresos suficientes constituyen dos objetivos muy valiosos, y si la economía política nos ayuda a lograrlos, nos prestará un notable servicio. Pero no me parece que constituyan el objeto de una ciencia en sentido estricto. En efecto, la característica de una ciencia propiamente dicha es la indiferencia total respecto a las consecuencias, ventajosas o perjudiciales, que se derivan de la búsqueda de la verdad pura. Así, cuando el geómetra enuncia que el triángulo equilátero es al mismo tiempo equiángulo, o cuando el astrónomo afirma que los planetas se mueven en una órbita elíptica (...) están haciendo ciencia propiamente dicha. Es posible que la primera de estas verdades, al igual que otras de la geometría, conduzca a resultados de gran valor para la carpintería, para la cantería y la construcción; es posible que la segunda verdad, y todo el cuerpo de verdades de la Astronomía, sean de la mayor importancia para la navegación; pero ni el carpintero, ni el albañil, ni el arquitecto, ni el navegante, ni siquiera quienes hicieron la teoría de la carpintería, de la cantería, de la arquitectura o de la navegación son científicos o creadores de ciencia en el sentido estricto del término (...) En efecto, decir que el objeto de la economía política es proporcionar a la gente unos ingresos suficientes, es como decir que la geometría tiene por objeto construir casas sólidas y que la astronomía tiene por objeto navegar por los mares. Esto es, en una palabra, definir a la ciencia por sus aplicaciones.” (pág.141).

En las *Investigaciones*, Menger aborda el problema desde un ángulo similar, aunque no idéntico, al de estos autores. Para Menger, buena parte de los prejuicios de los “economistas de la Escuela histórica” provenía del error de confundir la parte teórica de la ciencia con su parte prescriptiva, “la ciencia de la naturaleza y conexión general de los fenómenos económicos, con la ciencia de las máximas para la dirección práctica y el desarrollo de la economía” (Carl Menger, 1996, p. 46). En línea con J.S. Mill y Walras, Menger explica que el error no sería distinto a si se confundiera “la química con la tecnología química, la fisiología y la anatomía con la terapia y la cirugía” (p. 46). Es cierto, aclara, que la teoría económica nace históricamente subordinada a intereses prácticos de política económica. En todos los campos de la ciencia, de hecho, el desarrollo de la teoría

---

sufficient for the public services. It proposes to enrich both the people and the sovereign.” (Smith, 1776, pág. 428).



surge en un primer momento como resultado de necesidades prácticas específicas. Pero, gradualmente, el conocimiento teórico cobra un desarrollo autónomo que se despoja de todo interés por sus resultados prácticos.

“Theoretical knowledge has everywhere developed only gradually from practical judgments and with the growing need for a deeper scientific substantiation of practice. Theoretical knowledge in the field of economy has also taken this course of development. It, too, had originally only the character of an occasional motivating of practical maxims, and by nature there still adhere to it traces of this origin and of its previous subordination to economic policy. However, especially in all questions of the *strategy* and *methodology* of our science, it becomes clear how important, in the present-day state of economic discernment, the strict separation of theoretical and practical knowledge in the field of our science is, and to what perplexing consequences the confusion of the above two sciences leads” (Carl Menger, 1996, p. 46).

Menger no es ajeno al interés de la época por redefinir de conjunto el nombre de la ciencia y dedica a esta cuestión primero un apéndice especial en las *Investigaciones* (“Terminología y clasificación de las ciencias económicas”) y algunos años más tarde un escrito especial destinado al tema, *Elementos de una clasificación de las ciencias económicas* (1889)<sup>34</sup>. Los intentos de reforma existentes, explica, parecen divididos en dos bandos, cada uno igual de unilateral en su pretensión: por un lado, aquellos que razonan a la economía política como ciencia sin vínculo alguno con la esfera política, y excluyen por tanto de la actividad científica a la política económica y a las finanzas públicas. Por el otro, aquellos que la conciben directamente como una “ciencia política” y que, por tanto, dejan necesariamente de lado la parte teórica de la ciencia (Carl Menger, 1996, p. 290). La dificultad por precisar un nombre adecuado para la ciencia surge para Menger de la incapacidad de reconocer los distintos tipos de conocimiento a los que se aspira bajo el ambiguo paraguas de “economía política”. De modo que, primero tímidamente en el

---

<sup>34</sup> “The desire to establish satisfactorily the terminology of a science (...) appears to us under all circumstances to be highly praiseworthy. For a correct terminology not only prevents countless confusions in the investigation and reception of scientific knowledge. It really affords a lodestar for that large number of fellow scientists...” (pág.206).

apéndice de las *Investigaciones* y luego más decididamente en los *Elementos* (1889), Menger propone reemplazar esta “imprecisa expresión” (1883, pág. 290) por el sintagma más general de “Ciencias económicas” (*Wirtschaftswissenschaften*).

Bajo esta expresión se cobijan, explica, tres grandes compartimentos: I. Las “ciencias económicas históricas” (la historia y la estadística económica) II. Las “ciencias económicas teóricas”; y, III. Las “ciencias económicas prácticas” (la política económica y las finanzas públicas). Se trata de “compartimentos” en el sentido de que para Menger cada parte tiene que desarrollarse y exponerse como una ciencia autónoma del resto, dadas sus distintas aspiraciones y “fines cognoscitivos” (pág. 289 y ss., 1883; pág. 344, 1884; 1889, págs. 392 y 409)<sup>35</sup>. Sin una subdivisión precisa dentro de las “Ciencias económicas” tienden a confundirse sus objetivos y posibilidades, e indefectiblemente se pondera erróneamente el valor y progreso de cada una de ellas. La falta de claridad respecto a las distintas ciencias que comúnmente se agrupan bajo el nombre de economía política, argumenta Menger, es una de las principales fuentes de confusión de autores del historicismo alemán, como en el caso de Brentano, quien le exige a la teoría económica satisfacer objetivos que no le son propios:

“[Brentano] acusa de esterilidad a la economía política *teórica* porque no resuelve en general los problemas del asistencialismo social. Desprecia todas las ‘discusiones sobre conceptos que atiborran la mente de los abstractos’ porque la economía política ‘abstracta’ es incapaz de resolver el problema específico del asistencialismo, es decir, de conjurar el ‘peligro social’. Esto me recuerda a aquellos médicos prácticos para los que las ciencias naturales teóricas son en abstracto una cosa magnífica, pero que en realidad no sirven

---

<sup>35</sup> El proyecto de subdivisión de la ciencia de Menger aparece anticipado en parte por Jevons unos pocos años antes (aunque sólo declarativamente, sin mayor desarrollo): “the present chaotic state of *Economics* arises from the confusing together of several branches of knowledge. *Subdivision is the remedy*. We must distinguish the empirical element from the abstract theory, from the applied theory, and from the more detailed art of finance and administration” (Jevons, 1879, Prólogo a la segunda edición de su *Teoría de la economía política*). En el capítulo introductorio de su *Teoría de economía política*, Jevons pide tratar a la historia económica como una rama distinta de las ciencias sociales, separada de “la ciencia de la Economía”.

para nada porque con sus teorías no se cura un ojo enfermo o una pierna rota, razón por la que no consiguen comprender cómo se puede perder tiempo y fatiga en estas indagaciones teóricas e incluso dedicarles lo mejor de la propia vida.” (Menger, 1889, p. 415).

Ahora bien, una diferencia no menor entre Menger, por un lado, y Mill o Walras, por el otro, es que aquél llama “ciencias prácticas” a lo que éstos habían denominado “arte”. Esta diferencia puede interpretarse como el intento de Menger de no quedar encasillado como un autor “positivista” en la academia de lengua alemana, en un clima intelectual que, como veremos a continuación, se tornaba crecientemente hostil hacia la pretensión del positivismo de dejar por fuera del objeto de la ciencia a la política misma. Menger se esfuerza por no excluir del dominio de la ciencia a la “política económica” y a la “ciencia de las finanzas [públicas]”. Su principal argumento es que como sucede con cualquier “tecnología” en otros campos de la ciencia, tampoco aquellas actividades están exentas de creatividad; su tarea no se limita a la mera aplicación mecánica de los resultados de las ciencias teóricas. Si bien parten de los resultados de éstas, su actividad consiste en adaptar esos saberes a las condiciones concretas de un momento y lugar determinados, con el fin de exponer qué medidas de orden práctico son convenientes para que los gobiernos alcancen objetivos determinados (Carl Menger, 2006, pp. 286, 402).

La solución de Menger parece, sin embargo, más una solución de compromiso que un desarrollo consecuente. En ningún momento el autor desarrolla qué entiende por “ciencia”, como para incluir bajo ese rótulo genérico (“ciencias económicas”) a las tres “orientaciones” del conocimiento por él expuestas. Su clasificación de las ciencias propone más bien una especie de tregua, que consiste en reconocerles a los historicistas alemanes un lugar en el universo científico a costa de que se reconozca la importancia y autonomía de la producción de la teoría económica pura. Sin embargo, como mencionamos anteriormente, esta actitud “conciliadora” de Menger no se entiende sólo en el marco de su controversia con los economistas de la Escuela histórica sino que es necesario ubicar al *Methodenstreit* en el cuadro más abarcador de tensiones filosóficas que

se conoció como la “revuelta contra el positivismo” en la Alemania de las últimas décadas del siglo XIX (Skidelsky, 2011). A esta tarea dedicaremos la próxima sección.

## SECCION III. EL CISMA ENTRE LAS CIENCIAS NATURALES Y LAS CIENCIAS HUMANAS

“No opinion is more widespread among social philosophers than that exact laws (so-called laws of nature) prevail in the realm of natural phenomena, but not in that of human phenomena, and that exact theories can be established in the former, but not in the latter...” (Menger, 1996[1883], p. 214)

### CAPÍTULO 5. LA REVUELTA CONTRA EL POSITIVISMO

El *Methodenstreit* se desarrolló en una época de cambios en el cuadro general de la ciencia y la filosofía. No sólo no estaba todavía consumada la reducción de la economía política a la *economics*, sino que tampoco se levantaba aún una muralla infranqueable entre las llamadas “ciencias naturales” y las “ciencias humanas”. Los proyectos filosóficos que propusieron diferenciar tajantemente ambos grupos de ciencias se desarrollaron precisamente durante el último cuarto del siglo XIX en Alemania y permearon sin dudas la controversia entre Menger y Schmoller. De hecho, como comentáramos anteriormente, en el mismo artículo de 1883 en el que Schmoller critica las *Investigaciones sobre el método* de Menger –suceso que da “inicio oficial” a la polémica entre ambos autores-, Schmoller dedica una reseña entusiasta al recientemente publicado libro del filósofo Wilhelm Dilthey -*Introduction to the human sciences* (1989[1883])- en la que lo presenta a éste como a un profundo filósofo “que está totalmente en las antípodas” de Menger, y al que le “augura con simpatía” la mejor suerte en el proyecto que deja planteado en su libro. Al igual que otros destacados filósofos alemanes de la época como Wilhelm Wildenband y Heinrich Rickert, Dilthey buscaba dividir el mundo intelectual en dos hemisferios completamente ajenos entre sí: el de las Ciencias humanas o del espíritu (*Geisteswissenschaften*) por un lado, y el de las Ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*), por otro (Beiser, 2011; Iggers, 1983). Exploraremos en esta sección la pista que deja Salley (1993), quien explica en un breve artículo titulado “Schmoller, Dilthey and the German rejection of positivism in Economics” que el ataque de Schmoller contra los escritos de

Menger es parte de la resistencia generalizada entre los intelectuales alemanes de las décadas de 1870 y 1880 a la tendencia positivista en las “ciencias humanas”<sup>36</sup>.

Si algo aunaba a las principales corrientes filosóficas en boga durante la segunda mitad del siglo XIX, tanto a “positivistas” como a “historicistas”, desde John Stuart Mill hasta Wilhelm Dilthey, era el intento por superar definitivamente cualquier resabio de metafísica en la filosofía moderna (Hodges, 1998, p. xvi). La aspiración de la filosofía de los siglos XVII y XVIII por formular grandes sistemas de síntesis del conocimiento, parecía inevitablemente condenada a apoyarse en entidades inaccesibles al entendimiento humano: sustancias, fuerzas, causas *últimas*, que residían más allá de toda experiencia. El intento de Kant, ensayado en su *Idea para una historia universal en clave cosmopolita* (2006[1784]), por develar el principio teleológico que guía el desenvolvimiento de la historia humana universal, a partir de las leyes de la *naturaleza* humana, era crecientemente sospechado entre los filósofos alemanes por obstruir el avance del conocimiento histórico en lugar de contribuir a él (Beiser, 2008). Hacia mediados del siglo XIX la filosofía alemana vivía una “crisis de identidad” (Beiser, 2014, p. 15 y ss.; Schnädelbach, 1991, p. 9), una de cuyas resoluciones sería su transformación en epistemología. De actividad ilustrada destinada a esclarecer las posibilidades de la razón humana en general, pasaría a convertirse en una rama más de la ciencia. En un contexto en el que los descubrimientos de las ciencias naturales permitían avasallantes progresos técnicos que impulsaban la industria y traían opulencia económica, la filosofía tenía que mostrar también ella su utilidad como disciplina especializada. No eran ya las ciencias las que debían postrarse ante el concepto de verdad de la filosofía, sino ésta la que debía

---

<sup>36</sup> Para Salley, buena parte del trasfondo del *Methodenstreit* se aclara al comprender el vínculo entre Schmoller y Dilthey. Nosotros sumaremos en esta sección pasajes de la obra de Heinrich Rickert. Si bien este autor es una generación menor que Schmoller y no encontramos evidencia del contacto directo entre ambos, el pensamiento de Rickert contribuye a clarificar el espíritu de sospecha y repulsión del historicismo alemán de las últimas décadas del siglo XIX frente a obras como las de Menger.

justificarse frente al vertiginoso ritmo de los descubrimientos científicos recientes<sup>37</sup>. La otrora “madre de las ciencias” se convertía en “sirvienta” de éstas (Skidelsky, págs. 11-12). Si algo debía revelar, eran los *métodos* a través de los cuales las distintas ciencias habían acumulado sus conocimientos a lo largo de la historia, partiendo de sus progresos como hechos consumados. En relación a este viraje, comenta Hodges:

“It was not until the later half of the nineteenth century, in the widespread reaction of that period against speculative metaphysics, that a more circumspect kind of philosophy was able to arise, whose aim was not to advance any doctrine about historical and social matters which was not already guaranteed by empirical evidence as handled by the historian and the sociologist, but to submit the procedure of the historian and the sociologist themselves to an epistemological examination...” (Hodges, 1998, p. xvi).

Las obras de autores como Dilthey o Rickert están enmarcadas en esta nueva filosofía, más circunscripta y acorde a la tendencia a la profesionalización de la actividad científica en las universidades alemanas de la segunda mitad del siglo XIX. Ambos entendían estar poniendo de relieve que la filosofía se había ocupado hasta el momento de estudiar no el método con el que se habían desarrollado las ciencias en general, sino tan sólo una porción de ellas, las “ciencias naturales”. Para Dilthey, las formas de comprensión del mundo humano transitaban carriles completamente distintos a los del conocimiento de los fenómenos de la naturaleza: los procesos sociales no eran provocados por el tipo de relaciones causales propias de aquellos ni estaban articulados a través de leyes generales. El anhelo “positivista” de encontrar leyes análogas a las del mundo natural en el terreno de los fenómenos sociales, constituía para estos autores uno de los prejuicios más dañinos para el avance de la ciencia en este otro “hemisferio” del mundo intelectual. El error de autores “positivistas” como Comte o J.S. Mill, declaraba Dilthey, había sido el de “truncar y mutilar la realidad histórica con el objetivo de asimilarla a los conceptos y métodos de

---

<sup>37</sup> “Science is no longer to be beholden to any philosophical theory of reality; it is itself to determine the scope of the real” (Skidelsky, 2011, p. 15)

las ciencias naturales” (Dilthey, 1989, p. 49), en lugar de estudiar la forma específica en la que las “ciencias humanas” fueron progresado a lo largo de la historia.

“In the spirit of eighteenth-century French philosophy, Comte’s sociology subordinated the historical world to the system of the natural sciences. [John Stuart] Mill retained and defended the idea that at least the method of studying the facts of the human world should be subordinated to the methods of the natural sciences” (p.154).

Dilthey presentaba su obra como parte de la tradición de la “Escuela histórica alemana” que, desde Herder en adelante, libraba batalla contra el yugo opresivo impuesto a las ciencias humanas por parte de las ciencias de la naturaleza (p. 47). Su proyecto consistía precisamente en “proveer un fundamento filosófico” para las primeras, uno que mostrara el carácter único de sus métodos, distintos del tipo de conocimiento que caracterizaba a las ciencias de la naturaleza.

“The nature of knowledge in the human sciences must be explicated by observing the full course of human development. Such a method stands in contrast to that recently applied all too often by the so-called positivists, who derive the meaning of the concept of science from a definition of knowledge which arises from a predominant concern with the natural sciences. On the basis of that concept, they determine which intellectual occupations merit the name and status of science. Thus, on the basis of an arbitrary concept of knowledge, some have shortsightedly and presumptuously denied the status of science to the writing of history as it has been practiced by great masters...” (pág. 57)

El problema de la filosofía de la época, anunciaría también Rickert algunos años más tarde en su obra “Ciencia Natural y Ciencia Cultural” (1952[1899]), consistía en “trazar la divisoria” (pág.25) metodológica entre ambos grupos de ciencias. Ahora bien, antes de profundizar en el modo en que estos autores intentaron delimitar los “dos mundos” de la ciencia (a lo cual dedicaremos el próximo capítulo), vale la pena explorar mejor contra qué doctrina reaccionaban exactamente. En este punto la referencia a J. S. Mill se vuelve nuevamente ineludible. Como mencionamos anteriormente, Mill era una referencia en la época para cualquier autor que quisiera presentar su posición acerca del estatus científico



de las ciencias de la moral. Recorrer brevemente algunas facetas de su comprensión de la economía política como ciencia nos permitirá no sólo reconocer un antecedente importante del pensamiento de Menger, sino comprender mejor la reacción del historicismo alemán a la búsqueda de leyes generales en dicha ciencia.

### **J. S. MILL. LAS CIENCIAS SOCIALES COMO CIENCIAS ABSTRACTAS.**

En “Augusto Comte y el positivismo” (1865), J.S. Mill ensaya una reconstrucción del espíritu científico de lo que Comte había denominado “Filosofía Positiva”, tradición de la que él mismo se reconocía parte. La tarea era importante porque no existía prácticamente ninguna doctrina en la época que no definiera su propio sistema sino en comparación con el “positivismo”, aunque pocos habían intentado una exposición sistemática del concepto. Para Mill, lo que caracterizaba al “pensamiento positivo” era la certeza, expuesta por primera vez por David Hume, acerca de la imposibilidad del conocimiento humano de acceder a una realidad trascendente, distinta de las relaciones empíricas de sucesión o coexistencia de hechos de la experiencia<sup>38</sup>. Sabemos por experiencia pasada que a un hecho empírico sigue otro (o que ambos se presentan de manera conjunta). Todo lo que conocemos es esta relación recurrente entre hechos observables, pero no accedemos con ello a una realidad más profunda, “más real”, que explique por qué se presentan aquellas conexiones de cierto modo y no de otro<sup>39</sup>. La ciencia positiva llama “ley” a las relaciones recurrentes entre hechos empíricos y a ello se limita su tarea, a encontrar las “leyes invariables” de los fenómenos de la naturaleza - incluida la “naturaleza humana”-, tal como éstas se nos presentan en la experiencia empírica.

---

<sup>38</sup> Para profundizar sobre la crítica de Hume al concepto de causalidad ver Cazenave (2019).

<sup>39</sup> Mill no ve en la crítica de Hume a la metafísica una crítica al concepto mismo de causa, sino a la búsqueda de causas últimas, primeras, incausadas.

“We know not the essence, not the real mode of production, of any fact, but only its relations to other facts in the way of succession or of similitude. These relations are constant; that is, always the same in the same circumstances. The constant resemblances which link phenomena together, and the constant sequences which unite them as antecedent and consequent, are termed their laws. The laws of phenomena are all we know respecting them. Their essential nature, and their ultimate causes... are unknown and inscrutable to us” (John S. Mill, 1865, p. 2).

Siguiendo a Comte, para Mill la Metafísica constituía una de las grandes etapas históricas por las que había pasado el pensamiento humano, y a través de la cual los hombres interpretaron por primera vez aquellas relaciones constantes de la Naturaleza. Durante la “etapa metafísica”, el hombre se libera del poder de dioses y fuerzas místicas a la hora de explicar los fenómenos de la naturaleza. Ya no es la voluntad caprichosa de figuras divinas la que gobierna las relaciones recurrentes entre fenómenos, sino “entidades”, “fuerzas”, “sustancias”, que, con igual poder omnímodo, operan sobre los mismos. El hombre abandona la trascendencia divina tan sólo para reemplazarla por una laica. Esta transición en la historia de conocimiento humano, razona Mill, es el resultado de la prolongada constatación empírica de los hombres acerca de la uniformidad de la naturaleza. De manera creciente, las explicaciones basadas en la voluntad antojadiza de uno o más dioses se vuelven menos atractivas y su reemplazo por fuerzas laicas e impersonales gana terreno<sup>40</sup>.

El pensamiento metafísico representa entonces un momento de “compromiso” entre lo que Comte había denominado “Teología” y “Filosofía positiva”, en el que los hombres

---

<sup>40</sup> “The conception of impersonal entities interposed between the governing deity and the phenomena, and forming the machinery through which these are immediately produced, is not repugnant, as the theory of direct supernatural volitions is, to the belief in invariable laws. The entities not being, like the gods, framed after the exemplar of men; being neither, like them, invested with human passions, nor supposed, like them, to have power beyond the phaenomena which are the special department of each, there was no fear of offending them by the attempt to foresee and define their action, or by the supposition that it took place according to fixed laws” (John S. Mill, 1865, p. 10).

no se animan todavía completamente a despojar a los fenómenos empíricos del gobierno de entidades trascendentes. Finalmente, el espíritu científico moderno, culmina Mill, comprende el carácter irreal de este tipo entidades no observables. Lo que conserva el pensamiento positivo del metafísico es la confianza en que el mundo fenoménico está regido por un orden constante, dentro del cual cada evento está precedido por otro que le antecede o que se presenta junto a él invariablemente. Pero la ciencia positiva no atribuye ese orden a ninguna entidad que esté más allá de la experiencia, sino que pretende limitarse a describirlo tal como aquél se presenta empíricamente<sup>41</sup>.

Mill no pretendía, sin embargo, descartar de la ciencia el uso de construcciones intelectuales no inmediatamente empíricas. En todas las ciencias que pretenden algún grado de generalización significativo, argumenta, resulta imposible prescindir de “abstracciones mentales” (1865, pág. 6) que no tienen un correlato directo con la realidad empírica. Esto es especialmente así para el grupo de ciencias que Mill llama, siguiendo la tradición inglesa, “ciencias de la moral”, y dentro del cual destaca especialmente a la economía política, “la más científica” de todas ellas (1865, pág. 26). Una característica de las ciencias de la moral -aunque no exclusiva de éstas-, es la imposibilidad de derivar sus leyes generales de la mera observancia de relaciones recurrentes entre hechos empíricos a través del tiempo. La realidad *social*, más que cualquier otro objeto del conocimiento humano, es resultado de una multiplicidad de causas que operan simultáneamente. Es impensable que al científico social se le presenten en el tiempo dos estados de la sociedad en los que sólo una causa haya variado y el resto haya permanecido constante, de modo de poder observar la influencia de esa causa sobre el cambio en el estado social. Y, a diferencia de la mayoría de las “ciencias físicas”, resulta imposible para las ciencias morales aislar experimentalmente determinados fenómenos para comprobar si los mismos se presentan asociados a otros de manera invariable.

---

<sup>41</sup> “Whoever regards all events as parts of a constant order, each one being the invariable consequent of some antecedent condition, or combination of conditions, accepts fully the Positive mode of thought” (John S. Mill, 1865, p. 6).

Esta particularidad que Mill encontraba en las ciencias de la moral había sido expuesta con más detenimiento por el autor en un ensayo previo al que venimos reseñando, titulado “On the Definition of Political Economy; and on the Method of Investigation Proper to It” (2000[1844]).

“There is a property common to almost all the moral sciences, and by which they are distinguished from many of the physical; this is, that it is seldom in our power to make experiments in them. In chemistry and natural philosophy, we can not only observe what happens under all the combinations of circumstances which nature brings together, but we may also try an indefinite number of new combinations. This we can seldom do in ethical, and scarcely ever in political science... The consequence of this unavoidable defect in the materials of the induction is, that we can rarely obtain what Bacon has quaintly, but not unaptly, termed an *experimentum crucis*” (John Stuart Mill, 2000[1844], p. 103).

Por tanto, la economía política, al igual que el resto de las ciencias de la moral, explicaba allí Mill, “debe necesariamente razonar a partir de supuestos, no de hechos” (2000[1844] p.101). Su *método* debe necesariamente consistir en “abstraer mentalmente” determinados patrones comunes de la compleja realidad empírica, no esperando observarlos ni contrastarlos con ésta de manera inmediata.

“Since, therefore, it is vain to hope that truth can be arrived at, either in Political Economy or in any other department of the social science, while we look at the facts in the concrete, clothed in all the complexity with which nature has surrounded them, and endeavor to elicit a general law by a process of induction from a comparison of details; there remains no other method than the a priori one, or that of abstract speculation” (p.104).

El caso paradigmático de la economía política, ejemplificaba Mill, era la ficción del *homo economicus*: la ciencia supone un hombre cuya única motivación y guía de comportamiento es la obtención de mayor riqueza; individuos que actúan frente al resto de sus congéneres teniendo sólo en cuenta su propio interés. ¿Pero quién ha visto alguna vez a un ser de estas características en el mundo empírico? Las circunstancias que

motivan los comportamientos de los hombres de carne y hueso son de muy variada índole, e incluyen todo tipo de sentimientos empáticos y comportamientos altruistas. Sin embargo, la economía política, en tanto ciencia, hace “completa abstracción de toda otra pasión o motivación humana [que no sea el deseo por obtener riqueza]; excepto aquellos que pueden ser considerados como principios siempre antagónicos al deseo de la riqueza...” (Mill, 2000[1844], p.97). De este modo, explicaba Mill, la ciencia “aísla mentalmente” una causa relevante del comportamiento humano empírico y se ocupa de deducir sus efectos sobre la sociedad como un todo.

“The science then proceeds to investigate the laws which govern these several operations, under the supposition that man is a being who is determined, by the necessity of his nature, to prefer a greater portion of wealth to a smaller in all cases... Not that any political economist was ever so absurd as to suppose that mankind is really thus constituted, but because this is the mode in which science must necessarily proceed. When an effect depends upon a concurrence of causes, those causes must be studied one at a time, and their laws separately investigated, if we wish, through the causes, to obtain the power of either predicting or controlling the effect” (2000[1844], p.98).

En este sentido, la economía política era para Mill una ciencia tan abstracta como la geometría, y sus leyes tan universales como las de ésta. Del mismo modo que la geometría construye su concepto de triángulo o de línea como figuras ideales que no tienen correlato inmediatamente empírico, así también la economía política produce su concepto de *homo economicus*.

“The conclusions of geometry are not strictly true of such lines, angles, and figures, as human hands can construct. But no one, therefore, contends that the conclusions of geometry are of no utility, or that it would be better to shut up Euclid’s Elements, and content ourselves with “practice” and “experience.” No mathematician ever thought that his definition of a line corresponded to an actual line. As little did any political economist ever imagine that real [man] had no object of desire but wealth...” (2000[1844], p.102)

“In the definition which we have attempted to frame of the science of Political Economy, we have characterized it as essentially an abstract science, and its method as the method a priori. Such is undoubtedly its character as it has been

understood and taught by all its most distinguished teachers” (2000[1844], p.101)

Para Mill un peligro importante lo constituía el hecho de que las abstracciones que creara la ciencia en general fueran confundidas con entidades objetivas tales como los objetos que tocamos o vemos. El error consistía en atribuirles carácter de “realidad objetiva” a esas “abstracciones” o “nombres” que los hombres inventan para designar recortes determinados de la realidad empírica. Mill advertía que era muy común, incluso entre los mejores científicos positivistas, hipostasiar las abstracciones necesarias para el razonamiento deductivo construidas por ellos mismos, y pasarlas a considerar “entidades reales”. Con ello la ciencia se atascaba en falsos problemas metafísicos que impedían su progreso<sup>42</sup>. Sin embargo, una vez precavidas de este riesgo, argumentaba Mill, las ciencias de la moral debían reconocer que era absolutamente imprescindible trabajar con dichas abstracciones que se distanciaban deliberadamente de la “compleja realidad empírica”.

---

<sup>42</sup> To modern philosophers these fictions are merely the abstract names of the classes of phaenomena which correspond to them; and it is one of the puzzles of philosophy, how mankind, after investing a set of mere names to keep together certain combinations of ideas or images, could have so far forgotten their own act as to invest these creations of their will with objective reality, and mistake the name of a phaenomenon for its efficient cause... These abstract words are indeed now mere names of phenomena, but were not so in their origin. (1865, p.7).

## CAPÍTULO 6. LA CULTURA NACIONAL COMO MEDIO Y OBJETO DE LAS CIENCIAS HUMANAS

“Gris, querido amigo, es toda teoría, y verde es el áureo árbol de la vida” (Goethe, Fausto).

El intento del positivismo de liberar a la ciencia de toda ontología, presentándola como actividad productora de abstracciones “útiles” pero “no reales”, la concepción “instrumentalista” de la actividad científica -ésta como instrumento de predicción y control-, cobraría en las últimas décadas del siglo XIX tonalidades más extremas a la presentada por Mill. El influyente físico y filósofo austríaco Ernst Mach, por ejemplo, argumentaba en 1886 que la ciencia no era más que una forma de “economía de las sensaciones”. El valor de una fórmula física resultaba puramente pragmático: ésta simplemente economizaba la repetición de nuestras sensaciones del mundo exterior (Mach, 1914). “Bajo la influencia de Hertz y otros, se volvió habitual considerar las teorías físicas como nada más que fórmulas que expresan regularidades entre los datos” (Skidelsky, 2011, pág.13)<sup>43</sup>.

El rechazo a toda metafísica en la ciencia, sin embargo, no sólo decantaría en distintas variantes positivistas, sino que crearía a su vez, como contracara de un mismo proceso, tendencias filosóficas opuestas. Si la ciencia era un instrumento desprovisto de todo significado ontológico, ético o político; si no aspiraba a producir una cosmovisión integradora (*Weltanschauung*) del lugar del hombre en el universo y de sus posibilidades históricas; si, por el contrario, reducía su actividad a campos cada vez más compartimentados; distintos filósofos comenzarían a buscar respuestas a estas

---

<sup>43</sup> “Central to positivism, at least in its Machian variety, is the idea that science is the passive adaptation of the mind to reality. A scientific theory simply re-presents the sensory data. To be sure, it represents them in an abridged form; it makes a selection from them in accordance with the principle of economy. But the selection is passive or automatic. It expresses a natural imperative, not a free act of will. Science contains no logical principles of order, but only the biological principles enunciated in Darwin’s theory of evolution. It is an adaptive mechanism, a tool of survival, whose natural affinities are with the world of commerce and industry, not that of art and metaphysical speculation” (Skidelsky, 2011, pág.32).

inquietudes “existenciales” en terrenos ajenos a la razón. Más decididamente al calor de la primera guerra mundial proliferarían exacerbadas doctrinas explícitamente “anti-positivistas” y “anti-científicas”, que, burlándose de las pretensiones de la razón, le opondrán a ésta un acercamiento “intuitivo” a la realidad, más “vital” y “profundo” que el que podían ofrecer las “descoloridas” y “abstractas” teorías científicas (Skidelsky, 2011, págs. 160 y ss.).

Hacia fines del siglo XIX, sin embargo, estas dos tendencias filosóficas todavía convivían no radicalizadas, ajenas al clima de total incompreensión recíproca que caracterizaría al período posterior a la primera guerra mundial<sup>44</sup>. Ni Dilthey ni Rickert se presentan como autores “anti-científicos” -aunque, como argumenta Skidelsky (2011, p.23), no es difícil ver cómo su “filosofía de la vida” dejaría abiertas las puertas a doctrinas de este tipo. Por el contrario, su objetivo explícito consistía en primer lugar en darle a las “ciencias del espíritu” (Dilthey) o “culturales” (Rickert) credenciales científicas, tan válidas como las que ya parecían haber conquistado las “ciencias naturales” (Beiser, 2011). Su propuesta de separar ambos grupos de ciencias en mundos metodológicamente distintos no surgía del mero rechazo al positivismo de Mill, sino del problema que parecía dejar abierto éste para un gigantesco campo de estudios: si se acepta la definición de ciencia como actividad que describe los vínculos constantes entre fenómenos empíricos, los estudios que tienen como objeto a la historia misma, entendida ésta como un proceso en constante e irreversible transformación, no entran en la definición de ciencia. Las investigaciones sobre el desarrollo histórico de los distintos pueblos, la riqueza y complejidad de sus producciones culturales e instituciones singulares, quedan fuera de las fronteras del conocimiento científico demarcadas por Mill. Sobre la base de este problema, tanto

---

<sup>44</sup> Snow (1959) caracterizaría como “el mundo de las dos culturas” a la progresiva incapacidad de diálogo entre las “ciencias naturales” (o “exactas”) y las “artes y humanidades”; entre la “filosofía analítica” y la “filosofía continental” (Skidelsky, 2011, p.4). Como explica Friedman (2000), hacia fines del siglo XIX y principios del XX estas dos tendencias “todavía hablaban el mismo lenguaje filosófico, y se comprometían activamente en un conjunto común de problemas filosóficos” (Friedman, 2000, pág. xi).



Dilthey como Rickert explorarían la solución de diferenciar metodológicamente a las “ciencias de la sociedad” de las “ciencias naturales”.

Tomemos el libro de Rickert, *Ciencia Natural y Ciencia Cultural* (1952[1899]). Son las ciencias naturales, dirá este autor, las que buscan, mediante abstracción de la compleja realidad empírica, conceptos y leyes universales que valen para una multitud de casos singulares. Pero no es así en las ciencias históricas, cuyo objeto de estudio “refiere siempre a un suceder *único*, singular, considerado en su peculiaridad” (pág.153). Este tipo de argumento, como se verá más adelante, no era original, sino que aparecía repetidamente a lo largo de distintos autores de la tradición del historicismo alemán. Sin embargo, a diferencia del renombrado historiador Leopold Ranke, para el cual la Historia como ciencia debía entonces limitarse a describir los hechos “tal como éstos fueron realmente”, para Rickert la vía del empirismo ingenuo había que descartarla de entrada. Como filósofo neokantiano, resultaba para él un sinsentido pretender acceder a una realidad empírica que no estuviera moldeada ya por la actividad de la conciencia humana. “Inténtese sólo una vez”, dice Rickert, “describir la realidad exactamente y aprehenderla en conceptos ‘tal como ella es’, con todas sus singularidades, para adquirir así una copia [de ella]: pronto se verá cuán falta de sentido es semejante empresa” (pág.64). La realidad como tal es un caudal frenético de eventos singulares, estrictamente distintos, empíricamente, unos de otros<sup>45</sup>. “Nadie es capaz de sostener que ha tropezado nunca con algo absolutamente homogéneo en la realidad. Todo es diferente. Y esto podemos formularlo en el principio de la heterogeneidad de todo lo real” (pág.66). Son las ciencias, argumenta Rickert, las que activamente ordenan, a través de distintos “principios

---

<sup>45</sup> “La realidad empírica, efectivamente, se manifiesta como una muchedumbre incalculable para nosotros, que parece ir creciendo sin cesar, conforme ahondamos en ella y empezamos a analizarla en sus particularidades. El más mínimo pedazo contiene más de lo que puede describir un hombre finito. Es más: lo que un hombre puede aprehender en sus conceptos, y por tanto en su conocimiento, es insignificante comparado con lo que deja de lado” (Rickert, 1899, pág.64).

regulativos”, la riqueza de la inabarcable realidad empírica<sup>46</sup>. Para Rickert se trataba entonces de clarificar los distintos “principios regulativos”, “de selección”, o “directivos”, que las ciencias adoptan a la hora de conceptualizar la caótica realidad empírica.

Las ciencias naturales, explica Rickert, ordenan la realidad empírica a partir de conceptos generales, de abstracciones universales. Lo que hacen éstas no es sino buscar sus rasgos comunes, homogenizar, nivelar, abstraer. Su método consiste en desdeñar lo que hay de singular en su objeto de investigación, reconociendo sólo lo que es común a todos los casos. Así, ejemplifica el autor, la matemática comienza directamente “prescindiendo de la heterogeneidad” de la realidad concreta, supone que la realidad está compuesta por conjuntos completamente homogéneos, y así logra producir, por ejemplo, su serie de números naturales. “Sin embargo, desde el punto de vista de una ciencia que quiere conocer *la realidad*, es caro el precio pagado por esos triunfos. Los objetos homogéneos de que habla la matemática no tienen ya sentido real, sino que pertenecen a una esfera que sólo puede caracterizarse como una esfera de seres ideales” (pág.68).

“La ciencia natural confecciona, para usar una feliz frase de Bergson, *trajes hechos*, que lo mismo sirven para Pablo o para Pedro, porque no se acomodan a la figura de ninguno de los dos. Si quisiera hacerlos ‘a la medida’, habría que entregar un trabajo *nuevo* para cada objeto que estudiase. Mas esto contradice

---

<sup>46</sup> Sin pretender abordar este complejo tema, dejemos anotado que la filosofía de Rickert, al llevar a un extremo la concepción “abstraccionista” de la ciencia, abre un abismo, un “hiatus irracionalis”, entre sus formulaciones y la realidad misma (Cassirer, pág.221; Skidelsky, 2011, pág.24). Porque por más empeño que ponga la actividad científica en atrapar en sus redes conceptuales a la realidad, argumenta Rickert, “se perderá de la realidad todo aquello que esté comprendido entre los límites trazados por los conceptos (...) Pues, aunque pongamos límites tan cerca unos de otros como queramos, siempre la realidad fluye entre ellos inconcebida, con su continua y, por tanto, inagotable heterogeneidad...” (pág.69). “La ciencia, por ende, forma contraste con la realidad, no sólo porque el carácter conceptual de aquella se opone al carácter intuitivo de ésta, sino también porque la universalidad de la ciencia se opone a la individualidad de la realidad” (p.76). “Así, entre el contenido de los conceptos y el de la realidad ábrese un abismo que es tan hondo como el abismo que separa lo universal de lo particular, y no puede nunca franquearse” (pág.81).

su esencia de ciencia natural. No permanece en lo individual sino el tiempo preciso para encontrar en él lo universal que lo subordina" (p.83)

Hay ciencias, sin embargo, explica Rickert, "que no se proponen establecer leyes naturales; es más, que no se preocupan, en absoluto de formar conceptos universales; estas ciencias son las ciencias históricas en el sentido más amplio de la palabra" (pág.96). Ahora bien, también el científico de las "ciencias históricas", concede el autor, necesita cierta estructura "a-priori" para ordenar la (de otro modo caótica) ráfaga infinita de eventos históricos singulares. "Debemos, pues, preguntar ahora: si la historia ha de exponer lo singular, lo particular, lo individual, ¿cómo puede ser una ciencia?" (pág.131). La solución de Rickert es que su "principio de selección" distintivo lo aporta el concepto de "cultura", entendido como el conjunto de *valores particulares* que comparte un "círculo determinado de hombres" (pág.214) en determinado momento histórico. Se trata del cúmulo de "valores" exclusivos que resultan significativos para "todos los miembros de una comunidad de cultura".

"El concepto de cultura proporciona, pues, el principio de la selección de lo esencial, para la conceptualización histórica; de igual manera que el concepto de naturaleza, considerada como la realidad desde el punto de vista de lo universal, proporciona el principio de selección para las ciencias naturales. Son, pues, los valores que residen en la cultura y la referencia a ellos lo que constituye el concepto de una individualidad histórica apta para ser expuesta" (pág.138).

Ahora bien, la solución de Rickert, por un lado, da por entendido que lo que él llama "valores culturales", a diferencia de otros fenómenos de la experiencia, sí pueden ser considerados por la ciencia como "hechos empíricos", dados de manera directa a la experiencia, sin mediación conceptual alguna. Con esto deja asentado, a nuestro entender como prejuicio, que las "ciencias culturales" tienen como objeto de estudio la *esencial* particularidad de las culturas de los distintos pueblos<sup>47</sup>. De aquí que para Rickert las

---

<sup>47</sup> "Es muy cierto, efectivamente, que la significación de un proceso cultural depende por completo de su peculiaridad individual, y, por lo tanto, en la ciencia cultural histórica no podemos proponernos establecer su 'naturaleza' universal, sino que hemos de proceder por

ciencias culturales deban renunciar al proyecto ilustrado de escribir una historia *universal* de la humanidad.

“La historia de la humanidad, si se limita al reconocimiento puramente efectivo de los valores [culturales], no podrá escribirse sino desde el punto de vista de un círculo determinado de cultura, y, por lo tanto, nunca podrá conseguir una validez o vigencia que sea reconocida, o aún comprendida, no sólo por todos los hombres, sino también para todos los hombres (...) No hay, pues, ‘historia universal de objetividad empírica’, pues tal historia, no sólo habría de tratar de la humanidad en cuanto que es conocida, sino que tendría que acoger en su seno cuanto es de esencial para todos los hombres, y esto no puede hacerlo.” (pág.217).

Aunque desde un ángulo distinto, más próximo a la tradición del romanticismo alemán, también Dilthey, en su *Introducción a las ciencias humanas* (Dilthey, 1989) -el libro que reseña Schmolter mientras escribe su crítica a Menger- apunta a la cultura particular, nacional, como centro gravitatorio de las *Geisteswissenschaften*. Son los pueblos y naciones, sostiene el autor, “los centros de cultura vivientes y relativamente independientes dentro del contexto de una época, y los portadores de movimiento histórico” (pág. 92). Al igual que Herder un siglo antes, Dilthey desarrolla su argumento partiendo de lo que entiende como la limitada comprensión de la naturaleza humana que produce el “Siglo de las Luces”, y que, según él, hereda y profundiza el positivismo del siglo XIX. Esta consiste en concebir al hombre como un “animal racional” que produce su comprensión integral del mundo (*Weltanschauung*) a partir de los mecanismos asociativos del entendimiento<sup>48</sup>. El hombre no es simplemente un animal con un órgano cognitivo adherido. Sus productos

---

individuación (...) El historiador no expone nada de lo que su objeto tiene en común con los demás ejemplares de su especie, en el sentido de la ciencia natural...” (Rickert, 1899, pág. 136).

<sup>48</sup> “Apart from a few beginnings, such as those of Herder and Wilhelm von Humboldt, which were not scientifically developed, previous epistemology -Kant’s as well as that of the empiricists- has explained experience and cognition in terms of facts that are merely representational. No real blood flows in the veins of the knowing subject constructed by Locke, Hume and Kant, but rather the diluted extract of reason as a mere activity of thought” (Dilthey, 1989[1883], p. 50).

culturales, históricos, son resultado “de los múltiples poderes de un ser que desea, siente y piensa”; no surgen de su experiencia como experiencia exclusivamente racional, representativa, sino de la experiencia del hombre como un “todo viviente”. De modo que no se puede comprender la cultura de distintos pueblos y épocas, advierte Dilthey, y menos aún reconocer su impronta histórica, entendiéndolos como meros productos de mecanismos asociativos de un intelecto humano abstracto<sup>49</sup>.

En la *Introducción a las ciencias humanas*, Dilthey ensaya la posibilidad entonces de ubicar a la psicología como ciencia madre de las ciencias humanas. No se trata de la “psicología explicativa”, aclara, que infructuosamente investiga la conciencia de los hombres como resultado de mecanismos asociativos de la razón pura. La ciencia aglutinadora del mundo social será para él la “psicología descriptiva”, en tanto ciencia que busca “comprender” (*Verstehen*) a cada estructura psíquica como un todo, como una conciencia que experimenta “la vida” de manera interna, íntegra, inmediata. Sin embargo, para Dilthey no es ciertamente la psicología del individuo aislado, atomizado, el objeto de los estudios sociales. Una de sus repetidas objeciones a “la filosofía de Comte y J.S. Mill”, es a la pretensión de éstos de formular teorías de la sociedad que partan de representaciones de individuos “autocontenidos”, de “Robinsones” que, a través de su libre interacción racional, producen los complejos fenómenos culturales de la vida social.

*“Viewed objectively, we find individuals in society related to one another not merely through a correspondence of their activities, and not merely as individuals that are self-contained or even devoted to each other by the free*

---

<sup>49</sup> “The *Weltanschauungen* are not products of thought. They do not originate from the mere will to know” [but] “from our lived experience, from our total psychic structure” (citado en Iggers, 1983, p. 141). Dilthey, explica Beiser (2011), reconoce su herencia kantiana en el postulado de que toda experiencia es necesariamente experiencia de la conciencia, y no de un mundo que aquella intenta reflejar pasivamente. Pero esto es así, razona, para las distintas dimensiones de la conciencia, y no tan sólo, para su faceta racional. La identificación de la razón como una propiedad de la “naturaleza humana” con la que ésta produce su experiencia, es, para Dilthey, el gran prejuicio que sobrevive al intento de Kant de eliminar toda metafísica; se trata de un postulado a-priori sobre la condición humana, y por tanto ahistórico, que obstaculiza el desarrollo de la ciencia.

ethical ground of their being. Rather, this society comprises a complex of communal relationships and bonds into which the wills of individuals are integrated, or interwoven, as it were" (p.115).

La experiencia del hombre "empírico", "histórico", argumenta Dilthey, está dada por la red de vínculos emotivos y empáticos que unen a unos con otros en la forma de una comunidad particular de "relaciones estables" a lo largo de la historia. "Sentimientos duraderos de pertenencia comunitaria, más que representaciones neutrales de relaciones abstractas, son las que atan al hombre a su contexto natural" (pág.99). De acá la repetida crítica de Dilthey -que resonará en la crítica de Schmoller a Menger- al intento de estudiar el mundo de los fenómenos humanos como producto de la interacción de sujetos aislados. Dilthey cuestiona por ejemplo el afán de filósofos "clásicos" como Locke o Hobbes por producir un concepto "abstracto" de Estado, resultado del acuerdo racional entre individuos libres que no tienen entre sí ningún vínculo orgánico preexistente. La pretensión de que "el intelecto solo pueda proveer una conexión entre ellos" es parte del afán incrédulo de la Ilustración por arribar a verdades humanas con el mismo "método abstracto" que el de las ciencias naturales (pág.97-99).

"The inadequacy of the abstract concept of state (...) was becoming more and more apparent through the efforts of the Historical School, which produced a much deeper view of the nature of a people (...) Individuals are not to be opposed to the state as isolated atoms; rather they are *already* related among themselves" (pág.134).<sup>50</sup>

Dilthey prefiere no usar el sintagma "espíritu del pueblo" (*Volkgeist*, común en la tradición del historicismo alemán desde Herder) para referirse a lo que describe como "la unidad de la vida de un pueblo, aquella que se manifiesta en la afinidad de todas sus expresiones de vida, tales como su ley, su lenguaje, y su religión". Entiende que dicha expresión no es propia de la historia en tanto disciplina científica. Sin embargo, el carácter

---

<sup>50</sup> "En otras partes hay todavía pueblos y rebaños, pero ya no en nuestro medio, hermanos; aquí hay Estados. ¿Qué es el Estado? ¡Atención!, que voy a hablaros de la muerte de los pueblos. Se llama Estado al más frío de todos los monstruos fríos. Y miente fríamente, siendo su mentira ésta: 'Yo, el Estado, soy el pueblo'. (Nietzsche, Así habló Zaratustra, 1883).

irracional de lo que denomina “sistemas de cultura” nacionales, aquellas “formaciones perdurables [que] son los objetos de los estudios sociales” (pág.94), se vuelve patente en su obra: los “sentimientos de comunidad” que subyacen en la vida de un pueblo, afirma, “desobedecen toda técnica analítica” (pág.117) y, sin embargo, son para Dilthey la base de la comprensión del mundo social<sup>51</sup> (Iggers, 1983, p. 140).

Como veremos en el capítulo siguiente, la conclusión de Dilthey (compartida más tarde por Rickert) de que las “ciencias humanas” tienen necesariamente como objeto de estudio a “estructuras culturales históricas” particulares, delimitadas por los límites propios de las distintas comunidades, va a jugar un papel importante en el pensamiento de Schmoller durante la época de su enfrentamiento con Menger.

---

<sup>51</sup> “The natural basis of the articulation of social life remains a deep metaphysical mystery which holds us together with strong but obscure bonds of primordial feeling such as sexual love, love of one’s children, and love of one’s native soil. We saw that this natural basis produces a homogeneity and sense of community...” (pág.94).

## SECCIÓN IV. EL METHODENSTREIT VISTO EN FUNCIÓN DE LOS LÍMITES DEL OBJETO DE ESTUDIO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

“German economics as it existed in the later nineteenth century was diverse. None the less, the mainstream of these various tendencies shared a conception of the correspondence between economic life and the life of the nation –not for nothing the German term for ‘political economy’ was Nationalökonomie” (Tribe, *Governing Economy*, 1988, pág.5).

### CAPÍTULO 7. DE ECONOMÍA POLÍTICA A ECONOMÍA NACIONAL

En 1883, poco después de publicadas las *Investigaciones sobre el método* de Menger, Schmoller escribe dos textos. El primero es la breve reseña crítica de aquel libro, en conjunto con la halagüeña al libro de Dilthey comentado, publicadas como “Sobre la metodología de las ciencias políticas y sociales” (1988[1883])<sup>52</sup>. El segundo, un ensayo más extenso titulado “La relevancia histórica del sistema mercantilista” (1896[1883])<sup>53</sup>. Parte del argumento de Schmoller en el primero de estos textos ya lo anticipamos, pero se entiende mejor a la luz de la influencia de Dilthey. Schmoller advierte allí acerca de la tendencia de la economía política que representa la obra de Menger, este “epígono que, educado exclusivamente en la lógica naturalista de [John Stuart] Mill y apoyado exclusivamente en la vieja, dogmática, y abstracta economía política, pone en examen un pequeño rincón del gran edificio de nuestra ciencia” (1988[1883], p.156). Por un lado, para Schmoller la proclama de validez universal de las leyes “exactas” de Menger

---

<sup>52</sup> *Zur Methodologie der Staats- und Sozialwissenschaften* (1883). No existen al momento traducciones completas de esta reseña en inglés o español. Contamos con una traducción italiana publicada como apéndice del artículo “Guscav Schmoller e la Scuola storica in Italia”, R. Faucci, en *Quaderni di storia dell'economia politica*, n.3, 1988. Gracias a la colaboración del economista Juan Martín Berridi, quien nos proporcionó una traducción de este artículo en español, pudimos tener acceso a una traducción informal de la reseña.

<sup>53</sup> “The mercantile system and its historical significance” (1896[1883]).



representaba el camino que condenaba a la economía política a una comprensión ahistórica de su objeto de estudio. Menger naturaliza, protesta Schmoller, la situación económica de una época y pueblos determinados, extrapolándola a todos los tiempos y culturas particulares. En contraposición, la Escuela histórica alemana, argumenta Schmoller, representa la necesidad de la ciencia de avanzar por un camino más sólido, construido no a partir de abstractas suposiciones acerca de la conducta humana en general sino de detalladas “descripciones” históricas y estadísticas sobre el desarrollo concreto de los fenómenos económicos en distintos tiempos y lugares.

Esta crítica “empirista” de Schmoller no se queda ahí, sino que avanza en un sentido similar al que reconstruimos de la obra de Dilthey: el gran déficit de la “abstracta” economía política es que deja a un lado la “relación entre el fenómeno económico y la vida del pueblo y el Estado” (p.147, 1988[1883]). Schmoller pregunta a Menger: “¿cómo se quieren bosquejar las grandes cuestiones relativas a los principios de la economía sin abordar la relación del Estado con la economía?” (p.147). Para Schmoller, una de las “debilidades” de la tendencia de la economía política que representa Menger, y que el líder del *Verein* encontraba presente por igual en autores socialistas<sup>54</sup>, era que se razonaba en función de un mundo económico ficticio que omite las instituciones políticas y culturales nacionales existentes y que, en suma, no reconocía como su objeto de estudio elemental a la “economía nacional” como un todo<sup>55</sup>:

---

<sup>54</sup> En su discurso de asunción como rector de la universidad de Berlín (1897, p. xx), Schmoller resalta esta característica compartida por doctrinas liberales y socialistas: “El punto débil de las teorías socialistas y de las teorías individualistas está en su concepción de una economía abstracta separada del Estado y del derecho, sobre la cual fundan sus razonamientos (...) abandonan así, una buena parte de sus bases realistas, que los mercantilistas y los cameralistas, aunque poco teóricos, habían sólidamente establecido”.

<sup>55</sup> Esta dimensión de la crítica de Schmoller a Menger aparece en cierto modo resaltada en Yagi (1997): “Schmoller blamed Menger that Menger had given no theory of the ‘general essence of national economy’. To Schmoller, ‘national economy’ was a real collectivity to which no individualistic reasoning could effectively approach” (Yagi, 1997, p. 243).

“It is, of course, impossible for Menger to recognize the essential grounds and necessity of the Historical School. For he has no organ for it. The Historical School represents the return to the real scientific recognition from those vague and abstract images without any reality. Menger could not understand that every important phenomenon of national economy extends so widely in time and space that only a collectivistic observation such as performed in history and statistics can approach to them. This is closed to him. For he always begins with a single observation of an individual economy and remains in theorizing only exchange, value, and money etc. and *never dares to reflect on the institutions and structures on the national economy level of which the body of a national economy is composed*” (Schmoller, 1883, citado y traducido por Yagi, 1997, p. 243, resaltado MG) .

Esta faceta de la crítica de Schmoller a Menger se entiende mejor en el marco del segundo ensayo que escribe el líder de la JEHA en 1883, “La relevancia histórica del sistema mercantilista”. Su objetivo explícito en este texto era el de rehabilitar al mercantilismo de los siglos XVI y XVII del descrédito que sufrió tras la crítica de Adam Smith y “sus discípulos”. Por más unilaterales que fueran en ciertos puntos las doctrinas mercantilistas, argumenta Schmoller, éstas contienen retazos de verdad que las vuelven mucho más cercanas a la “vida real” que las abstractas “utopías” de sus críticos clásicos (1896[1883], pág. 112). En primer lugar, porque, a diferencia de éstas, aquéllas captaban con mayor claridad la inextricable “conexión entre la vida económica y los órganos esenciales de control de la vida política y social, la dependencia de las principales instituciones económicas de cualquier período de la naturaleza del cuerpo político más importante en ese momento” (1896, pág. 2).

“In every phase of economic development, a guiding and controlling part belongs to one or other political organ of the life of the race or nation. At one time it is the association of the kindred or tribe; at another the village or mark; now it is the district, and then the state or even a federation of states, which plays this part (...) it rules economic life as well as political, determines its structure and institutions, and furnishes, as it were, the centre of gravity of the whole mass of social economic arrangements. Of course, it is not the only factor that enters into the explanation of economic evolution; but it appears to me the fullest in meaning, and the one which exercises the most penetrating

influence upon the various forms of economic organisation that have made their appearance in history" (1896, pág.2).

En toda época histórica, explica Schmoller, el hombre tiene condicionada su actividad por las instituciones políticas y culturales que a él como individuo le son dadas. El miembro de una tribu antigua, por ejemplo, no puede intercambiar libremente la parcela de tierra o el ganado con los que trabaja. Como parte de una comunidad particular, actúa "económicamente" siempre dentro del marco de instituciones políticas y culturales específicas que brindan el marco uniforme en el cual concibe y ejecuta su actividad; son estas instituciones las que condicionan tanto el vínculo económico que establece con los miembros de su comunidad como el tipo de relación posible con "el mundo exterior". El conjunto de instituciones que "guían" las actividades económicas de los miembros de una comunidad, cualquiera sea la época histórica, delimitan el contorno de lo que Schmoller llama "organismo" o "cuerpo económico" (págs. 6,14).

Schmoller reconstruye entonces la historia de la evolución económica de las comunidades humanas como una secuencia de etapas de expansión del "cuerpo económico" de las mismas. A medida que "la vida de la religión, el lenguaje, la guerra y la política se expande a círculos más amplios de hombres", también lo hace la "vida económica" de la comunidad. De la imagen de la pequeña aldea como "centro gravitatorio del conjunto de los acuerdos económicos", Schmoller pasa a la ciudad comercial de la baja edad media<sup>56</sup>. Cada burgo establece su propia legislación comercial, fija su sistema de impuestos (internos y externos), acuña su moneda; produce el conjunto de "instituciones" específicas que gobiernan la vida económica al interior de la comunidad y determina la posibilidad de sus miembros de vincularse con el "mundo exterior". La historia nos muestra, explica Schmoller, que toda ciudad comercial próspera se comporta en este

---

<sup>56</sup> "While the life of religion, of language, of war, and of politics remains common for wider circles, the centre of gravity of economic life passes to the mark and the village. They become the bodies which for centuries rule the economic life of the people (...) As the village, so likewise does the town, and even more conspicuously, grow into an economic body, with a peculiar and vigorous life of its own, dominating every particular" (pág.4).

sentido como un todo político-económico que vela en primer lugar por sus propios intereses y que ve en las otras comunidades medios u obstáculos para su propio desarrollo.

“Each town, and especially each of the larger towns, seeks to shut itself up to itself as an economic whole, and, at the same time, in relation to the outside world, to extend the sphere of its influence, both economic and political, as far as possible (...) In reality, all social bodies, and therefore economic bodies among them, at first towns and districts, and afterwards nations and states, stand to one another in a double relation: a relation of action and reaction by which they mutually supplement one another, and a relation of dependence, exploitation, and struggle for supremacy” (pág.6).

En línea con la influencia omnipresente de Darwin y Spencer en la época, Schmoller presenta una imagen “organicista” de la evolución histórica de las comunidades humanas, comprendiendo a éstas como organismos político-económicos que interactúan con otros en una tensa relación que oscila entre un vínculo mutuamente beneficioso y uno de dominación y explotación. Cada cuerpo político-económico busca en primer lugar su autoconservación y expansión en la “lucha por la existencia”, tomando las medidas necesarias para favorecer los intereses de la comunidad propia frente a las rivales<sup>57</sup>. De acuerdo a su poder relativo, consigue hacerlo o bien entablando el mínimo contacto comercial indispensable con los más poderosos, o bien forjando una relación de dependencia y explotación económica sobre los más débiles.

---

<sup>57</sup> La transición de las grandes ciudades comerciales de la Baja Edad Media a la creación de los poderosos estados nacionales de los siglos XVI y XVII, es para Schmoller un resultado de este “principio evolutivo” en el contexto del descubrimiento de las rutas e incuantificables riquezas de América y las Indias. Cada “cuerpo político-económico” se ve forzado a tejer alianzas permanentes con aquellos otros con un lenguaje y una cultura más próximos, a fin de unir sus flotas militares/comerciales para salir a la conquista del mundo y tener posibilidades de éxito en la “lucha por la existencia” frente a organismos rivales. Este proceso conduce a la natural expansión del “cuerpo social”, a la aparición de las modernas “economías nacionales”, los centros gravitatorios modernos en torno a los cuales gira la vida económica social (pág. 63).

En definitiva, Schmoller intenta probar que la evolución económica de las sociedades no puede comprenderse a partir de la interacción de individuos aislados sin pertenencia comunitaria alguna<sup>58</sup>. La historia enseña que el hombre es un ser comunitario que tiene sus más profundos anhelos e intereses supeditados a algún tipo de colectividad más amplia pero siempre acotada; y más aún, que las comunidades que tienen “éxito evolutivo” a lo largo de la historia son aquellas que logran afianzar entre sus miembros un profundo sentimiento de pertenencia comunitaria. Enseña, por tanto, que, si alguna tendencia universal rige la evolución histórica de los acontecimientos económicos, está guiada por un “egoísmo colectivo” antes que por uno individual. Desde la pequeña tribu a los grandes estados nacionales contemporáneos, es la comunidad la que, a través de sus órganos políticos, actúa como un todo que defiende, en primer lugar, sus intereses económicos particulares.

“Each new political community that forms itself must be carried along by a strong and exclusive feeling of community; these are the roots of its strength. The struggle for self-sufficiency and independence is as natural to it as the spirit of violent rivalry which hesitates at nothing in order to come up with, to surpass, and to crush the rivals in whom it always sees enemies...” (pág.62)

“The struggle for existence, in economic life in particular, as in social life in general, is necessarily carried on at all times by smaller or larger groups and communities. That will also be the case in all time to come. And the practice and theory of those times [when mercantilism dominated], answering, as they did, to this universal tendency, were nearer reality than the theory of Adam Smith; and so also were the main ideas of Friedrich List” (pág.59).

Desde esta óptica, el mercantilismo no es otra cosa que la expresión intelectual de la “lucha por la existencia” de organismos político-económicos que cobran a partir de los siglos XVI y XVII escala nacional. “Lo que estaba en juego era la creación de verdaderas economías nacionales como organismos unitarios, cuyo centro debería ser, no sólo una

---

<sup>58</sup> “The idea that the economic life has ever been a process mainly dependent on individual action, an idea based on the impression that it is concerned merely with methods of satisfying individual needs, is mistaken with regard to all stages of human civilization...” (pág.3).

política de estado que se extendiera en todas las direcciones, sino más bien el latido vivo de un sentimiento de unidad” (pág.50). Las doctrinas mercantilistas, continúa Schmoller, no pueden ser sometidas a un juicio teórico abstracto, sin comprender la necesidad histórica que cumplen, su función de darle cohesión a las naciones en ciernes infundiendo un vivo sentimiento de pertenencia comunitaria entre sus miembros. Sería impensado que un hombre de estado pudiera prescindir entonces del espíritu de rivalidad contenido en las doctrinas mercantilistas, y que intentase reemplazarlo por las abstractas teorías cosmopolitas de sus críticos ilustrados, las cuales conciben al sistema económico como estructurado a partir de la libre interacción de individuos sin patria y en un estado de “paz constante”.

En este sentido, denuncia Schmoller, el “movimiento literario que asaltó al viejo sistema mercantil, surgió de utopías que estaban muy alejadas de la vida real” (pág.79). ¿Cómo pudo la economía política clásica inglesa -se pregunta Schmoller-, presentarse a sí misma como un avance científico frente a los prejuicios del mercantilismo, omitiendo deliberadamente las relaciones de poder e intereses económicos existentes entre naciones? Schmoller da a entender que Smith y sus discípulos cumplían de ese modo un papel ideológico en favor de la potencia económica de la época:

“Does it not sound to us today like the irony of fate, that the same England, which in 1750-1800 reached the summit of its commercial supremacy by means of its tariffs and naval wars, frequently with extraordinary violence, and always with the most tenacious national selfishness, that that England at the very same time announced to the world the doctrine that only the egoism of the individual is justified, and never that of the states and nations; the doctrine which dreamt of a stateless competition of all the individuals of every land, and of the harmony of the economic interests of all nations?” (pág.112).

Como veremos en la próxima sección, este tipo de argumento contra la economía política clásica emparenta directamente el pensamiento de Schmoller con el de Friedrich List y Wilhelm Roscher. En las obras de estos autores aparece -de manera más o menos explícita, más o menos acentuada- la necesidad de que la economía política circunscriba su objeto de investigación a la evolución de la “economía nacional” como unidad

elemental de análisis de la ciencia. En un artículo de 1893 titulado “Economía nacional, economía política y método”, Schmoller trata el problema del nombre de la ciencia de la manera más explícita. El término *Volkswirtschaft* (economía del pueblo), creado a partir de los sintagmas *Volks* (pueblo) y *Wirtschaft* (economía), explica allí, constituye “la expresión precisa” para definir el objeto de estudio de la ciencia ya que da cuenta de la unidad que forman “los fenómenos económicos que acompañan al nacimiento de estos grandes cuerpos sociales [i.e. los estados nacionales]” (1905[1893], p. 85):

“Podemos pues definir a la economía nacional: el conjunto organizado unitariamente de las economías individuales y corporativas que existen en un Estado, ya estén yuxtapuestas o superpuestas, comprendiendo entre ellas la economía financiera del Estado. Este conjunto lo consideramos como el sistema unitario de las instituciones y de los arreglos económicos y sociales de la nación; vemos en él un todo real y unitario (...) porque todas sus partes dependen de una manera muy estrecha unas de otras, y porque sus órganos centrales ejercen efectos manifiestos sobre todas las partes; porque cada economía nacional tomada en su conjunto, como cualquier ser individual, es siempre la misma a pesar del cambio permanente de sus partes, porque todos los cambios de la misma economía nacional son como los momentos del desenvolvimiento del mismo ser” (pág.89).

La comprensión de Schmoller de que la *Nationalökonomie* tiene como objeto de estudio a la economía nacional como un todo orgánico, representa un hilo de continuidad a lo largo de sus obras. Casi dos décadas después de iniciada la polémica con Menger, en la introducción de sus *Grundrisse* de 1900<sup>59</sup>, Schmoller insiste en la necesidad de concebir a la economía nacional como un cuerpo en desarrollo, que no puede comprenderse como un sistema regido por la interacción social entre hombres que no tienen una cultura común, un conjunto de sentimientos y preceptos morales compartidos, instituciones legales y políticas particulares:

“Entendemos por ‘economía’ a un grupo más o menos grande de personas relacionadas, que están conectadas por algún tipo de vínculo psíquico, moral y legal (...) Nunca se presentan como ‘una economía’ miles de economías

---

<sup>59</sup> *Grundriss der Allgemeinen Volkswirtschaftslehre* (1900).

individuales pertenecientes a diferentes países. Sólo cuando personas de la misma raza e idioma, conectadas por sentimientos, ideas, costumbres y normas jurídicas homogéneas, tienen al mismo tiempo instituciones económicas nacionales únicas y están vinculadas por un sistema de transporte uniforme y un intercambio vivo, hablamos de una economía nacional” (Schmoller, 1900, p.2-3, traducción MG).



## CAPÍTULO 8. LA CRÍTICA DE MENGER A LA *NATIONALÖKONOMIE*.

Pasemos ahora a desarrollar en qué sentido la obra de Menger contiene una crítica al recorte nacional que pretende darle a las ciencias humanas la tradición del historicismo alemán. Después de trabajar durante los primeros capítulos de las *Investigaciones* en la diferencia entre el punto de vista de las ciencias “históricas”, “prácticas” y “teóricas”, y en la distinción entre leyes “empíricas” y “exactas” dentro de ésta última, Menger explica que, en estrecha relación con estas consideraciones, es necesario pasar a desmenuzar una doctrina que, “más que ninguna otra, se ha impuesto en la economía política alemana reciente”.

“I am speaking here of the opinion of those who want to have ‘the phenomena of economy understood only in inseparable connection with the social and political development of nations’; of those who characterize ‘as unhistorical and unreal, when compared with life, the act of making the economic element independent, and of separating it from the total complex of the life of the state and nation...’ (Menger, 1996[1883], pág.75).<sup>60</sup>

Ya desde la introducción de las *Investigaciones* Menger señala esta característica distintiva de la tradición del historicismo alemán, que no acota al grupo liderado por Schmoller sino que extiende a generaciones previas de economistas. Explica entonces que algunos autores “postclásicos” comenzaron en Alemania a presentar a la economía política como ciencia análoga no a la física mecánica sino a la biología orgánica. “Muy pronto, frente a la definición de la economía política como ciencia análoga a la física y a la química, vino a imponerse el punto de vista de una ciencia del tipo de la anatomía y la fisiología. A la concepción naturalista se contrapuso la concepción organicista, al punto de vista atomista, la óptica biológica (Menger, 2006[1883], p.90). Estos autores no rechazaban necesariamente la definición de la economía política como ciencia que se ocupa de descubrir leyes del sistema económico, sino que concebían estas leyes como leyes *evolutivas* de la *economía nacional*, entendida ésta como el objeto de estudio de la ciencia.

---

<sup>60</sup> El autor al que cita Menger aquí es Karl Knies (1821-1898), parte de la llamada “vieja” escuela histórica alemana de economistas.

Resaltaban por tanto la necesidad de destacar el carácter local y temporal de los fenómenos económicos, como condición *sine qua non* de una economía política moderna.

“It was pointed out that social phenomena in general and the phenomena of political economy in particular gained a special character through national individuality, through local conditions, and particularly in virtue of the developmental stage of society; they showed spatial and temporal differences which could not be without determinative influence on the laws that applied to them. The desire for universal and immutable laws of political economy, independent of spatial and temporal conditions, and thus the desire for a science based on such laws, seemed from this point of view to be inadmissible and misconceived; it seemed to involve an undue abstraction from the "full empirical reality" of phenomena. The consideration of spatial and temporal differences of economic phenomena seemed to be an inevitable postulate of research not only in the field of "practical economics", but also in that of theoretical economics, the "science of the laws of economy" (Menger, 1996[1883], p. 24).

En apoyo de este cuadro de situación, Menger recoge en un apéndice de las *Investigaciones sobre el método* algunas definiciones sobre el objeto de la ciencia presentes en los libros de enseñanza universitaria comúnmente usados en ese entonces, con el objeto de mostrar el “bajo estatus de las investigaciones teóricas alemanas en el campo de la economía política” (Menger, 2006[1883], p. 284). Wilhelm Roscher, líder de la “Vieja escuela histórica alemana de economistas” -profundizaremos en la próxima sección-, definía a la economía política como “la ciencia de las leyes de desarrollo de la economía nacional, de la vida económica de la nación” (Menger, 2006[1883], p. 283). Gustav von Schönberg (1839-1908), miembro del grupo fundador del *Verein*, presentaba a la economía política en los siguientes términos: “The subject of our science is the economic life of the nation, which, as a special phenomenon of the spirit of the nation and progressing step by step in closest causal connection with the cultural development, forms an increasingly higher organism” (Menger, 1996[1883], p. 200).

De modo que, ya desde la introducción de las *Investigaciones sobre el método*, Menger empieza a lidiar con la tensión que, de acuerdo a la hipótesis principal de esta Tesis, está

en el centro del *Methodenstreit*, por más que, visto en retrospectiva, aparece tratada de manera parcial o ambigua por los mismos protagonistas del episodio: ¿en qué sentido podía la “economía nacional” como tal constituir el objeto de estudio de la ciencia? ¿En qué medida resultaba compatible el intento por desarrollar una teoría económica “pura” o “exacta” del sistema económico (a la Walras, Jevons o Menger) con la pretensión de circunscribir la ciencia al ámbito nacional como recorte elemental de análisis?

Si se quisiera tomar en un sentido estricto la expresión “economía del pueblo” [Volkswirthschaft] para designar el objeto de estudio de la ciencia, argumenta Menger, se cometería un profundo error. Sencillamente, porque el pueblo como tal no es, en la sociedad moderna, “un sujeto en grande que tiene necesidades, que trabaja, trafica y consume; y lo que se denomina ‘economía nacional’ [Volkswirthschaft] no es por lo tanto la economía de una nación en el verdadero sentido de la palabra” (Menger, 1996[1883], p. 24).

“National economy’ [‘Volkswirthschaft’] is not a phenomenon analogous to the singular economies in the nation to which also the economy of [public] finance belongs. It is not a large singular economy; just as little is it one opposed to or existing along with the singular economies in the nation (...) Thus the phenomena of "national economy" are by no means direct expressions of the life of a nation as such or direct results of an "economic nation” (pág.93).

Uno de los rasgos distintivos de la sociedad moderna, argumenta Menger, es el estar formada por un conjunto de economías atomizadas, autónomas, que intercambian sus productos entre sí dando lugar a la formación de complejos fenómenos sociales. A medida que el comercio vincula a los hombres en círculos cada vez más amplios, en la medida en que una división del trabajo cada vez más desarrollada vuelve interdependientes las economías de unos y otros, tiene sentido pensar en la formación de una “economía común” de proporciones cada vez más extensas entre ellos. Pero,

evidentemente, lo anterior no implica que en la sociedad moderna se formen “economías nacionales”, que puedan ser consideradas como el sujeto/objeto relevante de la ciencia<sup>61</sup>. De modo que la repetida acusación de “atomismo” que levanta la JEHA “sobre todo autor ocupado en los verdaderos problemas de la economía teórica” (pág.90), no es para Menger más que un lamentable prejuicio<sup>62</sup>. La teoría económica exacta no reduce su objeto de estudio a las economías de los individuos, sino que, partiendo de éstas como sus “elementos más simples”, tiene la difícil tarea el explicar la formación de complejos fenómenos sociales que son producto de la interacción de una miríada de voluntades aisladas. Este es para Menger el problema “más valioso” de la “ciencia teórica social” en general: el de dar cuenta del surgimiento de fenómenos de gran relevancia para la vida social moderna pero que son *inintencionados*, es decir, que no son resultado de una voluntad colectiva, de un “common will”, que se propone deliberadamente alcanzarlos (pág. 146). Entendida la tarea de la economía teórica en este sentido, incluso la metáfora “orgánica” puede ser válida.

“Thus, if we can speak at all of an "organic origin" of social structures, or, more correctly, of a part of these, this can merely refer to one circumstance. This is that some social phenomena are the results of a common will directed toward their establishment (agreement, positive legislation, etc.), while others are the unintended result of human efforts aimed at attaining essentially individual

---

<sup>61</sup> “To be sure, even here we cannot speak of national economy in the true, strict sense of the word. Such a sense would be present if (as e.g., in the planned institutions of many socialists) [the goal of the members of a nation] were really the greatest possible completeness in the economic situation of satisfaction of the needs of the nation thought of as a unit. It would be present if the nation in its totality (whether directly, or indirectly by means of its functionaries) were really the economic subject; and finally, if the goods available were actually at the disposal of the nation, *thought of as a unit* (pág.193).

<sup>62</sup> “A widespread objection to the exact solution of theoretical problems in the realm of social phenomena is derived from the circumstance that social structures, like natural organisms, are indivisible units; in respect to their parts they are higher units; their functions, however, are vital manifestations of the organic structures in their totality. Therefore the desire for an exact interpretation of their nature and their functions, the "atomistic" point of view in the theories of the organic world, means *a failure to recognize their unitary nature*” (p. 142).

goals (...). In the second case social phenomena come about as the unintended result of individual human efforts (pursuing individual interests) without a common will directed toward their establishment. Only this circumstance, recognized up to now only very imperfectly (...) gave occasion to designate the cause of the last mentioned social phenomena (resulting unintentionally) as "original," "natural," or even "organic" (1996[1883], pág.133).

De modo que la metáfora orgánica puede servir de recurso explicativo: al igual que el desarrollo de la fisonomía de los organismos vivos no es resultado de una voluntad que la moldea en determinada dirección, tampoco las dimensiones más importantes de la organización económica de la sociedad moderna son resultado de la dirección de una voluntad consciente, sino un producto "espontáneo" de la interrelación entre individuos autónomos que persiguen sus propios fines. Este es el sentido que Menger le da a la idea de un origen "orgánico" de ciertos fenómenos sociales<sup>63</sup>. Pero se ocupa de advertir sobre el riesgo de usar de forma irreflexiva la metáfora, asociándola a la nación y creando la imagen de que ésta funciona como un organismo económico que conforma el sujeto/objeto irreductible de la ciencia<sup>64</sup>.

La necesidad de aclarar lo que parecía ser un prejuicio elemental muy arraigado en la vida académica alemana era importante para Menger porque comprometía especialmente la función de la teoría económica "exacta". Si se concibe a la nación como una economía unitaria, se anula el problema de explicar las leyes generales que

---

<sup>63</sup> "The characteristic element in the socially teleological genesis of social phenomena is in the intention of society as such directed toward establishing these phenomena, under the circumstance that they are the intended result of the common will of society, thought of as an acting subject, or of its rulers. The social phenomena of "organic" origin, on the other hand, are characterized by the fact that they present themselves to us as the unintended result of individual efforts of members of society, i.e., of efforts in pursuit of individual interests" (p. 158).

<sup>64</sup> "But how foolish to want to simplify the science in contrast to the nature of things by an inadmissible fiction, to want to view a complex of economies as a large individual economy. How foolish to do this, instead of examining the real phenomena of human economy in their actual complication, i.e., instead of reducing them to their factors of individual economy and thus striving for understanding of them -an understanding which, to be sure, is not easy" (p.196).

gobiernan, como una fuerza ciega, aspectos centrales de la sociedad moderna, de una economía de individuos que toman sus decisiones económicas de manera no planificada entre sí.

“If national economy [Volkswirtschaft] was considered as a special unit differing from the singular phenomena of human economy [menschlichen Wirtschaft], one could easily draw the consequence that national features should be the exclusive object of scientific treatment in theoretical *national* economy, and that the *singular phenomena* of human economy should be excluded therefrom. Not the general nature of the phenomena of human economy, not their general relationships, were henceforth to be the object of research in the field of theoretical economics. Research on the phenomena of *national* economy seemed to be the sole task of theoretical economics from this point of view. Meanwhile research on the general nature and the general relationships of the singular phenomena of human economy was banned from the field of our science” (pág.92).

Menger se refiere en este y en otros pasajes a la “economía humana” (menschlichen Wirtschaft) (págs. 290 y ss.) como el objeto de la teoría económica. En tanto ciencia que se circunscribe a la dimensión “económica” del mundo social, la teoría económica concibe al hombre moderno y a su vínculo social en un sentido restringido y universal a la vez: restringido, porque deja de lado necesariamente aspectos de su vida que van más allá de su voluntad egoísta en el intercambio mercantil (por ejemplo, sus sentimientos de pertenencia a una cultura, nación o religión particulares); universal, porque, precisamente al concebirlo sin otro vínculo social general que su lazo mercantil, lo tiene en cuenta sólo en tanto parte del género humano.

De modo que el carácter de “cosmopolita” que el historicismo achaca a la economía política clásica no es para Menger sino una condición elemental de la actividad científica en el terreno de la teoría económica exacta. En todo caso, explica aquél, el estudio de la dimensión nacional de los fenómenos económicos es competencia de las “ciencias históricas” y “prácticas” de la economía. Las primeras tienen la función de describir la evolución de los fenómenos concretos de la economía, ubicándolos en su contexto temporal y espacial singulares; las segundas, buscan adaptar las verdades de las ciencias

teóricas e históricas a las condiciones económicas concretas de un momento y lugar determinados para dar al gobierno local la mejor estrategia práctica para alcanzar determinado objetivo económico. Pero no es éste el caso en el terreno de la teoría económica exacta. Ésta, en pos de formular sus leyes económicas generales debe, deliberadamente, hacer omisión de cualquier variable que esté por fuera del contexto por ella estrictamente demarcado. Y como la teoría económica exacta se atiene a la interacción social del hombre en tanto *homo economicus*; dado que su problema principal consiste en exponer las leyes heterónomas al individuo que surgen de su propia interacción social; no le compete a ella ninguna referencia espacial ni cultural particulares.

Retrospectivamente, podemos ver que esta condición de la teoría económica “exacta” o “pura” aparecía ya presupuesta en los *Principios de Economía* (1871) de Menger en un sentido bien determinado: no hay en este libro capítulo alguno dedicado al “comercio exterior”; es decir, nada hace suponer que el autor está trabajando durante los primeros capítulos de su obra sobre categorías económicas y leyes que rigen en el ámbito de una “economía interna” para, en un capítulo posterior, abrir una cuenta con el resto del mundo y pasar a estudiar cómo se modifican aquéllas en un contexto de intercambio entre naciones<sup>65</sup>. Interpretamos que esto es así porque, por lo ya expuesto, *el recorte nacional* como tal no tiene lugar en lo que Menger llama teoría económica “exacta”. Lo mismo puede decirse de los *Elementos de economía política pura* (1874) de Walras y, aunque tal vez de manera más ambigua, de la *Teoría de la economía política* (1871) de Jevons, obras que el propio Menger considera como “muy afines” a la propia.

En las *Investigaciones sobre el método* encontramos, sin embargo, cierta ambigüedad en relación a las anteriores consideraciones. La más notable posiblemente sea que Menger usa la expresión *theoretischen Nationalökonomie* o *theoretischen Volkswirtschaft* (teoría de la economía nacional o del pueblo) para referirse a la parte teórica de las ciencias

---

<sup>65</sup> Los *Principios* de Menger se dividen en los siguientes capítulos: 1) La teoría general del bien; 2) Economía y bienestar económico; 3) La teoría del valor; 4) La teoría del intercambio; 5) La teoría del precio; 6) Valor de uso y valor de cambio; 7) La teoría de la mercancía; 8) La teoría del dinero.

económicas (v.gr. pág. 281, en castellano; págs. 238, 239 en el original en alemán); y *Volkswirtschaft* (economía del pueblo) para referirse en general a su objeto de estudio. Dado que esta era la forma más habitual en los escritos de lengua germana para referirse al nombre de la ciencia y a su objeto de estudio, no es raro que el propio Menger las empleara también en el escrito inaugural de su polémica con los historicistas. Sin embargo, seis años más tarde, en sus *Elementos de una clasificación de las ciencias económicas* (1889), el autor no sólo usa decididamente el término “ciencias económicas” (*Wirtschaftswissenschaften*) para referirse al conjunto de las ciencias (a diferencia lo que sucede en las *Investigaciones*, donde el término aparece usado regularmente tan sólo en un apéndice). Menger introduce y usa repetidamente en los *Elementos* de 1889 el término *Wirtschaftstheorie* (“Teoría Económica”) para referirse a la parte teórica de las “ciencias económicas”<sup>66</sup>. Esta expresión, análoga en cierto modo a *Economics*, no había aparecido en las *Investigaciones* de 1883, sino que aparece posteriormente, luego de la polémica con Schmoller. Aunque Menger no lo anuncia de manera explícita, este cambio, puesto en el contexto de lo hasta acá desarrollado, puede interpretarse como el intento del autor de desprenderse también terminológicamente de la referencia a un recorte nacional en la parte teórica de la ciencia.

De acuerdo al ángulo desde el cual venimos trabajando el episodio del *Methodenstreit* en esta Tesis, la controversia se perfila como confrontación entre dos tendencias que se perciben cada vez más irreconciliables entre sí: por un lado, aquella representada por autores como Menger, Walras o Jevons, que intentan justificar la relevancia para el progreso de la ciencia de la teoría económica “pura”, cuyo desarrollo requiere hacer abstracción de cualquier referencia a la nación o al Estado como parte de su objeto de estudio; por el otro, la tendencia dentro de la cual se inscribe la JEHA, cuyos miembros objetan que tal pretensión no es más que una quimera, construcciones ideales que suponen un mundo inexistente, puramente económico, en el que se dejan a un lado los

---

<sup>66</sup> Ver, por ejemplo, en págs. 386, 395, 397, 399, 401, 417, 418 en la edición española; correspondiente a las págs. 2, 10, 12, 13, 15, 22, 27, 29, 30, en la edición original en alemán.



intereses contrapuestos de las distintas comunidades nacionales<sup>67</sup>.

En la próxima y última sección de la Tesis ampliaremos el horizonte temporal. La polarización entre doctrinas que representa el *Methodenstreit* se comprende mejor si ubicamos como antecedente importante de la misma la objeción que levantan hacia mediados del siglo XIX autores como Friedrich List (1789-1846) y Wilhelm Roscher (1817-1894) a la (por el primero denominada) “Economía Cosmopolítica”.

---

<sup>67</sup> Dedicamos el Anexo “La controversia implícita entre Menger y Knapp acerca de la naturaleza del dinero” a estudiar un caso particular en la que se presenta esta tensión.

## SECCIÓN V. ECONOMÍA COSMOPOLÍTICA Y ECONOMÍA NACIONAL

A Friedrich List se lo conoce en general como como el autor que introdujo en el discurso económico el argumento de la “industria naciente” para justificar la necesidad de políticas proteccionistas para la industria local (Brue, 2009, p. 198; Senghaas, 1991). Como hacen notar distintos historiadores del pensamiento económico, sin embargo, su doctrina se basa en la crítica del autor a la tradición que él mismo denominó “Economía Cosmopolítica” (Pradella, 2014; Tribe, 1988a). List usa esta expresión principalmente en su *Sistema Nacional de Economía Política* (1841) para resaltar una característica compartida de las obras de autores “clásicos” como Quesnay, Smith o Say. La premisa elemental que subyace en las obras de estos autores, constata List, consiste en que se omite en ellas la “idea de la nación” y se razona comúnmente bajo el supuesto de que todos los hombres del mundo forman una única sociedad comercial.

"Quesnay (...) fue el primero que extendió sus investigaciones a la raza humana como un todo, sin tomar en consideración la idea de la nación (...) Su demanda consistía en que debíamos imaginar que *los comerciantes de todas las naciones formaban una única república comercial*. Sin dudas Quesnay hablaba de economía cosmopolítica, i.e. de esa ciencia que enseña cómo la raza humana entera puede alcanzar prosperidad; en oposición a la economía política, o la ciencia que limita sus enseñanzas a la investigación de cómo una *nación determinada* puede obtener (bajo las condiciones existentes en el mundo) prosperidad, civilización, y poder... Adam Smith se preocupaba tan poco como Quesnay por la verdadera economía política, es decir, por la política que cada nación debía seguir para progresar en sus condiciones económicas" (List, 1841, p. 97).

A pesar del título de la obra de Smith, “La riqueza de las Naciones”, la misma representaba a los ojos de List “un mero tratado sobre cómo sería la economía de los individuos y de la humanidad, si la raza humana no estuviera separada en naciones, sino unida por una ley general y por una idéntica cultura humana” (citado en Tribe, 1988, p.28). Esta constatación aparece a lo largo del Libro II del *Sistema Nacional* (“La teoría”), en el que List insiste una y otra vez contra la irrealidad de aquella suposición. “La Escuela

[de Smith] ha omitido la naturaleza de las nacionalidades y sus intereses y condiciones particulares... *ha asumido como realmente existente un estado de cosas que aún no ha llegado a existir*" (List, 1841, p.102).

"Este sistema [el de Smith y Say] toma en consideración sólo individuos que están en libre e irrestricta interrelación entre sí, y que están satisfechos si se deja a cada cual perseguir sus propios intereses privados, conformes a sus inclinaciones naturales. Este no es evidentemente un sistema de economía nacional, sino un sistema de economías privadas de toda la raza humana, tal como se constituiría si no hubiera interferencias por parte de ningún gobierno, si no hubiera guerras, si no hubiera hostiles tarifas restrictivas entre países" (p.138).

Para List esta ficción sobre la cual se erigían los razonamientos de la "Escuela popular" - como denominaba al grupo de autores mencionados- daba lugar a una importante ambigüedad en relación al nombre de la ciencia: la economía política de raigambre *smithiana* suponía un sistema económico formado por individuos despojados de toda relación de pertenencia comunitaria entre sí y, a raíz de ello, razonaba sus recomendaciones políticas dejando siempre a un lado los "intereses de la comunidad", "infinitamente diferentes de los intereses privados de todos los individuos de la nación" (p.139). Era necesario distinguir entonces entre esta "Economía Cosmopolítica" y la "verdadera economía política o nacional", la ciencia que investiga cómo cada nación en particular puede alcanzar los medios para su propio desarrollo teniendo en cuenta las relaciones existentes de dominación y poder entre naciones.

"Si queremos ser fieles a las leyes de la lógica y la naturaleza de las cosas, debemos oponer la economía de los individuos a la economía de las sociedades, y discriminar dentro de ésta entre la verdadera economía política o nacional (que, emanando de la idea y naturaleza de la nación, enseña cómo una *nación* determinada, en el estado actual del mundo y con sus relaciones nacionales específicas, puede mantener y mejorar su situación económica) y la economía cosmopolítica, que se origina en la suposición de que todas las naciones de la tierra forman una sola sociedad que vive en un estado de paz perpetuo" (p.99).

No nos detendremos especialmente en los argumentos de List sino para reconstruir este punto de su crítica que, con variantes, constituye uno de los elementos compartidos a lo largo de toda la tradición de la Escuela histórica alemana de economistas. En las páginas que siguen nos ocuparemos principalmente de reelaborar desde una perspectiva propia el espíritu de la ciencia que List denominó *Economía Cosmopolítica*. Hacemos propia la expresión de List porque resalta la impronta universalista de la economía política cultivada en el marco de la Ilustración dieciochesca. Sin embargo, como se verá en las próximas páginas, desarrollamos el sentido de aquella expresión de un modo distinto al que le confiere el propio List. Con la ventaja retrospectiva de más de un siglo y medio desde publicado el *Sistema Nacional*, nos valdremos de la distinción analítica “Economía Cosmopolítica” y “Economía Nacional” para diferenciar entre el anhelo universalista inseparablemente asociado a teoría económica que se cultiva en distintos autores “clásicos”, en cuanto teoría económica del sistema capitalista como un todo (i.e. del sistema económico de conjunto), del intento de los “padres” de la Escuela histórica alemana de economistas por acotar el objeto de estudio de la ciencia a un “sistema nacional”.

## CAPÍTULO 9. LA ECONOMÍA COSMOPOLÍTICA

"De por sí la mercancía está por encima de cualquier barrera religiosa, política, nacional y lingüística. Su lengua general es el precio, y su comunidad es el dinero" (Marx, 1859).

Una de las dimensiones más destacadas de la formación de la economía política como ciencia moderna consistió en el progresivo descubrimiento del carácter universal de su objeto de estudio. Conforme la expansión del comercio conecta al mundo en un solo mercado mundial, comienza a desarrollarse desde la baja edad media en adelante un tipo de pensamiento que al razonar sobre los fenómenos económicos los concibe gobernados por fuerzas impersonales análogas a las del mundo de la Naturaleza. Screpanti y Zamagni (2005, p.31) fijan como pregunta inaugural del pensamiento económico moderno aquella que se hace Jean Buridan en el siglo XIV acerca de los motivos que explican el movimiento *autónomo* de los precios en el mercado. Si Tomás de Aquino había intentado contestar cuál era el "precio justo" en los intercambios mercantiles, Buridan inaugura una nueva época al preguntarse acerca de las fuerzas seculares que determinan las proporciones de cambio *naturales* entre mercancías del más variado tipo (Levín, Piqué y Cazenave, 2018, p.6).

La pregunta de Buridan -largamente madurada hasta volverse un pilar central de la economía política de los siglos XVIII y XIX- no sólo representa un modo de razonar que emancipa a los fenómenos económicos del mundo celestial, sino que los independiza también de los poderes políticos terrenales. La comprobación cotidiana de que en las plazas locales las alzas y bajas de los precios no acataban las órdenes de los príncipes más poderosos, justificaría la creciente necesidad por delimitar las fronteras de un mundo específicamente "económico", autónomo del mundo "político" (Maifreda, 2012). Un capítulo destacado de esta historia es el que protagonizan un sinnúmero de autores que, preocupados por los efectos de las prácticas de devaluación de la moneda por parte de los príncipes, comprueban que estos pueden acuñar moneda, estampándole su sello particular a una pieza de oro o plata al interior del reino, pero que no logran controlar ni

su valor ni las cantidades del metal circulante. Las denominaciones locales de los metales preciosos, decididas arbitrariamente por cada príncipe, se distinguían de la “sustancia” del dinero que burlaba la voluntad del monarca más poderoso<sup>68</sup>.

En función de este tipo de experiencias acerca del carácter autónomo y ecuménico de los fenómenos económicos, empieza a cobrar entidad, más destacadamente desde fines del Renacimiento, la imagen del mercado como sistema mecánico universal gobernado por leyes de equilibrio. De igual modo que las ciencias de la naturaleza expandían sus conocimientos sin restringir arbitrariamente las leyes de su objeto de estudio a una dimensión local determinada, el desarrollo de un pensamiento coherente en el terreno de los fenómenos económicos merecía un abordaje similar. Así como no tenía sentido pensar en leyes físicas “británicas” o en una química “francesa”, tampoco la comprensión de los mecanismos reguladores de los fenómenos económicos podía acotarse a un plano local. “En cuanto al comercio -aseguraba Dudley North al tratar de explicar el nivel “natural” de la tasa de interés-, una nación en el mundo es, en todos los aspectos, como una ciudad en un reino o una familia en una ciudad” (North, 1907[1691], p. 26).

Un representante temprano de esta mentalidad fue Germiniano Montanari, quien en 1680 –unos pocos años antes de que Newton publicara los *Principia*- formula su famosa “Ley de precio único” para mercancías homogéneas usando la metáfora hidráulica de los vasos comunicantes<sup>69</sup>. En sintonía con el ideal científico newtoniano-mecanicista del siglo XVIII,

---

<sup>68</sup> “En efecto, forma parte de la libertad de los príncipes hacer lo que quieran con las cosas que están en su poder; pero como el dinero, el cual es gastado continuamente aquí y allá, pertenece al mundo, no tienen los príncipes ninguna autoridad especial sobre él: es decir, no pueden obligarlo a irse o a quedarse según su voluntad. Luego, el dinero es como las aves a las que ningún príncipe puede ordenar que se vayan o permanezcan en su ciudad, estado o reino, ya que van a vivir allí donde encuentran los mejores lugares para alimentarse.” (Prastisuoli, 1604, tomado de Maifreda, 2012).

La distinción entre el valor “nominal” y “real” del dinero se encuentra en Montanari, North o Locke en el siglo XVII. La misma se remonta incluso hasta Oresme en el siglo XIV.

<sup>69</sup> “Recuerdo haber recurrido con frecuencia -de manera útil desde el punto de vista de la claridad- al hablar de ese tipo de asuntos a una comparación con los cuerpos líquidos, pues me pareció que

ganaría cada vez mayor fuerza la imagen del sistema económico como un todo interactivo de partes articuladas entre sí a través de leyes de equilibrio tan universales como el intercambio mercantil mismo (Levín, 1997, 2010; Maifreda, 2012). Galiani (1751), por ejemplo, asegura que nada corresponde con tanta exactitud a las leyes de la gravedad y los fluidos como las leyes del comercio (p.37), y dedica buena parte de su obra a encontrar el centro gravitatorio hacia el cual tiende la relación de cambio entre mercancías. De modo análogo, Hume (1752) razona al sistema económico como un sistema mecánico de equilibrio en el que las cantidades de metales preciosos fluyen de unas naciones a otras hasta encontrar su “nivel natural” (Cazenave, 2020, p. 77; Hume, 2007, pp. 62–66). Por su parte Smith, con su distinción entre el “precio natural” y el “precio de mercado” de las mercancías, el primero como centro de equilibrio estable alrededor del cual orbita el segundo, termina de darle a la economía política un estatus científico acorde al ideal de ciencia prevaleciente en los siglos XVII y XVIII.

Retrospectivamente, podemos ver que la necesidad de la economía política de razonar al sistema económico como un sistema mecánico universal, gobernado por leyes autónomas de equilibrio, tiene su fundamento en los rasgos históricos específicos de la sociedad capitalista que conforma su objeto de estudio. Las notas distintivas de la moderna sociedad del *homo mercator*<sup>70</sup>, aquellas que la diferencian de formas previas de producción social, pueden resumirse en el carácter *impersonal y universal* del vínculo productivo

---

los precios de los bienes en el mundo encuentran un nivel entre ellos a través del comercio de manera no muy diferente a como lo hacen las aguas: cualquiera que sea la agitación que sufren, al final se nivelan y se aplanan; y el mar mismo no puede tener sus olas más altas en el Adriático que en el Tirreno, o en el Mar Negro o en el Océano mismo, si no cuando sus corrientes interrumpidas o los movimientos de su flujo y reflujo y las diversas situaciones de sus profundidades provocan una variación de unos pocos pies en alguna remota vertiente (...); de modo que sus aguas, al igual que las mercancías, tienen su comunicación perpetua en todo el universo, de tal manera que su propio peso les obliga a nivelarse a igual distancia del centro al que tienden” (Montanari, 1680, cita tomada de Maifreda, 2012, p.140).

<sup>70</sup> Pablo Levin (1997) usa la expresión “homo mercator” en lugar de “homo economicus” para destacar la especificidad histórica (mercantil) del hombre que se comporta de acuerdo a los supuestos de la Cataláctica mercantil.

específico que entablan sus miembros. El vínculo mercantil tiene la novedosa característica de ser impersonal o indirecto: exceptuando el círculo reducido de familiares y amigos, explica Smith, el mundo mercantil es un mundo de extraños, de hombres que producen recíprocamente los unos para los otros sin siquiera conocerse (Levín & Cazenave, 2017). Cada individuo cuenta para el resto tan sólo como poseedor de determinada mercancía y, como condición general, no obtendrá favor alguno de sus congéneres sino mediante una contraprestación recíproca<sup>71</sup>. A diferencia de las relaciones productivas directas y jerárquicamente planificadas del mundo pre mercantil, no interesan en la sociedad mercantil los atributos personales ni títulos de nobleza de vendedores y compradores sino tan solo la calidad y cuantía del producto que se ofrecen los unos a los otros<sup>72</sup>.

El mundo premercantil es un mundo de diversas y dispersas comunidades locales, aisladas entre sí, al interior de cada una de las cuales el hombre posee un vínculo productivo orgánico y estable con el resto de sus miembros. En decisivo contraste, el *homo mercator* es un “exiliado social permanente” (Levín, 1997), en tanto su vínculo productivo es efímero: ningún productor tiene garantizada su credencial de pertenencia en la sociedad de la mercancía sino que debe renovarla permanentemente en el mercado (Levín, 2005). Sin embargo, no es a pesar sino en función de este nexo impersonal, egoísta

---

<sup>71</sup> “En una sociedad civilizada necesita [el hombre] a cada instante la cooperación y asistencia de la multitud, en tanto que su vida entera apenas le basta para conquistar la amistad de contadas personas. (...) Dame lo que necesito y tendrás lo que deseas, es el sentido de cualquier clase de oferta, y así obtenemos de los demás la mayor parte de los servicios que necesitamos.” (Smith, 1776, p. 16/17).

<sup>72</sup> Marx sintetizará esta particularidad del vínculo mercantil en su obra magna: “Aquí, las personas sólo existen unas para otras como representantes de la mercancía, y por ende como poseedores de mercancías (...) Para que esta enajenación sea recíproca, los hombres no necesitan más que enfrentarse implícitamente como propietarios privados de esas cosas enajenables, enfrentándose, precisamente por eso, como personas independientes entre sí. Tal relación de ajenidad recíproca, sin embargo, no existe para los miembros de una entidad comunitaria de origen natural, ya tenga la forma de una familia patriarcal, de una comunidad índica antigua, de un estado inca, etc.” (Marx, 1867, pp. 103-104).



y evanescente, que los hombres entablan por primera vez en su historia un vínculo productivo de escala global que prometió fundir los particularismos culturales de las comunidades antiguas uniéndolas en una sola; y sobre el cual la Ilustración burguesa posó sus promesas de libertad, igualdad y fraternidad humana.

“La premisa histórica propia de la EP [economía política] es la sociedad fragmentada hasta su elemento extremo irreductible: el homo mercator individual. Los individuos de esta especie histórica son personas jurídicas que no poseen otro nexo social general que el que entablan biunívocamente en el mercado (...) La sociedad se compone de una miríada de individuos mercantiles que mantienen entre sí esta conexión impersonal, evanescente, azarosa, y lábil. Y este nexo fantasmal, sin embargo, ha cimentado por primera vez en la evolución humana una sociedad única y universal en la que tienden a fundirse los particularismos culturales” (Levin, 2010, p.253).

Es evidente que lo dicho hasta acá no implica que los grandes autores liberales del período de la Ilustración que más contribuyeron a la formación de la economía política como ciencia moderna -como es el caso de Quesnay o Smith- no tuvieran interés en las dimensiones locales de los fenómenos económicos. Sería difícil encontrar uno solo que no dedique algún capítulo de su obra a analizar problemas puntuales como la situación de la clase trabajadora en su ciudad o a los males y virtudes del sistema impositivo vigente en su nación. Sería difícil también dar con alguno que no tuviera como principal impulso al escribir el de dar recomendaciones políticas. Sin embargo, para brindar una guía política *moderna*, en el sentido que la Ilustración burguesa procuró darle al término, resultaba cada vez más evidente para aquellos autores la necesidad de comprender los fenómenos económicos locales como parte de un sistema gobernado por principios y leyes universales. Las verdades económicas que podían tener sentido al recortar el objeto de estudio arbitrariamente a una ciudad, nación o mercado particular perdían vigencia

una vez que se alzaba la mirada y se comprendía al ámbito particular como parte del sistema económico como un todo<sup>73</sup>.

El sentido del espíritu “cosmopolítico” de la economía política ilustrada se aclara aún más al comprobar que los estudios económicos de autores como Quesnay, Hume o Smith forman parte de proyectos filosóficos más comprehensivos, como parte de los cuales se cultiva la moderna “ciencia de la sociedad civil”<sup>74</sup>. La Escuela fisiócrata anticipa el proyecto de Smith no sólo porque brinda una de las primeras imágenes modernas del sistema económico como un cuerpo integrado (Screpanti y Zamagni, 2005); lo hace también en el sentido de que sus investigaciones económicas son parte del anhelo de encontrar el fundamento *natural* para el buen orden político. Es en este sentido que Pierre Du Pont (1739-1817), el primero en acuñar el término “Fisiocracia”, compendió los trabajos de Quesnay bajo el título: *Fisiocracia, o la constitución natural del gobierno más ventajoso para el género humano*. De modo similar “la Economía Política de Smith”, explica Levín (2000), “pertenece a la Jurisprudencia (de hecho, a la Jurisprudencia natural), y esta conexión interna tiene la misión de descubrir y explicar la base natural de la Constitución política de una sociedad “bien gobernada”, lo cual quiere decir, una sociedad gobernada por leyes conformes a la naturaleza” (Levín, 2000, p.3).

Es decir, Smith concibe su *Riqueza de las Naciones* no como una obra unilateralmente “económica” sino como parte de la “ciencia del legislador”, la cual tiene como propósito establecer “los principios generales de legislación y gobierno” que “deben atravesar y constituir los fundamentos de las leyes de todas las naciones” (citado en Griswold, 1999,

---

<sup>73</sup> En este sentido, fue una proeza de Hume la de razonar con la teoría cuantitativa de la moneda en contra de las recomendaciones políticas de aquellos que la habían formulado en siglos previos (Cazenave, 2020). Extendida aquélla al sistema económico de conjunto (al “mercado mundial”) se volvía evidente la estrechez de las doctrinas mercantilistas.

<sup>74</sup> “In those 17<sup>th</sup> and 18<sup>th</sup> centuries the articulation between PE and philosophy was still an active intellectual mission of the former: the economic concepts displayed themselves in a philosophic medium, and even the grand philosophy found inspiration in that authentically modern science that took modern civil society as its subject-matter” (Levín, 2000, p. 6).

pág. 34)<sup>75</sup>. En este sentido su proyecto de Jurisprudencia, dentro del cual se inscribe su obra económica, no se reduce al ejercicio de dar recomendaciones prácticas al gobierno local en relación a sus problemas inmediatos, sino al programa mucho más ambicioso de formular aquellos principios generales que deben guiar las deliberaciones del legislador moderno *en cualquier nación del mundo civilizado*<sup>76</sup>.

Sin dudas el espíritu cosmopolita de la Ilustración escocesa y francesa dieciochesca expandió su radio a gran parte del continente europeo. La confianza en que la historia era una marcha paulatina hacia la realización más plena de la naturaleza/condición humana, de que a través del poder de la razón el hombre podría acceder a los principios que operan dicho desenvolvimiento y guiar así al legislador en la producción de instituciones políticas modernas, tuvo entre sus más altos representantes al filósofo prusiano Immanuel Kant<sup>77</sup> (Solomon, 1983). Sin embargo, esta aspiración no prende del mismo modo en toda Europa y comienza a encontrar decidida resistencia a comienzos del siglo xix en el movimiento intelectual que luego la literatura denominaría “el historicismo alemán” (Beiser, 2011; Betz, 1988; Iggers, 1983), del cual la Escuela histórica alemana de economistas será una de sus ramificaciones.

---

<sup>75</sup> Para un tratamiento profundo sobre el sentido de la relación entre la economía política de Smith y su proyecto filosófico, ver Piqué (2017), Capítulo III.

<sup>76</sup> En *La Riqueza de las Naciones*, Smith distingue esta aspiración de la “habilidad de ese insidioso y astuto animal, vulgarmente llamado estadista o político, cuyos consejos están dirigidos por las fluctuaciones momentáneas de los asuntos” (Smith, 1776, pág. 468).

<sup>77</sup> e.g. Kant, *Idea para una historia universal en clave cosmopolita*, 1784.

## CAPÍTULO 10. CONTEXTO HISTÓRICO E INTELECTUAL DEL SURGIMIENTO DEL HISTORICISMO ALEMÁN.

“The so-called *best form of government*, which unfortunately has not been discovered yet, will certainly not suit all peoples at once, in the same manner” (Herder, Letters towards the advancement of Humanity, 1793-7)

Iggers (1983), Betz (1988) y Beiser (2011) usan el rótulo “historicismo alemán” en términos generales para referirse al movimiento intelectual que, nacido en el contexto histórico y político particular que comentaremos en breve, buscó a lo largo del siglo XIX desprenderse de determinados patrones del pensamiento ilustrado<sup>78</sup>. En particular, explica Beiser (2011), el Historicismo representó el rechazo a la apuesta del Siglo de las Luces por descubrir principios que ofrecieran un “patrón de medida” universal con el cual evaluar el carácter moderno de las instituciones políticas en cualquier rincón del mundo. Iggers (1983), por su parte, destaca que “lo que distinguió este nuevo proyecto de los principales patrones de pensamiento de la Ilustración fue su rechazo a una visión mecanicista del mundo; su creencia de que la historia, lejos de ser una colección de abusos y supersticiones, era en sí misma la clave para la comprensión del hombre como un ser social y político” (Iggers, 1983, p.33). Betz (1988) agrega que lo que definió al Historicismo como movimiento intelectual fue, en definitiva, su ruptura en relación a la confianza de los siglos XVII y XVIII en la uniformidad de la naturaleza humana. Esta premisa ilustrada “fue desafiada por una nueva perspectiva que resaltaba la investigación y análisis de los caracteres únicos de diferentes culturas, naciones, y sociedades, tal como lo revelaban sus propios procesos de desarrollo” (Betz, 1988, p. 412).

---

<sup>78</sup> En general la literatura especializada destaca entre los más importantes representantes del historicismo alemán al jurista Friedrich Carl Savigny, al historiador Leopold von Ranke y a los filósofos Windelband, Dilthey y Rickert. Algunos ubican también a Herder y a Humboldt como parte de los orígenes de este movimiento intelectual.

El contexto histórico y político en el que cobra sentido el auge del nuevo movimiento intelectual es el desencanto que produjo en Alemania el desenlace de la Revolución Francesa, especialmente a partir del avance de las tropas napoleónicas sobre Europa a comienzos del siglo XIX:

"...the most important factor in the transition from an Enlightenment to an historicist outlook was doubtless the impact of political events upon the German intellect between 1792 and 1815. The educated German public, with few exceptions, had hailed the French Revolution. The tremendous disappointment which had set in Germany after the revolution reached its terroristic phase, led to a widespread re-examination of natural law doctrine. The reaction against the ideology of the revolution was intensified by the Napoleonic domination of Germany. This strengthened national feeling, and in the public mind identified Enlightenment values with a hated French culture"<sup>79</sup> (Iggers, 1983, p.40).

Cuando Napoleón invade Alemania en 1806, ésta no era todavía Alemania sino un conjunto de estados y principados, gran parte de los cuales contaba con sistemas políticos todavía medioevales<sup>80</sup>. Por este motivo, filósofos de la talla de Hegel o Goethe recibieron a Napoleón no como a un conquistador sino como a un libertador, entusiasmados con el moderno Código Civil que aquél instauraba sobre la Confederación del Rin (1806-1813)<sup>81</sup>. Sin embargo, no era éste el espíritu mayoritario entre los intelectuales alemanes,

---

<sup>79</sup> Para dar una dimensión del impacto, Iggers resalta el viraje que sufre Humboldt, que pasa de expresar su adhesión más profunda a los ideales cosmopolitas/humanistas durante las primeras fases de la Revolución Francesa, a escribir, pasadas las "Guerras de Liberación", en 1817: "There are only two good and benevolent forces in this world, God and the nation (Volk). Everything in between is useless and we are of use only to the degree that we are close to the nation." (citado en Iggers, 1983, pág. 54).

<sup>80</sup> "Germany was not yet Germany, it was 234 fragmented petty states and principalities, many of them still medieval in their temperament if "enlightened" in their pretensions. They considered themselves part of the "East", a synonym for "backward" through most of the "West". They were ruled by small-minded tyrants of varying degrees of incompetence, and they were still devastated, both morally and economically, from the Thirty Years War, which had ended more than 150 years earlier" (Solomon, 1985, p. 36).

<sup>81</sup> Ver Solomon, 1985, p.33 y ss.

“crecientemente obsesionados con la idea del ‘espíritu del pueblo’ y de una cultura distintivamente alemana” (Solomon, 1985, p.47). Buena parte veía la marcha de las tropas napoleónicas sobre Europa no como el avance de la civilización y la modernidad sino como la imposición de una cultura foránea sobre una frágil identidad “alemana”. Para muchos las proclamas cosmopolitas de la Ilustración “olían” a cultura francesa, a una amenaza frente a la necesidad de forjar una identidad propia<sup>82</sup>. Esta “búsqueda de identidad” (Solomon, 1985, p.39), de pertenencia comunitaria, no encontraba satisfacción en el desiderátum de la Ilustración por concebir un Estado moderno ideal, connatural a la condición humana.

“La actitud cosmopolita de la Ilustración podía atraer a los franceses, cuya identidad nacional no estaba en cuestión, pero era exactamente contraria a la creciente aspiración de la gran mayoría de alemanes, para quienes la unidad de la humanidad era una preocupación secundaria” (Solomon, 1985, p.49).

La necesidad de construir dicha identidad común fue una de las razones centrales del énfasis que comienzan a poner intelectuales alemanes de distintos campos en el carácter único de cada pueblo y en el estudio pretérito de sus instituciones políticas y sus rasgos culturales particulares como condición de científicidad en las ciencias humanas (Solomon, 1985, p.42).

El primer autor que usó el término “Escuela Histórica” (del derecho) fue Friedrich Carl Savigny (1779–1861), profesor de Jurisprudencia de la Universidad de Berlín<sup>83</sup>. El mismo año que Napoleón era derrotado en Waterloo (1815), Savigny redactaba junto a un grupo de colegas juristas una suerte de manifiesto inaugural de la Escuela Histórica, en el cual usaban esta expresión con la intención de distinguirse de lo que entendían como una perspectiva “ahistórica” o “filosófica” del derecho, a la cual veían encarnada principalmente en la figura de Hegel. La necesidad de este filósofo por conceptualizar al

---

<sup>82</sup> “El peligro de la Revolución Francesa residía menos en la fuerza de las armas francesas que en la difusión de doctrinas de validez aparentemente universal” (Iggers, p.73).

<sup>83</sup> Por este motivo, Beiser pone este año como el de “comienzo oficial” de la “Escuela histórica”.

“Estado moderno” como figura no acotada a ningún estado empírico particular, se les revelaba a Savigny y a su grupo como una mera abstracción, vacía de sentido histórico, construida sobre la base de la ficción del hombre como un ser despojado de toda cultura particular y, por tanto, inaceptable. La condición misma de una Jurisprudencia que pudiera reclamar estatus “científico”, argumentaba Savigny, consistía en independizarla de las especulaciones filosóficas acerca de la naturaleza del Estado en general (Beiser, 2011, p.267). El programa de la Escuela Histórica del derecho apuntaba en otra dirección: la Jurisprudencia debía convertirse en una ciencia *histórica*. Por esto se entendía una ciencia dedicada al estudio de la evolución pretérita de la legislación de cada pueblo particular, tal como la misma se había desarrollado a lo largo del tiempo.

El segundo de los intelectuales más influyentes en la tradición del Historicismo alemán durante el siglo XIX fue Leopold von Ranke (1795-1886). Ranke sería considerado a comienzos del siglo XX por muchos historiadores como el padre de la Historia en tanto disciplina científica moderna, en parte por sus esfuerzos por independizar la profesión del historiador del radio de la Filosofía (Beiser, 2011, p. 297 y ss.). De igual modo que Savigny, Ranke hacía explícito también su rechazo a las doctrinas contractualistas que concebían al Estado como resultado de un contrato social racional entablado por individuos sin lazos preexistentes a una comunidad particular. Se trataba para el autor de una mera ficción idealista que no tenía fundamento histórico y que, como tal, era necesario abandonar (Iggers, 1983). Sólo el estudio de la historia particular de los distintos pueblos podía revelar el mundo social tal cual era, en contraposición a los abstractos y universales principios ilustrados (Beiser, 2011).

Este programa aparentemente “positivista” tenía sin embargo como trasfondo el tipo de metafísica que envuelve a los fundadores de la tradición del historicismo alemán: la idea de que el conjunto de instituciones que organizan la vida social a lo largo de la historia no es sino la manifestación del *Volksgeist* (“espíritu del pueblo”). Al igual que el lenguaje particular de cada pueblo, la legislación e instituciones políticas son concebidos por Savigny y Ranke como producto del carácter *único* de esta entidad, difícil de definir, pero

que sin embargo “se manifiesta” en las expresiones culturales particulares de cada nación<sup>84</sup>.

“Él [Ranke] creía que las instituciones sociales y la historia de una nación son realizaciones de su espíritu específico, es decir, de su *Volksgeist* (...) Cada nación es una unidad orgánica, dotada de un espíritu único -el *Volksgeist*- que se revela durante el desarrollo histórico del pueblo. La esencia de una nación o su *Volksgeist* se origina en las emanaciones culturales y políticas de un pueblo. El Estado en sí mismo es una emanación del *Volksgeist* y por lo tanto una experiencia histórica única de un pueblo” (Milford, 1992, p. 164).

Si bien a fines del siglo XVIII Herder concebía a los pueblos como organismos con personalidad propia, los comprendía todavía como contribuyentes a la formación de una cultura humana universal (Iggers, 1983, p.29 y ss). Es durante los años posteriores a las “guerras de liberación” contra Napoleón cuando comienza a exacerbarse en el mundo de la cultura alemana la opinión acerca del carácter inconmensurable de los valores únicos y esenciales de las naciones. “Empezando por Ranke, los historiadores de la tradición alemana enfatizan la intransferibilidad de las instituciones políticas. Alemania tiene poco que aprender de Francia; más bien debe esforzarse por desarrollar instituciones plenamente adecuadas a sus propias tradiciones. Cada estado es único, encarnando un espíritu y una ética particulares e inimitables” (Iggers, 1983, p.9).

El contexto histórico e intelectual comentado hasta aquí permite darle sentido a la influencia que ejercieron en Alemania hacia mediados del siglo XIX Friedrich List y Wilhelm Roscher. Si bien el *Sistema Nacional de Economía Política* de List tuvo notoria influencia entre los profesores alemanes de la época, éste era más bien un “outsider” del mundo académico y su obra era considerada en aquél entonces más como un manifiesto político que como una obra de teoría económica (Tribe, 1988b, p. 38). No era este el caso de Roscher, un reconocido profesor universitario cuyos *Grundlagen der National Ökonomie*

---

<sup>84</sup> Iggers reconstruye el espíritu del programa de estos autores del siguiente modo: “En el ámbito del derecho, esto significa que no hay ninguna ley abstracta, filosófica, ninguna ley de la naturaleza que pueda codificarse; en cambio, toda ley está inseparablemente entrelazada con el desarrollo histórico total de un pueblo” (Iggers, 1983, p. 66).



(1854, en adelante, *Grundlagen*) constituirían uno de los textos de referencia por excelencia en las universidades alemanas durante décadas (E. W. Streissler, 1990, p. 34)<sup>85</sup>. Dedicaremos el próximo capítulo a la faceta de esta obra que atañe al problema sobre los límites del objeto de estudio de la economía política.

---

<sup>85</sup> Es necesario hacer una breve aclaración en relación a la traducción al inglés de esta obra cuya Introducción reseñaremos brevemente en las próximas páginas (“Principles of Political Economy”, 1878). Para referirse al nombre de la ciencia, Roscher usa en general a lo largo del texto el término alemán “Nationalökonomik” (“ciencia de la economía nacional”) o “Volkswirtschaftslehre” (estudios de la economía del pueblo). En la traducción al inglés, los mismos se traducen como “Political economy”. Sin embargo, dado que el propio Roscher, como veremos más adelante, reniega del término “Political economy”, preferimos dejar en las citas el término en alemán. Algo similar sucede con las referencias de Roscher al objeto de estudio de la ciencia, en las que el autor usa en general el término alemán “Volkswirtschaft” (economía del pueblo o nacional). Sin embargo, el traductor al inglés traduce esta expresión generalmente como “public economy”, lo cual genera cierta ambigüedad porque podría confundirse con lo que hoy se entiende por “finanzas públicas” y, como se verá, no era esa la intención del autor. Por lo tanto, en las partes de la obra que citamos a continuación reemplazamos allí donde Roscher escribe “Volkswirtschaft” por “national economy”.

## CAPÍTULO 11. WILHELM ROSCHER, PADRE DE LA ESCUELA HISTÓRICA ALEMANA DE ECONOMISTAS

Tal era el prestigio e influencia de Roscher en la academia alemana entre las décadas de 1860 y 1870 que el mismo Menger le dedica sus *Principios de Economía* en 1871. Como ya mencionamos anteriormente, Menger entendía que su “teoría subjetiva del valor” representaba en cierta medida una continuación del trabajo de una serie de economistas alemanes previos, entre cuyos “méritos” estaba el de haberse resistido a aceptar los términos de la “teoría objetiva” del “valor-trabajo”<sup>86</sup>. Roscher mismo, sin embargo, no presenta en sus *Grundlagen*, un desarrollo original o sistemático (comparado con otros economistas de la época) en cuanto a una teoría general de la formación de los precios de las mercancías. Se trata más bien de un autor sincrético en este terreno. La parte de su obra dedicada al tema (Libro II, cap.2) reproduce superficialmente un patrón común entre economistas alemanes (p.ej. Rau, Hermann) que, a diferencia de los intentos posteriores de autores como Walras, Jevons o Menger por exponer una teoría *general* del intercambio social, se abocaban a explicar la determinación del precio de cada mercancía particular como resultado de la interacción entre su oferta (determinada por sus “costos de producción” normales) y su demanda (Streissler, 1990, p.47 y ss.).

Este tipo de abordaje, antecedente del “equilibrio parcial” marshalliano<sup>87</sup>, no es por tanto lo que distingue especialmente a Roscher de otros economistas de la época. Lo que vuelve a sus *Grundlagen* una pieza particular en la historia del pensamiento económico es su

---

<sup>86</sup> “Puramente inglesa”, sentenciaba Roscher en una de las tantas reediciones de sus *Grundlagen*, “es la noción de que el equilibrio de los precios depende del hecho de que todos los bienes tienen el mismo valor que han costado en términos de trabajo” (citado en Streissler, 1990, p. 47). Para un trabajo que profundiza en este punto ver Streissler, “The influence of German Economics on the work of Menger and Marshall” (1990).

<sup>87</sup> Streissler (1990) comprueba que no sólo el razonamiento del equilibrio parcial de Marshall sino también la estructura misma de sus *Principios* está directamente influenciados por la tradición de economistas alemanes que va desde Rau hasta Roscher.

intento de llevar a cabo en la economía política un movimiento similar al que Savigny y Ranke habían procurado en sus respectivos terrenos (Betz, 1988; Milford, 1992)<sup>88</sup>.

A Roscher se lo conoce como el fundador de la Escuela histórica de economistas porque, influido por aquellos dos autores, plantea que también en la *Nationalökonomik* es necesario distinguir entre distintos “métodos” que se suelen aplicar al desarrollo de la ciencia. En el Capítulo III de la Introducción de los *Grundlagen*, intenta distinguir entre a los métodos “matemático” e “idealista” y el “método histórico”. El método matemático, explica, cumple cierta función en la ciencia cuando se trata de la exposición de determinadas leyes que hacen a su “parte general” (1878, p. 102). Pone como ejemplo a la ley que explica cómo se fija el precio de una mercancía a través de la interacción entre sus oferentes y demandantes. “En efecto, dondequiera que se trata de magnitudes y relaciones de magnitudes entre sí, debe ser posible someterlas a cálculo” (p. 103). Aquí, sigue Roscher, la ciencia “se encuentra repleta de abstracciones”, como en el caso de la suposición de que el hombre es un ser egoísta que actúa sólo motivado por su propio interés. Sin embargo, argumenta el autor, este tipo de abordaje, propio de una etapa “en las labores preparatorias de los economistas políticos” (p. 105), pierde su sentido en cuanto se trata de avanzar en la comprensión de los fenómenos “más complejos” de la ciencia:

“It would be much more in harmony with the intellectual tendencies of the time, to adopt a mathematical mode of treatment in *Nationalökonomik*, involving, as such a mode of treatment does, not the matter of the science, but only a formal principle. [The general part of] *Nationalökonomik* has, it must be acknowledged, much that is analogous to the mathematical sciences. Like the latter, it swarms with abstractions (...) It is not, therefore, to be wondered at, that many authors have endeavored to clothe the laws of *Nationalökonomik* in algebraic formulas. And, indeed, wherever magnitudes and the relations of magnitudes to one another are treated of, it must be possible to subject them to calculation (...) But the advantages of the mathematical mode of expression

---

<sup>88</sup> “Roscher, who had attended Ranke’s historical seminar at Berlin, wanted to match for economics the achievements of Savigny and Eichhorn in the field of jurisprudence” (Betz, 1988). “Roscher’s political and methodological thought is strongly influenced by the views of Leopold von Ranke, perhaps the most important German historian at that time” (Milford, 1992).

diminish as the facts to which it is applied become more complicated. This is true even in the ordinary psychology of the individual. How much more, therefore, in the portraying of national life! (...) For, most assuredly, as our science has to do with men, it must take them and treat them as they actually are, moved at once by very different and non-economic motives, belonging to an entirely definite people, state, age." (p. 102-104).

No es posible comprender cabalmente la postura "metodológica" de Roscher sin aclarar qué entiende el autor por el objeto de estudio de la ciencia. En los capítulos I y II de la Introducción a los *Grundlagen*, el autor da algunas definiciones generales sobre el objeto de la ciencia: "Por *Nationalökonomik* o *Volkswirtschaftslehre*, entendemos la ciencia que refiere a las leyes del desarrollo de la economía de una nación, o a su vida económica nacional" (p.87). Roscher concebía a la economía política en primer lugar como una ciencia más dentro de las "ciencias de la vida nacional" (p. 88), esto es, de una serie de ciencias que, de conjunto, tenían la función de captar la singularidad de la vida del pueblo del cual se tratara. "La vida nacional, como toda la vida, es un todo, cuyos diversos fenómenos están íntimamente conectados entre sí. Por lo tanto, para entender científicamente una faceta de ella, es necesario conocer todas sus partes" (p.88). La *Nationalökonomik*, al igual que las ciencias que estudian la legislación y las instituciones políticas de cada pueblo, presta su servicio en tanto ayuda a comprender la vida de la nación como un todo.

"The *Nationalökonomik* treats chiefly of the material interests of nations. It inquires how the various wants of the people of a country (...) may be satisfied; how the satisfaction of these wants influences the aggregate national life, and how in turn, they are influenced by the national life" (p.99)

Para Roscher el objeto de estudio de la ciencia era "la economía nacional como un todo", y por tanto la metáfora adecuada para representarlo era la del "organismo" y no la de un sistema mecánico. El autor distingue entre aquellas ciencias cuyos objetos pueden razonarse mecánicamente, como una cadena de causalidades en la cual es posible determinar con claridad qué fenómeno es "causa" y cuál es "efecto", de aquellos otros, como, interpreta, es el caso de la economía nacional, en los que no es posible detectar esa

cadena causal en tanto existe una formación recíproca entre las partes y el todo. En los organismos vivos, explica Roscher, las partes no son causa del todo, sino funciones del mismo que no se entienden sino es en referencia con el organismo entero. Lo mismo sucede para el autor en relación a la economía nacional y a sus distintas partes constitutivas.

“In the motion of any machine, it is possible to distinguish with the utmost accuracy, between the cause and the effect of the motion: the blowing of the wind, for instance, is simply and purely, the cause of the friction of the mill-stones in a wind-mill, and is not in the least influenced or conditioned by the latter. But, in the national economy of every people, patient thought soon shows the observer, that the most important simultaneous events or phenomena mutually condition one another. Thus, a flourishing state of agriculture is impossible without flourishing industries; but, conversely, the prosperity of the latter supposes the prosperity of the former, as a condition precedent” (p.81).

En función de su definición del objeto de la ciencia, Roscher desliza, al igual que List, que el nombre mismo usado comúnmente fuera de Alemania, “political economy, economie publique”, resulta confuso, parece “calculado para confundir al estudiante” (p.87). Y también él compara su definición con la de una serie de economistas -desde Dudley North hasta J.B. Say, pasando por Adam Smith-, a los cuales achaca, aunque en distintos grados, el hecho de razonar en sus escritos como si la economía de cada pueblo no tuviera realidad en sí misma, como si no fuera ella misma el objeto de la ciencia al cual refieren sus principales enunciados.

“Although the higher science of *Volkswirtschaftslehre* has, nearly always, been conceived as treating of *the aggregate national activity of a people*, there have been many, recently, who consider *national economy*<sup>89</sup> as no real whole, but only as a mere abstraction. This is true, especially of many unconditional free-trade theorists (...) It is true, also, of certain philosophers who consider the idea “the people” as merely nominal” (p.78, resaltado MG).

---

<sup>89</sup> Acá el traductor al inglés traduce erróneamente “Volkswirtschaft” por “Political Economy”, es decir, por el nombre de la ciencia en lugar de su objeto.

El intento de Roscher de distinguir entre el “método idealista” y el “método histórico” (o “realista”, p.106) es indisociable de esta objeción, anticipada por List, a la *Economía Cosmopolítica*. El “método idealista” al que se opone el padre de la Escuela histórica de economistas representa la posibilidad de inteligir al sistema económico como un sistema universal, despojado de toda particularidad nacional. Dicho sistema económico, argumenta Roscher en línea con List, sencillamente no existe aún: “Lo más que puede decirse, en la actualidad, en lo que respecta a una economía de la humanidad, o a una economía mundial, es que puede demostrarse que se han hecho importantes preparativos para ello” (p.80). El mundo empírico, aquel al que debe referirse la ciencia, nos revela en cambio una multiplicidad de organismos económicos nacionales que se desenvuelven a lo largo de la historia, y a ello debe abocarse la *Nationalökonomik*, a exponer las leyes que rigen el sendero evolutivo de la economía nacional.

A diferencia de los miembros de la Joven escuela histórica alemana, sin embargo, Roscher no renuncia a la pretensión “clásica” de descubrir leyes naturales en el mundo de los fenómenos económicos. “Utilizo la expresión 'ley natural'”, explica, “donde observo uniformidad, explicable por medio de conexiones más generales, y no dependiente del diseño humano” (p.83). La comparación entre el desarrollo económico de distintas naciones, confía Roscher, debiera permitir develar leyes generales de desarrollo económico de cualquier nación. Al igual que el organismo vivo nace, se desarrolla y muere, Roscher aspiraba a encontrar también algo así como un “ciclo de vida” del “organismo económico”. No encontramos en el autor, sin embargo, más que esa vaga intención. Lo que queda claro, no obstante, es que lo que rechaza Roscher de los economistas clásicos no es la intención de estos por descubrir “leyes naturales”, sino la posibilidad de concebir al objeto de la ciencia como un sistema económico no sólo no acotado al ámbito nacional sino ajeno al mundo político. Roscher denomina “método idealista” a esta aspiración y alerta sobre el riesgo que entraña el mismo: da lugar a la falsa suposición, presente “en el mayor número de economistas políticos” (p.110), de que existe un único sistema económico que puede explicar la vida económica presente de todos los pueblos.

“There can no more be an economic ideal adapted to the various wants of every people, than a garment which should fit every individual (...) We refuse entirely to lend ourselves in theory to the construction of such ideal systems. Our aim is simply to describe man's economic nature and economic wants, to investigate the laws and the character of the institutions which are adapted to the satisfaction of these wants, and the greater or less amount of success by which they have been attended. Our task is, therefore, so to speak, the anatomy and physiology of social or national economy!” (p.110-111)

En este sentido, Roscher intenta desmarcarse también de aquellos economistas más contemporáneos como Whately (1831) o Macleod (1858), cuyas obras le resultan “excesivamente estrechas” (p.92) en tanto, como intentos de presentar una teoría del intercambio puro, dejan fuera del objeto de la ciencia a la figura del estado nacional, para Roscher “la cabeza” misma del organismo económico.

“The hypothesis, in accordance with, this science should discard all consideration of the state, or should refuse to presuppose its formation, would lead us into an ideal region, difficult to define, probably entirely impossible, and inaccessible to experience (...) As the physiologist cannot understand the action of the human body, without understanding that of the head; so we would not be able to grasp the organic whole of national economy, if we were to leave the state, the greatest economy of all, the one which uninterruptedly and irresistibly acts on all others, out of consideration” (p. 91-92)

En función de lo presentado en este capítulo, resulta claro que, si bien Schmoller asume el papel de representante de la Escuela histórica en la controversia del *Methodenstreit*, Roscher tiene un lugar importante en la misma. Si bien Menger le dedica a éste su obra prima en 1871, su crítica en las *Investigaciones sobre el método* de 1883 a la Escuela histórica apunta directamente hacia los *Grundlagen* de Roscher. Como comentamos anteriormente, hacia el final de las *Investigaciones*, en el Apéndice II, Menger recoge algunas de las definiciones de la ciencia más populares de la época, con el objetivo de mostrar el “bajo estatus de las investigaciones teóricas en el campo de la economía política en Alemania” (Menger, 1883, pág. 201). Entre ellas aparece la definición de Roscher que citamos unas páginas arriba. Roscher, por su parte, no se mantiene al margen de la polémica y en 1886 comenta brevemente las *Investigaciones* de Menger en los siguientes términos:

“[Menger’s *Investigations into the Methods of the Social Sciences*] attacks the historical method, asserting not only the complete uselessness of the historical method for political economy, but also a complete misunderstanding of the essence of history. It seems that this ridiculous little piece of work is rather wasted in achieving its primary aim of destroying this pernicious method; however, involuntary it is all the more instructive and typical of the older method [of the science], *which abstracts from all reality and fails to recognize the organic whole of the economy and the life of a people*” (Roscher, 1886, citado en (Milford, 1990, p. 235), resaltado MG).



## COMENTARIOS FINALES

En la Tesis nos propusimos revisitar el episodio conocido como el *Methodenstreit* desde una perspectiva que pone en cuestión el nombre mismo con el cual se conoció la polémica en la historia del pensamiento económico. Efectivamente, interpretada como una polémica principalmente metodológica, entre un autor que abogaba por aplicar el método “deductivo” en las investigaciones económicas frente a otro que insistía en la importancia del método “inductivo” para el progreso de la ciencia, la polémica queda situada como un suceso extraño y poco relevante en la historia de la ciencia; como dice Schumpeter, como un gran “malentendido entre las partes”. Sin embargo, al rastrear los vínculos teóricos tanto de Menger como de Schmoller con otros autores de la época, y al poner su disputa en el convulsionado contexto histórico-político de la formación de Alemania como estado-nación en el siglo XIX, comprobamos en el transcurso de la investigación que la polémica podía reconstruirse como parte de un momento en la historia del desarrollo de la economía política de gran tensión o crisis, en la cual lo que estaba en cuestión era la naturaleza misma de la ciencia, los límites de su objeto de estudio, el nombre adecuado para designarla, su lugar en el mundo de las ciencias.

Visto en retrospectiva, las reflexiones de Menger sobre metodología de la economía política son inseparables de la intención del autor por formular y dar respuesta al problema “clásico” de la ciencia respecto a la ley general que articula el intercambio social en una sociedad ecuménica y atomizada como la sociedad capitalista. Menger le asignaba un papel central dentro de la ciencia a la explicación de los fenómenos económicos “no intencionados” u “orgánicos” (p.ej la formación del precio, la génesis del dinero), aquellos que surgen “espontáneamente” (en jerga mengeriana) de la interacción social entre una miríada de individuos recíprocamente extraños. Dicha explicación equivalía para el autor a formular leyes análogas a las del mundo de la naturaleza, precisamente por tratarse de fenómenos que no son un producto consciente de ningún tipo de voluntad humana.

En las *Investigaciones sobre el método*, Menger comprueba que la posibilidad misma de concebir leyes de tal naturaleza requería que se reconociera la necesidad de trabajar, también en la economía política, con el tipo de ficciones analíticas cuya verdad o falsedad no se dirime contrastándolas frente a observaciones empíricas aisladas. En consonancia con Walras, Menger argumenta que para la “teoría económica exacta” o “pura”, el vínculo mercantil supone toda una serie de premisas que, empíricamente, son estrictamente falsas. Una de las más elementales -sin la cual no sería posible ocuparse del problema teórico acerca de la determinación general de los precios que tanto inquietaba al autor- es que el sistema económico está conformado por individuos que se comportan exclusivamente como *homo mercator*.

Ahora bien, esta ficción básica para el desarrollo de la ciencia hace necesaria abstracción de cualquier particularidad cultural que distinga a un conjunto de hombres de otros, como ser su nacionalidad, credo religioso, o cualquier otra. Y es precisamente esta dimensión de las reflexiones de Menger, interpretamos, la que resultaba especialmente problemática para Schmoller y el grupo del *Verein*. No porque chocara en abstracto con las reflexiones epistemológicas de estos economistas -que, como tales, fueron poco sistemáticas-, sino porque el desarrollo de la teoría económica general a la que apunta Menger omite necesariamente cualquier tipo de lazo que identifique a un grupo de hombres como miembros de una comunidad nacional particular, precisamente el tipo de vínculo que parte de la tradición del historicismo alemán clamaba por presentar como característica que le da unidad al mundo de las “ciencias humanas”.

La época del *Methodenstreit* es una época en la que se debate la pertinencia del nombre de la ciencia. Si bien con distinto énfasis, encontramos que tanto Schmoller como Roscher desestiman el comúnmente usado “political economy” (*Politischen Ökonomie*), y revalorizan los términos alemanes *Nationalökonomie* y *Volkswirtschaftslehre*. Interpretamos que esto es así debido a que estos últimos vocablos no generan ambigüedad alguna en relación al recorte nacional que procuraron darle aquellos autores al objeto de la ciencia. A lo largo de la investigación identificamos como una de las características que aún a

los economistas de la Escuela histórica alemana el definir a la ciencia como el estudio de la “economía nacional como un todo orgánico”. Probablemente como nunca antes en la historia de la economía política, Schmoller y Roscher pusieron énfasis en la importancia de considerar como objeto de estudio mismo de la ciencia la evolución histórica de la economía *de cada pueblo*, su desarrollo económico. Cada “economía nacional” representaba para estos autores la unidad básica de la cual se debía ocupar la ciencia, el “todo coherente” sin el cual las partes aisladas no cobraban sentido.

Como desarrollamos en el Capítulo 8, Menger encuentra pernicioso para el progreso de la teoría económica esta premisa del historicismo alemán. Afín a la tendencia británica hacia la *Economics*, Menger acuña a lo largo de la polémica un nuevo término, “Ciencias Económicas” (*Wirtschaftswissenschaften*). En la Tesis interpretamos la creación de dicha expresión como parte de los esfuerzos del autor por salvaguardar a las investigaciones teóricas del recorte nacional que le imprimía la tradición del historicismo alemán a la ciencia en general.

Distintos historiadores del pensamiento económico interpretaron la controversia caracterizando a Menger como representante del “individualismo metodológico” (p.ej. Yagi, 2000) y presentan a los economistas de la Escuela histórica alemana, en contraposición, como autores con una “visión holista” de la sociedad (p.ej. Shionoya, 2005). En función de lo desarrollado a lo largo de esta Tesis, esta forma de interpretar el núcleo de la controversia nos resulta también limitada. La EHA representa en todo caso un tipo particular de comprensión “holista” de los fenómenos sociales: la entidad que no puede reducirse a la suma de sus partes es la comunidad nacional y no la sociedad humana en su conjunto. Cuando Schmoller o Roscher exclaman que Menger deja a un lado el estudio de la sociedad como un todo, lo que están demandando es una ciencia que restrinja su objeto de estudio a las fronteras políticas existentes.

Menger, por su lado, “parte del individuo” no porque adscriba en abstracto a un método particular (el propio autor niega esta hipótesis en distintos momentos) sino porque capta que lo que caracteriza a la sociedad capitalista es que los hombres no tienen entre sí otro

vínculo productivo general distinto que el que entablan de forma no planificada a través del mercado, y que lo que vuelve a la economía política una ciencia teórica es precisamente tener que develar las leyes que rigen un objeto con tal particularidad. El reclamo de Schmoller respecto a la “falta de sentido histórico” del economista austríaco tiene ciertamente un momento de verdad, ya que Menger confunde al *homo mercator* con el *homo economicus*; esto es, interpreta la conducta económica del hombre perteneciente a una forma histórica (específica) de producción social, la sociedad capitalista, como un “principio irreductible” que rige la conducta económica humana genérica.

Sin embargo, visto en retrospectiva, surge la siguiente paradoja: al centrar su investigación en el estudio de las leyes que regulan el mercado como sistema teórico, Menger está trabajando, junto a Walras y Jevons, en una fase del desarrollo de la teoría económica general del sistema capitalista como un todo y, por tanto -aun cuando el mismo autor no llegue a comprenderlo en estos términos- sobre su peculiar naturaleza histórica. Schmoller, en cambio, al insistir en el recorte del objeto de la ciencia a la “economía de cada pueblo”, al concebir a la sociedad moderna como una multitud de economías nacionales que configuran relaciones de dominación-dependencia entre sí, pierde oportunidad de trabajar en una teoría económica que remita al sistema en su conjunto, que dé cuenta de la diferencia entre *el* sistema capitalista y formas previas de producción social. Schmoller reclama mayor “sentido histórico”, pero al decretar en nombre del “realismo” la imposibilidad de distinguir al sistema económico del sistema político, es su propio sentido histórico el que se empobrece.

Finalmente, a modo exploratorio, en la última sección de la Tesis dimos algunos pasos para repensar al *Methodenstreit* en un escenario histórico y político aún más amplio, el de la economía política cultivada durante la Ilustración dieciochesca, o *Economía Cosmopolítica* -como la denominamos en la Tesis resignificando la jerga de List. Reconocemos en las tempranas reacciones contra el espíritu universalista de la Economía Cosmopolítica fuentes para comprender las raíces teóricas e históricas del proceso de “bifurcación” que se desarrollaría en el seno de la ciencia en dos “corrientes” o

“tendencias” que irían definiendo sus rasgos contrapuestos a lo largo del siglo XIX y que colisionarían en el *Methodenstreit*.

Por un lado, el proyecto de *Economía Cosmopolítica* -que asociamos al espíritu de la obra de conjunto de Smith- es retomado parcialmente por Menger y todo un conjunto de autores contemporáneos a él (entre los que destacamos a J.S. Mill, Walras y Jevons por ser de los que más influyeron en sus reflexiones acerca de la naturaleza de la ciencia) que pugnan por develar leyes económicas análogas a las que estructuran los objetos de estudio de las ciencias de la naturaleza. En este sentido la obra de Menger representa una continuidad en relación con la economía política *smithiana*. Sin embargo, es notoria también la discontinuidad que hay entre ambos proyectos. La economía política de Smith formaba parte de la “ciencia del legislador”: el descubrimiento de los principios que gobiernan el intercambio social era parte de una investigación más comprehensiva sobre los principios de la naturaleza humana, y su valor residía en la posibilidad de guiar al legislador ilustrado en la concreción de instituciones jurídicas y políticas modernas, universales (Capítulo 9). La de Menger, en cambio, es una obra ya propiamente de economía. Conforme el proceso de demarcación de las ciencias se acentúa con el transcurrir del siglo XIX, Menger se esfuerza por delimitar con precisión el terreno de la economía política en tanto ciencia autónoma. Busca acotarla a la investigación de los principios que gobiernan el mundo de los fenómenos estrictamente económicos y la parte “política” queda restringida a aplicación/adaptación de aquellos principios generales por parte del hombre de gestión pública, en función de los objetivos que éste procurara alcanzar (Capítulo 4).

La Escuela histórica alemana de economistas puede pensarse como una contratendencia a la anterior. Dejando a un lado sus diferencias, tanto List, Roscher y, más adelante, Schmoller, se resisten a darle crédito a una ciencia que conciba al sistema económico como un único sistema universal, en el cual quedan diluidas las fronteras entre pueblos y culturas particulares. Esta resistencia, que se manifiesta en el intento de recortar el objeto de la ciencia a las fronteras políticas nacionales, en concebir al pueblo como el sujeto

económico, es conservadora en tanto traba la posibilidad de avanzar en la investigación del sistema capitalista de conjunto, sistema que tiene como una de sus particularidades históricas más destacadas la creciente eliminación del hermetismo cultural propio de comunidades precapitalistas. El reclamo del historicismo alemán, sin embargo, puede entenderse retrospectivamente también como un intento prematuro por evitar el proceso de fragmentación de las “ciencias humanas” en un conjunto de ciencias con cada vez menor diálogo entre sí. Es decir, puede concebirse como un desesperado esfuerzo por evitar que la economía política perdiera toda aspiración a ocupar un lugar dentro de un proyecto ético-político de mayor envergadura como el que, *mutatis mutandis*, procuró llevar a cabo el siglo XVIII.

## ANEXO. LA CONTROVERSIA IMPLÍCITA ENTRE MENGER Y KNAPP ACERCA DE LA NATURALEZA DEL DINERO.

“Money has not been generated by law. In its origin it is a social, and not a state institution. Sanction by the authority of the state is a notion alien to it” (*On the Origins of Money*, Menger, 1892, p.52).

“Money is a creature of law. A theory of money must therefore deal with legal history” (*The State Theory of Money*, Knapp, 1905, pág.1).

En este apéndice examinaremos brevemente una faceta de la controversia entre Menger y la JEHA, aquella que subyace implícitamente en los abordajes del padre de la Escuela Austríaca y Friedrich Knapp sobre Teoría del dinero. Knapp fue uno de los principales impulsores de la formación del *Verein* en 1873 y uno de los miembros de la JEHA más cercanos a Schmoller, especialmente durante el período en el que coincidieron como profesores en la universidad de Estrasburgo (1875-1882). Formado inicialmente en el departamento prusiano de estadísticas públicas, se especializó y trabajó principalmente como profesor de estadísticas. Sin embargo, el trabajo por el cual ganaría fama internacional sería *Staatliche Theorie des Geldes* (*The State Theory of Money*, 1924[1905]), el libro donde presenta su “teoría cartal del dinero”<sup>90</sup>. Como veremos, el abordaje de este libro presenta un decidido contraste con el espíritu del principal trabajo de Menger sobre teoría del dinero, en el que éste procura explicar la naturaleza del dinero como un resultado “espontáneo” u “orgánico” del intercambio puramente mercantil (en el sentido que expusimos en el capítulo anterior). Por el contrario, Knapp va a rechazar esta

---

<sup>90</sup> Este libro fue traducido al inglés en 1924 bajo el auspicio de J.M. Keynes. Knapp agradece a “Messrs. Keynes” en el prefacio de la edición al inglés del libro. En su *Treatise On Money* (1930), Keynes se refiere aprobatoriamente a la doctrina cartal del dinero de Knapp (Keynes 1930, 4-5).

posibilidad, la considerará una empresa “absurda” y presentará al dinero como una “criatura estatal”.

En 1892 Menger publica *On the origins of money*, un breve tratado en el que se propone reexaminar un problema que consideraba fundamental para la ciencia económica y que, entendía, no había sido tratado adecuadamente hasta el momento<sup>91</sup>. En los primeros párrafos de la obra, Menger presenta el problema en los siguientes términos:

What is the nature of those little disks or documents, which in themselves seem to serve no useful purpose, and which nevertheless, in contradiction to the rest of experience, pass from one hand to another in exchange for the most useful commodities, nay, for which everyone is so eagerly bent on surrendering his wares? *Is money an organic member in the world of commodities, or is it an economic anomaly? Are we to refer its commercial currency and its value in trade to the same causes conditioning those of other goods, or are they the distinct product of convention and authority?* (...) The enigmatic phenomenon of money is even at this day without an explanation that satisfies; nor is there yet agreement on the most fundamental questions of its nature and functions. Even at this day we have no satisfactory theory of money. (Menger 1892, pág. 240, resaltado MG)

Menger expresaba de este modo su insatisfacción con la respuesta común que la ciencia había dado hasta el momento acerca de la naturaleza del dinero. El dinero era típicamente concebido como instrumento mediador del cambio, convenido por los hombres para facilitar el intercambio de sus respectivos productos; un artilugio sabiamente introducido en el mercado en pos de eliminar las dificultades evidentes de una economía de trueque. Esta explicación milenaria acerca de la naturaleza del dinero, que se remontaba hasta Aristóteles y había sido adoptada por autores de tan distinto cuño y época<sup>92</sup>, era para Menger más bien una muestra más del carácter todavía incipiente de la economía política como ciencia moderna. Aunque la ficción contractualista para el desarrollo del concepto

---

<sup>91</sup> Menger había abordado inicialmente el tema en sus *Principios* (1871), capítulo VIII.

<sup>92</sup> Oresme en el siglo XIV, Davanzati en el XVI, Montanari en el XVII, Hume y Smith en el XVIII o Jevons en el XIX.



de dinero se había convertido en parte del entendimiento básico compartido entre los economistas, Menger advertía que se trataba de una explicación exógena a la teoría económica misma. Exógena en sentido teórico: como variable o elemento no explicado por la propia teoría económica sino introducido en el sistema por alguna fuerza extraña a éste para facilitar su desenvolvimiento. Se levanta el telón y ya está ahí, y tiene funciones que cumplir para el buen funcionamiento del intercambio mercantil. De allí que por lo general su estudio empezara con el catálogo de funciones que debía cumplir este “instrumento”, con el “para qué sirve”: además de servir para agilizar el comercio (medio de circulación), en cuanto “unidad de cuenta” permite comparar a cada mercancía con el resto, resolviendo la incomodidad de su poseedor de tener que vocear las infinitas relaciones de cambio; en tanto “estándar de valor” debe poseer una relación de cambio constante a lo largo del tiempo con todo el resto de las mercancías, ayudando a establecer contratos a plazo sin que en el ínterin se perjudique ninguna de las partes<sup>93</sup>.

Para Menger, la economía política debía superar aquella explicación teleológica y brindar una teoría general sobre el modo en que el dinero surge “orgánicamente”, como resultado no intencionado de una sociedad en la cual cada individuo “minds its own business”. Su reclamo puede reformularse del siguiente modo: le compete a la economía política exponer la génesis del dinero como concepto económico. No se trata de inspeccionar sus orígenes históricos, rastreando hasta los confines del mundo antiguo cuáles fueron las primeras piezas o documentos que oficiaron de medios de circulación o en qué medida desempeñaron mejor o peor las distintas funciones derivadas. Menos aún de concebirlo como resultado de alguna voluntad política externa al proceso del intercambio mercantil (Menger 1871, 261–262). El desafío que deja entrever el autor remite a su origen conceptual, a su integración como “miembro orgánico del mundo de las mercancías”. Extrañamente, observaba, la noción “contractualista” del dinero había permitido a la

---

<sup>93</sup> Para una recapitulación estándar de la época de las funciones del dinero ver Jevons (1876).

ciencia dejar desatendida la tarea elemental de desarrollar el vínculo entre el mismo y el mundo de las leyes del intercambio mercantil.

Dentro de los autores más destacados del marginalismo, también Jevons había exigido en este mismo sentido una teoría del dinero coherente con la ley general de los intercambios mercantiles. El problema consistía en explicar cómo podía el “bien dinerario” derivar su valor de cambio de su propia utilidad, en el mismo sentido en que se razonaba para el resto de las mercancías: “Since money has to be exchanged for valuable goods, it should itself possess value, and it must therefore have utility as the basis of value” (Jevons, 1885). Resultaba evidente, sin embargo, que el “bien dinero” no poseía utilidad en el mismo sentido que el resto de las mercancías ni, por tanto, que su valor de cambio pudiera derivarse del mismo modo ellas.

La solución de Menger en *On the origins of money* puede resumirse del siguiente modo: el dinero emerge de modo espontáneo en el intercambio mercantil a raíz del distinto grado de “liquidez” (“saleableness”) que tienen por naturaleza las distintas mercancías, siendo aquél simplemente la mercancía más “líquida”<sup>94</sup>:

These difficulties [of barter] would have proved absolutely insurmountable obstacles to the progress of traffic (...) had there not laid a remedy in the very nature of things, to wit, the *different degrees of saleableness (Absatzfähigkeit) of commodities*. The difference existing in this respect between articles of commerce is of the highest degree of significance for the theory of money, and of the market in general. And the failure to turn it adequately to account in explaining the phenomena of trade, constitutes not only as such a lamentable breach in our science, but also one of the essential causes of the backward state of monetary theory. *The theory of money necessarily presupposes a theory of the saleableness of goods*. If we grasp this, we shall be able to understand how the almost unlimited saleableness of money is only a special case, —presenting

---

<sup>94</sup> Usamos la palabra “liquidez” para traducir “saleableness”. La palabra la tomamos de Keynes, que, aunque sin mencionar a Menger en su capítulo 17 de la Teoría General (“The essential properties of interest and money”) usa un argumento similar al de este autor en este punto, al argumentar que una de las principales propiedades que distinguen al dinero del resto de los bienes es que aquél es el bien más líquido.

only a difference of degree—of a generic phenomenon of economic life—namely, the difference in the saleableness of commodities in general (p.21).

La liquidez de una mercancía, explica Menger, depende de la mayor o menor facilidad con la que su poseedor puede venderla en el mercado en cualquier momento a su “precio económico”<sup>95</sup>. De este modo, cuando un individuo desea obtener en el mercado determinada mercancía no pierde el tiempo en la improbable empresa de encontrar un poseedor de aquella que casualmente quiera la que él ofrece. Siguiendo tan sólo su propio interés, encontrará más conveniente intercambiar la propia por aquella mercancía más fácilmente vendible; no para consumirla directamente sino para intercambiarla luego por la que él necesita. De este modo, explica Menger, en un lento proceso acumulativo que se retroalimenta, esta mercancía peculiar deviene medio general de cambio, dinero, y es crecientemente demandada no en función de su utilidad propia (como objeto de consumo) sino que su utilidad reside en su alto grado de “saleableness”.

“When the relatively most saleable commodities have become “money”, the great event has in the first place the effect of substantially increasing their originally high saleableness. Every economic subject bringing less saleable wares to market, to acquire goods of another sort, has thenceforth a stronger interest in converting what he has in the first instance into the wares which have become money. For such persons, by the exchange of their less saleable wares for those which as money are most saleable, attain not merely, as heretofore, a higher probability, but the certainty, of being able to acquire forthwith equivalent quantities of every kind of commodity to be had in the market” (p. 39).

Sin dudas es posible argumentar que la solución de Menger al problema acerca de la génesis económica del dinero es en cierto sentido circular o tautológica: si interpretamos que los “precios económicos” a los que se refiere Menger se determinan de manera análoga a los precios de “equilibrio de mercado” en el sentido walrasiano (aquellos que,

---

<sup>95</sup> “A high rate of saleableness in a commodity consists in the fact that it may at every moment be easily and surely disposed of at a price corresponding to, or at least not discrepant from, the general economic situation—at an economic, or approximately economic, price” (p.27).

dada la escasez relativa de cada mercancía, despejan todos los mercados al mismo tiempo)<sup>96</sup>, resulta arbitrario suponer que algunas mercancías tienen por naturaleza la propiedad de ser intercambiadas a dichos precios con mayor facilidad que otras, a menos que se esté presuponiendo lo que se quiere explicar<sup>97</sup>.

En cualquier caso, no es nuestro tema aquí profundizar en la solución que da Menger al problema<sup>98</sup>. Nos interesa solamente enfatizar el modo en el que este autor, al igual que otros destacados economistas del siglo XIX, veían como problema central de la economía política el de desentrañar la naturaleza del dinero como resultado “espontáneo” del intercambio mercantil.<sup>99</sup>

“...we can only come fully to understand the origin of money by learning to view the establishment of the social procedure, with which we are dealing, as the spontaneous outcome, the unpremeditated resultant, of particular, individual efforts of the members of a society, who have little by little worked their way to a discrimination of the different degrees of saleableness in commodities” (p.38).

---

<sup>96</sup> Menger lista como principales causas de las que depende la formación de los “precios económicos” de las mercancías condiciones similares a las que define Walras para alcanzar los precios de equilibrio de mercado: “1. Upon the number of persons who are still in want of the commodity in question, and upon the extent and intensity of that want, which is unsupplied, or is constantly recurring; 2. Upon the purchasing power of those persons; 3. Upon the available quantity of the commodity in relation to the yet unsupplied (total) want of it...” (p.29).

<sup>97</sup> La explicación recuerda a la escena cómica de Moliere en “Le malade imaginaire” en la que el sabio doctor explica que el opio adormece porque posee una virtud o “propiedad dormitiva”. Menger explica que la principal causa por la cual los metales preciosos se convirtieron en la mercancía “dinero” está en que su “liquidez es muy superior a la de cualquier otra mercancía” (p.45).

<sup>98</sup> Encontramos ejemplos de autores que intentaron retomar el problema de Menger en el siglo XX en las obras de Von Mises (1953) y Don Patinkin (1965).

<sup>99</sup> Nuevamente, y haciendo a un lado las enormes diferencias teóricas es entre Menger y Marx, éste último había dedicado esfuerzos intelectuales sustanciales -a nuestro entender de lo más fructíferos para el progreso de la economía política (Levín, 1997; Gonilski, 2018) a resolver el misterio de la “génesis del dinero”, como resultado de la naturaleza misma del vínculo mercantil (Marx, 1867, 1859).

El problema consistía en primer lugar en integrar de manera coherente al dinero en el corpus de la teoría económica general existente, sin acudir a la figura externa de la autoridad estatal. Esta, en todo caso, explica Menger, cumple históricamente el papel de “perfeccionar” las funciones del dinero, pero no es en modo alguno su demiurgo (págs. 51-52). El dinero, esta “institución social” que emana autónomamente del mundo mercantil, se ve perfeccionada por el reconocimiento estatal como medio de circulación legalmente instituido. En tanto el Estado amoneda el dinero, garantiza también su pureza, y con ello contribuye a su buen desempeño como mediador del mundo de las mercancías. Sin embargo, ni su génesis, ni sus funciones económicas, ni su ratio de cambio por otras mercancías, brotan de la voluntad del soberano<sup>100</sup>.

Si comparamos el trabajo de Menger sobre teoría del dinero con el de Friedrich Knapp, rápidamente salta a la vista la diferencia entre ambos. La obra más destacada de Knapp en la materia, *The State Theory of Money*, adelanta desde el título mismo, y especialmente desde el prefacio de la obra, la disonancia entre ambos abordajes:

“...I hope for the approval and perhaps the help of those who take the monetary system (or, better, the whole system of payments) **to be a branch of political science. I hold the attempt to deduce it without the idea of a State to be not only out of date, but even absurd, however widely these views may still obtain.** To avoid polemics, I have always called this the metallistic view, and have opposed metallism as such without naming its supporters...” (xviii, 1924, resaltado MG)

En contraste directo con el intento de Menger, Knapp comienza su primer capítulo declarando: “Money is a creature of law. A theory of money must therefore deal with legal history” (1924, pág.1). Para justificar esto, Knapp produce toda una taxonomía de los distintos “medios de pago” presentes a lo largo de la historia, definiendo “medio de pago” como todo “objeto móvil que puede ser usado siempre para la circulación [de

---

<sup>100</sup> En el ensayo de Menger que estamos reseñando, el papel del Estado en el sentido que acabamos de exponer aparece recién en un brevísimo y último apartado (“Influence of the Sovereign Power”).

mercancías]”. Esta es la categoría genérica, explica Knapp, dentro de la cual el “dinero propiamente dicho”, o el tipo de medio de pago que denominará “Cartal”, será una subespecie.

Knapp empieza revisando lo que para él son las limitadas “doctrinas metalistas”, aquellas que sólo conciben la posibilidad de medios de pago asociados a un “bien de cambio socialmente reconocido” (págs. 2-4). “Si afirmamos, ‘todo medio de pago es un bien de cambio’, estaríamos completamente equivocados, ya que en el curso de la historia nos encontramos con medios de pago que no son de ningún modo mercancías para el cambio en el sentido propio del término” (p. 2). Para Knapp el error de “los metalistas” consistía en confundir uno de los materiales históricos que temporariamente fue considerado un medio de pago (p.ej. el oro y la plata) con el concepto mismo de dinero. No sólo es evidente, argumenta Knapp, que los medios de pago pueden históricamente asumir otras formas que la de los metales preciosos: con la excepción de los más remotos períodos de la historia humana, aquellos tuvieron siempre algún tipo de “forma” o “símbolo” que los diferenció del crudo material del que se formaban. Sería difícil encontrar en la historia de las sociedades modernas, razona el autor, medios de pago que no portaran algún símbolo a través del cual fuesen socialmente aceptados en el intercambio, y en relación al cual estuviesen denominadas sus “unidades de valor” (pág. 30)<sup>101</sup>.

Vale la pena aclarar acá que Knapp no usa el término “valor” en referencia al concepto básico que articula una teoría general de los precios -i.e. la ley que explica la tendencia hacia una proporcionalidad estable en el cambio de mercancías de distinto tipo. Del mismo modo que Schmoller, Knapp descarta prácticamente la necesidad misma de ese tipo de disquisiciones. Usa la expresión “unidad de valor” a lo largo de su obra como sinónimo de “unidad de cuenta”, es decir, del nombre que asume una cantidad

---

<sup>101</sup> Knapp llama “mórficos” a los medios de pago reconocidos y aceptados socialmente por su forma y no por su material: “Our law lays it down that only pieces formed in such and such a manner are to be admitted as means of payment, and the significant marks of the pieces prescribed by law... They are “morphic” (...) As soon as the forms and signs are significant for delimiting what is a means of payment and what is not, we have morphism” (p. 27-28).

determinada del material que, en determinado lugar y momento histórico, oficia de medio de pago aceptado en general (p.ej. libra esterlina, franco). Una vez que un medio de pago ha alcanzado un grado vigencia tal que los precios de todas las mercancías se expresan en una determinada cantidad de aquél, razona Knapp, el valor de una mercancía no es más que la cantidad empíricamente comprobable en un momento y lugar determinados de las unidades de medios de pago que supone su adquisición. Knapp llama “lytric value”<sup>102</sup> “al valor que resulta de la comparación [de las mercancías] con el medio de pago universalmente reconocido” (pág. 9):

“The unit of value is nothing but the unit in which the amount of the payment is expressed (...) The metallists tell us we can only speak of the value of a commodity by comparison of other commodity (...) For a long time (...) I made the same mistake as almost everybody else. I thought that judgments of value could only be made by comparison of commodities between themselves. Now, however, all we can say is that the first judgments of value came about in that way. But once this form of judgment [the “lytric”] has become habitual, the comparison of commodity with commodity is unnecessary, for judgments as to the value of a given commodity can be given in terms of the nominal unit of value, which is only defined historically” (Knapp 1924, 16–17)

Dicho lo anterior, tampoco tiene sentido para el autor preguntarse acerca del “valor intrínseco del dinero”. Sólo los “metalistas”, señala Knapp, aquellos que creen que el material del dinero es parte inextricable de su naturaleza como medio de pago, distinguen entre el “valor nominal” y “valor intrínseco” del dinero (pág. 30). Pero esta es para el autor sólo una ilusión que proviene del hecho de limitar la teoría a una fase histórica particular de la evolución de los medios de pago, en la que éstos están asociados rígidamente a un material determinado. Sin embargo, la historia legal demuestra, argumenta Knapp, que desde tiempos remotos es el Estado el que se arroga el derecho a establecer y reestablecer periódicamente el símbolo que debe llevar el material que funciona como medio de pago. El Estado transforma *de facto*, una y otra vez, la unidad de valor previa. Decide llamar, por ejemplo, “1 libra” a una cantidad de plata acuñada por

---

<sup>102</sup> “Lytron” es la palabra griega para “medio de pago”.

él, en reemplazo de la unidad de cuenta previa de acuerdo a la cual ese nombre correspondía a una cantidad mayor del mismo metal. No sólo eso, sigue Knapp, una vez que el símbolo que portan los medios de pago se vuelve el elemento esencial por el cual se reconocen y aceptan socialmente, queda abierta la posibilidad de que sea el mismo Estado el que decreta también, de manera arbitraria, el material legalmente válido de los medios de pago. Con ello, concluye Knapp, entramos en la época histórica del *Chartalismo*, o del “dinero propiamente dicho” (pág. 38), en la cual la naturaleza del dinero es unilateralmente política<sup>103</sup>.

En función de su taxonomía histórica de los medios de pago, Knapp entiende poner en jaque a las doctrinas económicas que intentan explicar la naturaleza del dinero haciendo abstracción del Estado, aquellas que procuran hacerlo sin referencia a las instituciones jurídicas de distintos pueblos en distintas épocas históricas. Lo que interesa a nuestra Tesis de esta “controversia implícita” con Menger es que reaparece, esta vez en el campo de la teoría del dinero, la tensión acerca de la posibilidad de la economía política de avanzar en la producción de teoría económica pura sobre el sistema económico como un todo. Del mismo modo que Schmoller, en la obra de Knapp se filtra una crítica hacia la pretensión de economistas como Menger por buscar excluir la acción del estado nacional de la teoría económica básica.

---

<sup>103</sup> Años más tarde, J. M. Keynes, en su *Treatise of Money* (1930), se reconocerá tributario de la exposición de Knapp acerca de la naturaleza “estatal” del dinero: “The State, therefore, comes in first of all as the authority of law which enforces the payment of the thing which corresponds to the name or description in the contract. But it comes in doubly when, in addition, it claims the right to determine and declare what thing corresponds to the name, and to vary its declaration from time to time –when, that is to say, it claims the right to re-edit the dictionary. This right is claimed by all modern States and has been so claimed for some four thousand years at least. It is when this stage in the evolution of Money has been reached that Knapp’s Chartalism –the doctrine that money is peculiarly a creation of the State– is fully realized (...) Today all civilized money is, beyond the possibility of dispute, chartalist (Keynes 1930, 4–5)



## Bibliografía

- Adorno, T. W., de Urbina, R. S. O., Aguirre, J., & de Alba, D. (1976). *Terminología filosófica*. Taurus.
- Balabkins, N. W. (1988). *Not by Theory Alone: The Economics of Gustav Von Schmoller and Its Legacy to America* (Vol. 382). Duncker & Humblot.
- Balabkins, N. W. (1993). Gustav Schmoller and the Emergence of Welfare Capitalism. *History of Economic Ideas*, 27–42.
- Beiser, F. C. (2008). Historicism and neo-Kantianism. *Studies in History and Philosophy of Science Part A*, 39(4), 554–564.
- Beiser, F. C. (2011). *The German historicist tradition*. Oxford University Press on Demand.
- Beiser, F. C. (2014). *After Hegel: German Philosophy, 1840–1900*. Princeton University Press.
- Betz, H. K. (1988). How does the German historical school fit? *History of Political Economy*, 20(3), 409–430.
- Blackbourn, D. (1977). The Mittelstand in German society and politics, 1871–1914. *Social History*, 2(4), 409–433.
- Böhm-Bawerk, E. von, & Leonard, H. (1890). The historical vs. The deductive method in political economy. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 1(2), 244–271.
- Bostaph, S. (1978). The methodological debate between Carl Menger and the German historicists. *Atlantic Economic Journal*, 6(3), 3–16.

- Brue, S. L. (2009). *Historia del pensamiento económico*.
- Caldwell, B. (2008). *Hayek's challenge: An intellectual biography of FA Hayek*. University of Chicago Press.
- Cazenave. (2020). Reason and Experience in David Hume's Specie-flow Mechanism. *Enfoques*, 32(2), 71–85.
- Cazenave, A. (2019). El concepto de causalidad en la obra filosófica y en la obra económica de David Hume. *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*, 1(13), 141–156.
- Dilthey, W. (1989). *Introduction to the human sciences* (Vol. 1). Princeton University Press.
- Dobb, M. (1975). *Theories of value and distribution since Adam Smith*. Cambridge University Press.
- Engels, F. (1895). Introduction to The Class Struggles in France, 1848–1850. *The Marx-Engels Reader, Comp. RC Tucker*, 556–573.
- Fairbairn, B. (2002). Economic and social developments. In *The Short Oxford History of Germany: Imperial Germany 1871-1918* (pp. 61–82).
- Feuchtwanger, E. (2002). *Imperial Germany 1850-1918*. Routledge.
- Fine, B., & Milonakis, D. (2009). *From political economy to economics: Method, the social and the historical in the evolution of economic theory*. Routledge.
- Galiani, F. (1977). *On Money* (Vol. 17). Chicago: Department of Economics, The University of Chicago. Trade, Silver, and print culture in the colonial Americas.
- Grimmer-Solem, E. (1998). *The science of progress* [PhD Thesis]. University of Oxford.

- Grimmer-Solem, E. (2003). *The rise of historical economics and social reform in Germany, 1864-1894*. Oxford University Press on Demand.
- Grimmer-Solem, E., & Romani, R. (1998). The Historical School, 1870–1900: A Cross-National Reassessment. *History of European Ideas*, 24(4–5), 267–299.
- Griswold, C. L. (1999). *Adam Smith and the virtues of enlightenment*. Cambridge University Press.
- Groenewegen, P. (1991). Political Economy' and 'Economics. In *The world of economics* (pp. 556–562). Springer.
- Häuser, K. (1988). Historical School and " Methodenstreit". *Journal of Institutional and Theoretical Economics (JITE)/Zeitschrift Für Die Gesamte Staatswissenschaft*, 144(3), 532–542.
- Hayek. (1976). Introduction. In *Principles of Economics (Menger)*. Institute for Humane Studies.
- Hodges, H. A. (1998). *The Philosophy of Wilhelm Dilthey: Social Theory and Methodology*. Routledge.
- Hodgson, G. (2008). Marshall, Schumpeter and the shifting boundaries of economics and sociology. *Marshall and Schumpeter on Evolution: Economic Sociology of Capitalist Development*. Cheltenham, UK. Hitotsubashi University.
- Hume, D. (2007). *Writings on economics*. Transaction Publishers.
- Hutchison, T. W. (1973). Some themes from investigations into method. In *Carl Menger and the Austrian School of Economics* (John R. Hicks and W. Weber, eds., pp. 15–37). Clarendon Press.

- Hutchison, T. W. (1988). Gustav Schmoller and the problems of today. *Journal of Institutional and Theoretical Economics (JITE)/Zeitschrift Für Die Gesamte Staatswissenschaft*, 144(3), 527–531.
- Hutter, M. (1993). Historicist Biologism and Contemporary Evolutionism: Where is the Difference? *History of Economic Ideas*, 179–196.
- Iggers, G. G. (1983). *The German conception of history: The national tradition of historical thought from Herder to the present*. Wesleyan University Press.
- Ikeda, Y. (2008). The German Historical School. *The History of Economic Thought*, 50(1), 79–95.
- James, H. (2012). *Krupp: A history of the legendary German firm*. Princeton University Press.
- Jevons, W. S. (1879). *The theory of political economy*. Macmillan.
- Jevons, W. S. (1885). *Money and the Mechanism of Exchange* (Vol. 17). Appleton and Company.
- Kant, I. (2006). *Idea para una historia universal en clave cosmopolita* (Vol. 36). UNAM.
- Keynes, J. N. (2017). *The scope and method of political economy*. Routledge.
- Kicillof, A. (2010). *De Smith a Keynes: Siete lecciones de historia del pensamiento económico: un análisis de los textos originales*. Eudeba Buenos Aires.
- Klein. (1976). Foreword. In *Principles of economics (Menger)*.
- Leon Walras. (1954). *Elements of theoretical economics or the theory of social wealth*. Richard D. Irwin.
- Levín, P. (1997). *El Capital Tecnológico*. Catálogos.
- Levín, P. (2000). Political economy at the close of its subject.matter. *The Journal of Management and Economics*, 4(4).

- Levín, P. (2005). El planificador de la reproducción y sus tribulaciones. *Revista Nueva Economía, Organo Institucional de La Academia Nacional de Ciencias Económicas*, 14.
- Levín, P. (2010). Esquema de la ciencia económica. *Revista de Economía Política de Buenos Aires*, 7 y 8(4), 247–289.
- Levín, P., & Cazenave, A. (2017). Ciencia y filosofía. Problemas de Economía Política. Adam Smith: El capitalismo y su frustrado proyecto de civilización. In *Universidad, ciencia, tecnología y política: Un debate interdisciplinario*. Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ) y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).
- List, F. (1841). *The National System of Political Economy*. LONGMANS, GREEN, AND CO.
- Louzek, M. (2011). The battle of methods in economics. The classical Methodenstreit—Menger vs. Schmoller. *American Journal of Economics and Sociology*, 70(2), 439–463.
- Mach, E. (1914). *The analysis of sensations, and the relation of the physical to the psychical*. Open Court Publishing Company.
- Macleod, H. D. (1874). What is political economy? *The Contemporary Review, 1866-1900*, 25, 871–893.
- Maifreda, G. (2012). *From Oikonomia to Political Economy. Constructing Economic Knowledge from the Renaissance to the Scientific Revolution*. Ashgate Publishing Limited.
- Mäki, U. (1997). Universals and the methodenstreit: A re-examination of Carl Menger's conception of economics as an exact science. *Studies in History and Philosophy of Science Part A*, 28(3), 475–495.
- Marshall, A. (2010). *Principles of Economics: An introductory volume*. The Online Library of Liberty.

- Marx, K. (1859). *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI.
- Marx, K. (1867). *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I*. Fondo de Cultura Económica.
- Menger, C. (2014). *Principios de Economía Política (Segunda edición ed.)*. M. Villanueva Salas, Trad.) Madrid, España: Unión Editorial.
- Menger, Carl. (1871). *Principles of Economics*. Ludwig von Mises Institute.
- Menger, Carl. (1996). *Investigations into the Method of the Social Sciences*. Ludwig von Mises Institute.
- Menger, Carl. (2006). *El método de las ciencias sociales*. Unión Editorial.
- Menger, Carl, Dekker, E., & Kolev, S. (2016). The social theories of classical political economy and modern economic policy. *Econ Journal Watch*, 13(3), 473–489.
- Michaelides, P. G., & Milios, J. G. (2008). Joseph Schumpeter and the German historical school. *Cambridge Journal of Economics*, 33(3), 495–516.
- Milford, K. (1990). Menger's methodology. In *Carl Menger and his legacy in economics* (Vol. 22, pp. 215–239).
- Milford, K. (1992). Nationalism, Volksgeist, and the methods of economics: A note on Ranke, Roscher and Menger. *History of European Ideas*, 15(1–3), 163–170.
- Milford, K. (1995). Roscher's epistemological and methodological position: Its importance for the Methodenstreit. *Journal of Economic Studies*, 22(3/4/5), 26–52.
- Mill, John S. (1865). *August Comte and Positivism, Vol. X: Collected Works*. Toronto: University of Toronto Press.
- Mill, John Stuart. (1874). *Essays on some unsettled questions of political economy*. JW Parker.

- Mill, John Stuart. (2000). *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*,. Batoche Books. Kitchener.
- Montanari, G. (1687). *Della moneta*. Custodi.
- Moore, G. (2003). John Neville Keynes's solution to the English methodenstreit. *Journal of the History of Economic Thought*, 25(1), 5–38.
- Nardinelli, C., & Meiners, R. E. (1988). Schmoller, the Methodenstreit, and the development of economic history. *Journal of Institutional and Theoretical Economics (JITE)/Zeitschrift Für Die Gesamte Staatswissenschaft*, 144(3), 543–551.
- North, D. (1907). *Discourses upon trade: 1691*. Johns Hopkins Press.
- Piqué, M. del P. (2017). *La obra de Adam Smith en el estudio y en la enseñanza de la historia del pensamiento económico* [Doctorado]. Universidad de Buenos Aires.
- Pocock, J. G. (1987). The concept of a language and the métier d'historien: Some considerations on practice. In *The Languages of political theory in early-modern Europe* (Cambridge University Press, pp. 19–38).
- Pradella, L. (2014). New developmentalism and the origins of methodological nationalism. *Competition & Change*, 18(2), 180–193.
- Pribram, K. (1983). *A history of economic reasoning*. The Johns Hopkins University Press.
- Rickert, H. (1952). *Ciencia cultural y ciencia natural*. Espasa-Calpe Argentina,.
- Roscher, W. (1878). *Principles of political economy: Vol. I* (13th ed.). Henry Holt & Co.

- Rothschild. (2001). *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet, and the Enlightenment*. Cambridge: Harvard University Press. *Annals of the Society for the History of Economic Thought*, 42(42), 161–162.
- Salerno, J. (2007). *Biography of Carl Menger: The Founder of the Austrian School (1840-1921)*. Mises Institute.
- Salley, C. D. (1993). Gustav Schmoller, Wilhelm Dilthey, and the German Rejection of Positivism in Economics. *History of Economic Ideas*, 81–91.
- Schmoller, G. (1874). *The Social Question and the Prussian State*. [http://ghdi.ghi-dc.org/sub\\_document.cfm?document\\_id=589](http://ghdi.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=589)
- Schmoller, G. (1894). The Idea of Justice in Political Economy. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 4(5), 1–41.
- Schmoller, G. (1896). *The Mercantile System and Its Historical Significance: Illustrated Chiefly from Prussian History, Being a Chapter from the Studien Ueber Die Wirtschaftliche Politik Friedrichs Des Grossen*. Macmillan & Co.
- Schmoller, G. (1905). *Política Social y Economía Política*. Henrich y Comp. Editores.
- Schmoller, G. (1923). *Grundriss der allgemeinen Volkswirtschaftslehre (Vol. 1)*. Duncker & Humblot.
- Schnädelbach, H. (1991). *Filosofía en Alemania (1831-1933)*. Cátedra.
- Schumpeter, J. A. (1952). *Ten great economists*. Routledge.
- Schumpeter, J. A. (2006). *History of economic analysis*. Routledge.



- Screpanti, E., & Zamagni, S. (2005). *An outline of the history of economic thought*. Oxford University Press on Demand.
- Senghaas, D. (1991). Friedrich List and the basic problems of modern development. *Review (Fernand Braudel Center)*, 451–467.
- Senn, P. R. (1995). Why had Roscher so much influence in the USA compared with the UK. *Journal of Economic Studies*, 22(3/4/5), 53–105.
- Shionoya, Y. (2002). *The German historical school: The historical and ethical approach to economics* (Vol. 40). Routledge.
- Shionoya, Y. (2005). *The soul of the German historical school: Methodological essays on Schmoller, Weber and Schumpeter* (Vol. 2). Springer.
- Skidelsky, E. (2011). *Ernst Cassirer: The last philosopher of culture*. Princeton University Press.
- Skinner, Q. (1969). Meaning and Understanding in the History of Ideas. *History and Theory*, 8(1), 3–53.
- Smith, A. (1776). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo de Cultura Economica.
- Smith, A. (1976). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (Glasgow edition of the Works and Correspondence of Adam Smith, RH Campbell and AS Skinner, Vol. 2). Oxford: Oxford University Press.
- Solomon, R. C. (1985). *In the spirit of Hegel*. Oxford University Press.
- Solomon, R. C., & Higgins, K. M. (2013). *The big questions: A short introduction to philosophy*. Cengage Learning.

- Streissler, E., & Milford, K. (1993). Theoretical and Methodological Positions of German Economics in the Middle of the Nineteenth Century. *History of Economic Ideas*, 43–79.
- Streissler, E. W. (1990). The influence of German economics on the work of Menger and Marshall. *History of Political Economy*, 22(5), 31–68.
- Tonnies, F., & Loomis, C. P. (2002). *Community and society*. Courier Corporation.
- Tribe, K. (1988a). Friedrich List and the Critique of "Cosmopolitical Economy.". *The Manchester School of Economic & Social Studies*, 56(1), 17–36.
- Tribe, K. (1988b). *Governing economy: The reformation of German economic discourse, 1750-1840*. CUP Archive.
- Von Mises, L. (1984). *The historical setting of the Austrian school of economics*. Ludwig von Mises Institute of Auburn University.
- von Philippovich, E. (1891). The Verein für Sozialpolitik. *The Quarterly Journal of Economics*, 220–237.
- von Treitschke, H. (1874). *Socialism and its Patrons*.
- Walras, L. (1987). *Elementos de economía política pura o teoría de la riqueza social*.
- Whately, R. (1831). *Introductory Lectures on Political Economy*. B. Fellowes.
- Wray, L. R. (2014). From the state theory of money to modern money theory: An alternative to economic orthodoxy. *Working Paper No. 792*.
- Yagi, K. (1997). Carl Menger and the historicism in economics. In *Methodology of the Social Sciences, Ethics, and Economics in the Newer Historical School* (pp. 231–258). Springer.

Yagi, K. (2000). Anonymous history in Austrian economic thought: From Carl Menger and Anton Menger to Friedrich von Wieser. In *The German Historical School* (pp. 99–116). Routledge.